

DON RUFINO

*Siempre
sacerdote.*

*Sacerdote
en todo.*

*Sólo
sacerdote.*



Don Rufino Aldabalde
1904 - 1945

*Este opúsculo es reedición de «SURGE» extraordinario (N.º 28 - Agosto - 1945) dedicado a la memoria de **Don Rufino Aldabalde**, su fundador.*

Aparece con ocasión de las Jornadas Sacerdotales de Vitoria, en la Conmemoración del Centenario de la Diócesis.

Vitoria, Semana de Pascua de 1962.

Prólogo a la segunda edición

El año 1945 pudo la revista sacerdotal SURGE ofrecer a sus lectores un número extraordinario con este título: «Homenaje al Rvdo. Dn. Rufino Aldabalde». Es que D. Rufino fué el fundador de SURGE y D. Rufino acababa de morir.

Los años han corrido y hace muchos años que se agotó la tirada amplia de aquel número. Desde entonces no se ha podido servir nada escrito a los muchos que han pedido una información acerca de D. Rufino, sacerdote ejemplar, sacerdote de cuerpo entero, sembrador de inquietudes apostólicas e iniciador de obras que, en el correr de los años, han alcanzado mucho relieve.

Cuando murió D. Rufino con muerte santa (en la tarde de la Pascua de Resurrección, 1 de abril de 1945) sus amigos sacerdotes y sus discípulos, sacerdotes también, con pena en el alma y con gozo en su

Nihil obstat: Leonardus Urteaga Iturrioz,
censor.

Imprimatur: Dr. Antonius M.^o Pérez Ormazábal,
Vicarius Generalis.
Victoriae, 24 aprilis 1962.

espíritu, arrancaron a sus plumas páginas muy bellas y capítulos interesantes, como exponente de diversas facetas de la personalidad y de las obras de D. Rufino.

El libro que presentamos desde la atalaya de SURGE, es aquel mismo número extraordinario de SURGE, ni más ni menos, elaborado con el máximo cariño por quienes se sintieron depositarios de un testamento espléndido y quisieron entonces expresarlo para bien de muchos, amasado con lágrimas de dolor y de consuelo por quienes tuvieron en un momento dado la necesidad de desahogarse hablando del «padre».

El libro no tiene un autor, tiene tantos autores como capítulos. Todo él respira una oleada de hondo cariño. Sus autores, amigos y discípulos de D. Rufino, tuvieron un acierto indiscutible, pero todos ellos comprenden que sería un nuevo acierto el volver sobre el tema de D. Rufino. Porque su influencia, con ser grande en España, no se encerró en ella, sino que llegó a casi toda la América latina. Cuántos de allende los mares han preguntado con el más vivo interés por D. Rufino, como figura sacerdotal apostólica y como maestro de espiritualidad sacerdotal.

Es verdad que la pregunta, llena de ansiosa curiosidad, ha sido más repetida en nuestros seminarios y círculos sacerdotales de todo el ámbito nacional.

He aquí para todos la respuesta de hace 17 años. Valdrá para los que la conocen y desean renovarse; valdrá sobre todo para todos aquellos que no la conocen.

La otra respuesta, más densa, más amplia y más comprobada por la experiencia de sus obras apostólicas, está aún por llegar. Los mismos que dieron el año 45 aquel grito gozoso que se repite hoy en este libro, sienten sin duda el deber, porque son deudores, de dar otro más solemne, más sostenido y más potente a todo el clero español y al clero de ultramar.

¿Cuándo se producirá este nuevo grito de admiración..., de nueva admiración por los muchos hechos relevantes que se han descubierto más tarde, por los secretos íntimos que están hoy al alcance del escritor y por aquella su vida sacerdotal que hoy, en la perspectiva de los años, se ha agigantado?

Didamos a Dios y a su Madre Santísima que sea pronto, para honor de la Iglesia y para bien ubérrimo de los sacerdotes a quienes D. Rufino amó de corazón.

SURGE.

In memoriam

“*El sacerdote debe dejarse comer por las almas*”. Así lo oímos decir de labios de Don Rufino Aldabalde, cierto día memorable. Y éste fue, sin duda, el blasón de su vida y de su muerte: darse a las almas, entregarse a ellas de corazón, en desbordamiento de amor y de fe, hasta caer rendido sobre el ara de su propio holocausto.

Don Rufino fue sacerdote “*semper et ubique*”, y llevó la antorcha del sacerdocio con gesto firme, denodado. A su luz y calor se alumbraron y encendieron nuevas rutas y horizontes. Vivió con intensidad los catorce años de ministerio, entregado de lleno al mundo de las realidades sobrenaturales. “*Caritas enim Christi urget nos*” (II Cor. V, 14), pudo decir con el Apóstol, y su vida y sus obras fueron la consecuencia lógica de su fe, esperanza y amor exuberantes.

Gran número de almas que hoy lloran su tránsito llamaban a boca llena “Padre” a Don Rufino. Y lo fue así, “Padre”, expertísimo director de conciencias de sacerdotes y seglares que se abrían confiadamente a su corazón e inteligencia de hombre de bien.

Desde los años tempranos de la vocación al altar, Don Rufino sintió muy hondo en su ser la “fascinación de las almas”. Por ellas, la plenitud del sacerdocio. Por ellas, el sacrificio, la victimación, el desprendimiento, llevado al límite de la oblación generosa y total de sí mismo. Conocía él que, en lo más recóndito del espíritu, se esconde en las almas el sello divino, el “*quidquid est Dei*” de Santo Tomás, y lo sabía alumbrar y sacar a flote con aquel don de discreción que en grado tan eminente poseía.

Su labor fue la del zaborí que escudriña a través del campo en

busca del soterrado venero. Tenía una fe enorme, gigante, en la acción del Espíritu Santo sobre las almas, y, por ello, apoyado en la gracia del sacerdocio, hizo brotar de cientos y cientos de corazones el manantial que salta sin cesar hasta la vida eterna (Jo. IV, 14).

Creó a su paso Don Rufino la conciencia de responsabilidad de muchos, despertó las energías sobrenaturales de no pocos, y estimuló, en todo momento, con su verbo y ejemplo de volcán, la acción y apostolado de sacerdotes, religiosos y seglares.

Una idea cardinal, fija, impretermisible llevó siempre como eje de sus empresas, como airón de su escudo: la convicción de que la santidad es para todos los estados, es decir, el llamamiento universal a la santidad. Y en él vivía ese pensamiento muy íntimamente con otro conjugado, no menos trascendental: el de que la alteza del sacerdocio exige la máxima perfección en los llamados al altar.

"Vir desideriorum" (Dan. IX, 23), hombre de deseos fue Don Rufino, impulsado azogadamente por su propia inquietud a una vastísima y generosa tarea de conquista. Ignífero del fuego del sacerdocio, en perpetuo movimiento, indomable, con la fuerza del alud y del ariete, rápido en sus decisiones, optimista, tesorero, sólo los que tuvieron la fortuna de conocerle de cerca sabrán por experiencia lo que valía e importaba aquella mirada penetrante, aquellos gestos de imperio que ordenaban, impelían a la acción y, simultáneamente, unguían al alma en aceites de confianza y fortaleza.

SURGE! vió la luz a impulso de la entereza de Don Rufino, que, contra viento y marea, quiso con voluntad eficaz que existiera el órgano y expresión del movimiento que él iniciara. En la mente de Don Rufino la revista SURGE! había de ser la llama que propagara el incendio del ideal del sacerdocio, de la dirección espiritual, de la Obra de los Ejercicios Espirituales Parroquiales a través de las diócesis y fronteras.

Fue Don Rufino hasta su muerte el inspirador, la palpitación, el nervio y la vida que se desprendían de la juventud de sus páginas. Y, por eso, SURGE! quiere ofrendarle el homenaje que merece su indeleble recuerdo. El presente volumen tiene el carácter de número extraordinario que se dedica a él, a su gran personalidad inabarcable y única.

Sacerdotes diocesanos y extradiocesanos, los que fueron sus más íntimos confidentes y llevaron con él "in vigiliis multis" el peso y responsabilidad de la Obra de los Ejercicios Espirituales Parroquiales, colaboran y escriben sobre diversos aspectos: "Datos biográficos", "La idea sacerdotal en Don Rufino", "Director Espiritual", "Hombre de acción y de empresa", "Don Rufino y la Obra de los Ejercicios Espirituales Parroquiales", "Fisonomía sobrenatural y natural de Don Rufino", "El Instituto de las Misioneras Evangélicas Diocesanas", "La Obra de los Ejercicios Espirituales Parroquiales en la Diócesis de Vitoria" y otros artículos y trabajos complementarios. Los autores de éstos que se podrían llamar capítulos del alma de Don Rufino quieren, de intento, ocultarse en el anónimo, "impersonalizarse", según la expresión del "Padre", siguiendo así sus huellas.

Efectivamente, en el magisterio espiritual de Don Rufino muy pocas ideas fueron pregonadas con más insistencia y vigor que ésta de la "impersonalización", es decir, de la necesidad de aplastar el "yo" individual en aras de la fecundidad de las obras del sacerdocio. Conocía nuestro Padre, a lo teólogo, la razón y sentido del "Quis enim te discernit?" de San Pablo (I Cor. IV, 7), en el que se encierra como en germen la doctrina de la gracia, y sabía muy bien que la pretensión de estibar en el "yo" —ese "yo" ronco y falaz, que nunca duerme— no lleva más que a agrandar la magnitud de su "nada", porque el "yo" sin la gracia es oscuridad y tiniebla...

* * *

Grande, muy grande es el vacío que nos deja Don Rufino, "el Padre", si bien es más viva que nunca su presencia sobrenatural entre nosotros. La amargura y el dolor de la separación nos han dejado suspensos, mudos en la visión del reguero de su estela de cometa. Pero, como a los Apóstoles en el monte de la Ascensión, también vienen a nosotros voces de lo alto que nos invitan a luchar, a seguir —la mano bien firme en la manquera del arado— por la vía y el surco que nos descubrió "el Padre". Así lo esperará él de nosotros, y éste ha de ser, indiscutiblemente, el mejor tributo a su memoria: la fidelidad a sus consignas, la "aceptación de la responsabilidad" en la "misión concre-

ta", sacerdotal que a cada uno nos incumbe "in aedificationem Corporis Christi", como él solía repetir.

Hagámonos, pues, dignos de su recuerdo, de la grandeza de su corazón que nos dió cabida. Leales a su persona, a sus directrices, a la Obra de sus amores y desvelos. Leales, sí, a Don Rufino, hasta el fin. Que ello sea el hostigo de nuestra debilidad, el gozo de las horas de brega y afanes: la honra de podernos, con seguridad, llamar sus hijos, sus continuadores.

Con el deseo más férvido, y como expresión de la cima de felicidad más apetecible, quisiéramos nosotros —las lágrimas en los ojos, sí, pero el ánimo sereno— engranaldar el marco del recuerdo del "Padre", del maestro, del amigo entrañable, del hermano carísimo en sacerdocio con las amapolas de Pentecostés del antiguo epitafio:

VIVAS IN SPIRITU SANCTO

Datos biográficos

Aunque sea prematuro trazar al detalle la historia de una vida que se ha desarrollado junto a nosotros, la riqueza y fecundidad de la misma nos autorizan a adelantar algunos hechos inéditos que acaso nos descubran el hilo secreto de la providencia amorosa de Dios en el cumplimiento de una misión bellísima en el mundo.

El 18 de julio de 1904 nació un niño en el caserío "Olaeche" del barrio de San Pedro de Aya de Zarauz (Guipúzcoa), siendo bautizado al día siguiente en la iglesia parroquial de San Esteban con los nombres de RUFINO JOSE MIGUEL. Su padre murió hace ya muchos años. Su madre sobrevive aún.

Queremos desconocer por ahora los hechos de su infancia, que se desarrolló junto a la ermita de San Pedro y al murmullo de un riachuelo que es vivero de finísimas truchas. ¿Cuántas pescó Rufino José Miguel?

Sí quisiéramos saber algo de los principios de su vocación sacerdotal. Vaya un dato. Don Rufino, seminarista y sacerdote, prodigó en más de una ocasión los más cálidos elogios a la figura relevante del entonces párroco don Lorenzo Ibarguren.

En la sacristía de San Esteban se observa un cuadro —retrato del venerable párroco— que no puede disimular su prestancia sacerdotal. Señalándole con el dedo, nos dice el actual párroco de Aya don Hilario Larburu, que fue él quién orientó a Rufino hacia el Seminario y cuidó de su vocación durante largos años. Ciertamente, a las muchas glorias del prestigioso sacerdote hay que añadir hoy forzosamente la del acierto en escoger una vocación sacerdotal que con el tiempo había de honrar mucho a la Iglesia.

¿No cabe preguntar si no se perderán preciosas vocaciones a falta de interés o acierto de parte de los sacerdotes? No olvidemos que dotar a la Iglesia de las mejores vocaciones es preparar sus triunfos.

AL SEMINARIO

A los 14 años ingresaba Rufino en el Seminario Menor de Andoain, mocetón fornido con aires de aldea. Recordamos su fortaleza física puesta al servicio de los libros con singular tenacidad. Los que creen que tan sólo se estudia con la cabeza, se equivocan. Allí desempeñaban su papel los puños apretados; los codos clavados en el pupitre, la boca herméticamente cerrada, que alguna vez se abría en ademán de mascar la lección, y los músculos y los nervios, toda la capacidad atlética del joven montaraz.

No es de extrañar. El fenómeno era corriente entre los muchachos del campo que chocaban con un doble misterio, el misterio hondo del Lacio, parapetado tras el otro misterio de la lengua de Cervantes. Por este rubicón han pasado muchos y aunque parezca paradójico, no pocos sacerdotes arrancados de la gleba llegaron más tarde a un depurado gusto en el decir castellano. No queremos decir con esto que llegara Don Rufino a ser estilista en su lenguaje ni en su escritura. Pocos sacerdotes habrán sido escuchados con tanta avidez en estos últimos años, pero no por razón de la belleza literaria de su lenguaje —aunque algunas frases suyas han pasado entre nosotros a ser proverbiales por su fuerza gráfica—, sino por la originalidad de su ingenio agudo y sutil y sobre todo por el hondo sobrenaturalismo que imprimía a sus manifestaciones.

Casi tuvo horror a escribir para el público, si bien algunos amanuenses suyos podrán testificar cuán interesantes resultaban sus dictados.

Pero volvamos al hilo de la historia.

Terminados sus estudios humanísticos bajo la dirección principalmente de aquel sacerdote austero y santo y latinista de primer orden Don Joaquín Antonio Ustoa, pasó al Seminario Conciliar de Vitoria.

El que no triunfó en las letras, podría conseguir algunos triunfos en las ciencias filosóficas. En la salita de su caserío de Aya hemos descubierto el mismo día de su sepelio un “cuadro-diploma” que corresponde a sus años de filosofía: ACCESIT EN PSICOLOGIA. Nos miramos todos y exclamamos: “así tenía que ser”. Los que conocimos aquella su penetrante mirada que parecía leer en las entretelas más recónditas de la conciencia, vimos un prelude histórico en aquel diploma de honor.

UNA ANECDOTA HISTORICA

Ha de servir de estímulo a los seminaristas de hoy; por eso la contamos. Los condiscípulos de Rufino, al ponderar las cualidades de virtud y las empresas de su vida, han hecho notar dos etapas distintas a lo largo de su carrera sacerdotal, estableciendo la línea divisoria en su *segundo curso de filosofía*. Como que le apellidaron el “año de la conversión de Rufino”.

Una honda transformación se operó en su espíritu. Rufino era ya muy otro. Hasta entonces se había manifestado en él el “homo peccati” con sus defectos chillones de rudeza y terquedad, demasiado aferrado al círculo cerrado de amigos con mengua de la caridad, sin ideales elevados, cumplidor del reglamento casi por fuerza, amigo de exhibiciones de fuerza en el deporte, en una palabra, un buen “mutil” del caserío vasco.

Pero el Señor le tocó en lo más vivo de su ser durante los Ejercicios Espirituales de dicho curso. ¿Qué duda cabe que en el fondo de su alma ruda existía un filón profundo de generosidad? La luz de la verdad esclareció su entendimiento y la entrega total del corazón no se hizo esperar.

Desde aquellos Ejercicios, dicen sus condiscípulos, adquirió su vida una ejemplaridad sorprendente. Cumplía el reglamento hasta en los más mínimos detalles, alternaba durante los recreos con todos, no abandonó el deporte, para el que poseía reciedumbre física, pero el deporte del espíritu le atraía más, viéndosele muchas veces dulcemente enredado en conversaciones espirituales, lleno de caridad con los demás seminaristas a quienes había comprendido por primera vez en

su verdadera grandeza. Hablaba de la Virgen en el sentido montfortiano de la esclavitud mariana, prolongaba sus visitas a Jesús Sacramentado, y era rumor que practicaba algunas maceraciones de la carne. Bien podrá decir más tarde que los favores más grandes de su vida los había recibido de manos de la Virgen. Sus conversaciones de entonces y sus apuntes espirituales hablan muy alto de su amor entrañable a María.

Un discípulo suyo nos afirma que dicha reacción espiritual no llevó a Rufino a extremismos exagerados, como a veces suele acontecer. No fué "místico" equivocadamente al estilo de los que desean arrancarse pedazos de su personalidad. No reveló desequilibrios de alma, ni adoptó posturas antinaturales y repulsivas. Quiso ser "místico" en el verdadero sentido de la palabra, dejándose siempre guiar por la luz superior del Espíritu Santo, sin perder por eso el estribo de la realidad a la que siempre vivió muy asido. "Fue desde entonces —son palabras de un discípulo— *castizo, castizo*".

"Bonum est diffusivum sui". El bien propendía en Rufino a la expansión con cierto módulo de discreción en medio de una Comunidad. Se hizo proselitista y a fe que providencialmente vió coronadas sus aspiraciones. Ya en primero de Sagrada Teología se unió estrecha e íntimamente con otros seminaristas que respiraban como él y aquel mismo año sellaron entre sí un pacto eterno de amistad firme e irrompible al servicio total del sacerdocio. La fiesta de Cristo Rey del año 26 (por primera vez se celebraba dicha fiesta en el mundo católico) señala una fecha histórica cuyo alcance de derivaciones fecundas no pudo medir entonces más que el Señor. Bendito sea El mil veces.

CORAZONADAS DE RUFINO

Desde entonces nos es dado apreciar en el espíritu ardiente del seminarista teólogo corazonadas inmensas, gestos inusitados de generosidad magnánima con Dios. Como tal ha de ser calificado su éxodo, extraño al parecer, al Seminario de San Sulpicio de París.

Es indiscutible este principio: que Dios no se deja ganar en generosidad por sus criaturas. En efecto, una ojeada general de la vida de Don Rufino nos coloca frente a la trama de corazonadas valientes

que encuentran siempre una respuesta adecuada por parte de Dios en los momentos más señalados de su vida.

¿Quién de nosotros conocía algo del célebre Seminario de San Sulpicio? ¿Quién le condujo a París?

El lamento dolorido del pastor bueno, del entonces Primado de España, Cardenal Segura, hirió con misterioso poder las fibras más profundas de su alma de apóstol. Cientos de miles de emigrados españoles vivían en el sur de Francia, sumidos en la doble miseria material y espiritual, "jacentes sicut oves non habentes pastorem" (Mt. IX-36). He aquí una posible misión para el seminarista que vivía compenetrado con Cristo y deseoso de darle una prueba especial de amor.

Cuando se ama a medias, los cálculos, las consideraciones humanas y las prudencias del siglo ahogan la voz del Espíritu en las almas. Las decisiones no se producen. Padecen las almas.

Las consideraciones del caso eran éstas: "No conozco la lengua, no tengo medios económicos suficientes, voy muy lejos de mi Seminario y mi Diócesis, ¿qué dirán mis Superiores?". Nada de esto estorbó a sus planes. La voz de la carne quedó ahogada por la del espíritu.

Rufino se planta en París ante la extrañeza de seminaristas y Superiores. No fué una humorada, no fué aventura. La vida intensa de su espíritu le pedía un sacrificio costoso y el sacrificio quedó consumado.

Si visitáramos Aya y contempláramos el camino vecinal que desde el hondo valle de su caserío conduce por largo repecho a la cresta de San Esteban, donde se asienta la iglesia parroquial con aire de señorío sobre la tierra y el mar, si viéramos hoy al teólogo Rufino sudar todas las tardes de verano cuesta arriba, durante tres cuartos de hora, para penetrar en la suntuosa iglesia y arrodillarse ante el Sagrario sobre duro suelo de piedra en una hora entera de profunda adoración, daríamos la razón a Rufino, comprenderíamos mejor sus deseos de sacrificio e inmolación en su difícil peregrinar a París.

SAN SULPICIO DE PARIS

¿Qué hizo en París? ¿Tiene el Seminario de San Sulpicio algu-

na novedad por su organización, su espíritu, sus orientaciones de apostolado?

No es del caso responder a estas preguntas, ni es prudente llamar a examen a una Institución benemérita por su tradición, consagrada por los más ubérrimos frutos de santidad que ha producido en el clero francés. No vamos a responder a aquellos hermanos nuestros que más con pasión que con razón pretendieron alguna vez restar importancia a las actuaciones de Don Rufino con esta o parecidas preguntas: "¿Qué nos puede enseñar un sacerdote que viene de San Sulpicio de París?"

Bástenos la siguiente observación. Hoy en España existe un deseo sincero de elevar el nivel espiritual de los Seminarios. Ya el esfuerzo realizado en estos últimos años es gigantesco y el fruto dentro de una década será incalculable. Se echaba de menos la verdadera y auténtica formación sacerdotal, pero hoy, gracias a Dios, la dirección espiritual, generadora de dicha formación, ha ganado el primer puesto en los más de los Seminarios de España.

Pero el año 28, cuando Rufino ingresaba en San Sulpicio, muchos Seminarios en España carecían de Director Espiritual y aun en los mejores Seminarios apenas se daba una dirección individual y personal a cada uno de los alumnos. Privaba un sentido exagerado de disciplina exterior y se descuidaba la formación interior.

En cambio, el Seminario de San Sulpicio ha cultivado siempre de manera primordial la formación espiritual de los alumnos, hasta el punto de ser Directores Espirituales todos los Superiores del Seminario, excepto el Rector. El hecho no deja de sorprender a todo el que conozca el sistema de Seminarios ajustado a la ley canónica, pero demuestra con claridad la preocupación del sistema sulpiciano por la formación espiritual de los seminaristas.

Nunca lo olvidaremos. Llegamos a San Sulpicio con ocasión de las Ordenes generales que administraba al fin del curso el Cardenal Verdier. Eran muchos los ordenandos. ¡Qué compostura y qué piedad se traslucía a través de aquellos rostros deificados! ¡Y el canto gregoriano y las actitudes y movimientos litúrgicos cuánto nos embelesaron! Difícilmente podremos olvidar aquel cuadro de cielo.

De su estancia no larga en París quedó a Rufino un surco

en el alma, y, hasta en su exterior, un sello inconfundible.

Un médico de San Sebastián llegaba a la cabecera de Don Rufino en su última enfermedad, dos horas antes de su muerte. No le conocía por su nombre, ni pudo recordarle a través de las noticias que le contaron durante el viaje. Después de su visita de reconocimiento nos dijo, poco más o menos, estas palabras: "Sí, yo conozco a este señor, le he visto por San Sebastián muchas veces y siempre con un libro en la mano (el Breviario); siempre me llamó la atención por su compostura y ademanes de bondad; tenía cierto porte distinguido de abate francés".

RUFINO GRAVEMENTE ENFERMO

Dios le llevaba por caminos de sacrificio. Una preocupación muy honda invadió el ánimo de sus familiares, en particular de su idolatrada madre. La fortaleza del joven de Aya se había derrumbado. Su salud estaba muy seriamente comprometida, no por fiebres tifoideas que un desacertado diagnóstico pudo hacer creer, sino por una afección pulmonar que se convirtió en grave por la prolongada dieta que se le impuso.

Rufino ingresó en la Clínica del Dr. Emiliano Eizaguirre, en San Sebastián; Dios prueba a los suyos, pero proporciona también los remedios convenientes. El remedio estuvo esta vez en la acogida sinceramente cariñosa que le dispensó el joven doctor. A su simpática juventud unía don Emiliano una ciencia precoz y una técnica sorprendente, hasta el punto de ser considerado ya entonces como uno de los mejores fisiólogos de España.

Postrado en el lecho del dolor, acosado por elevada temperatura de fiebre, fue recibiendo el paciente los remedios difíciles que, cuando los acompaña el cariño desbordante del médico que ama, resultan sumamente fáciles.

Nada sabemos de las luchas interiores de Rufino en estas circunstancias, pero el alejarse la perspectiva del sacerdocio que tanto amaba fue sin duda la clásica tentación que parecía por momentos anudarle la garganta y oprimirle el pecho. Horas de soledad en las que el demonio del pesimismo derribó a tantos bizarros atletas.

Y nos imaginamos el paso del joven doctor en su visita de cada mañana, con esa rara habilidad de descubrir el momento psicológico de cada enfermo, disipando nubes y esclareciendo horizontes con su palabra fácil y sus gestos y sonrisa de una movilidad sorprendente, capaces de crear optimismo y felicidad. Es el Dr. Eizaguirre de los médicos que creen que el ser médico de los cuerpos no exime de la obligación de serlo en parte de las almas, por la interacción inevitable que existe entre ambos elementos sustancialmente unidos. La teoría es igualmente aplicable en sentido inverso a los médicos de las almas.

¡Cuántas veces Don Rufino, en sus conversaciones, dedicó un recuerdo cariñoso al médico que le salvó de la muerte!

REAPARICION DE RUFINO EN EL SEMINARIO DE VITORIA

Convaleciente aún, después de año y medio de enfermedad, más firme que nunca en su santa vocación, reaparece en Vitoria, ganoso de conquistar la cumbre del sacerdocio. Era el curso de 1930-1931. El hermoso Seminario Diocesano abría sus brazos a los seminaristas de la Diócesis, después de una larga espera de los cuatro años y medio que duró su construcción.

No pudiendo aún ajustarse a la vida de internado, obtuvo del Sr. Obispo la debida licencia para permanecer en calidad de externo. Se hospedó frente al Seminario, en la única casita que entonces existía, hoy "Bar Unzalu".

Allí hacía sus horas de reposo, cumpliendo prescripciones médicas; allí preparaba también las lecciones de Teología, en cuanto le permitían sus fuerzas.

Se ordenó de presbítero al final de curso y celebró su primera misa en su pueblo natal y en la fiesta de la Santísima Trinidad. Día grande para Don Rufino, que escuchó complacido las glorias del sacerdocio que con vibración sin igual le cantara su íntimo don Ramón Echeberría.

NUEVAS CORAZONADAS

Justo y legítimo en las circunstancias de Don Rufino hubiese sido adoptar un régimen de vida conforme a las escasas posibilidades de su salud. La prudencia parecía exigir un trato de favor para su cuerpo empobrecido. Unos años, si no de inacción, al menos de una actividad calculada.

Pero Don Rufino, fiel a su primera vocación, aparece muy pronto en Francia entregado a sus primeras actividades apostólicas. Sólo, sin ambiente favorable, sin ayuda económica alguna, se lanza de acá allá, poniendo toda su esperanza en el favor de Dios. En contacto directo con las familias obreras de Boucau (residió en un principio en Bayonne), palpa la realidad tremenda de tantas vidas que se desenvuelven en un plano infrahumano. Hay que allegar recursos, hay que alimentar a los hambrientos, hay que consolar a los pobres... Pero, ¿con qué?

En aquel entonces, personajes de la alta aristocracia española se dieron cita en la bella y acogedora Biarritz. Los vaivenes políticos de España les imponían una espera. Don Rufino sabe que le pueden ayudar, sabe que su corazón ha de conmoverse al contacto con la miseria, porque es corazón bueno, fundamentalmente cristiano, un tanto sí ocupado en los asuntos pasajeros y varios de la política humana. Entre ellos hay caballeros de una talla católica insuperable.

Don Rufino no se contentará con sus dadivosas limosnas, querrá —y esto es mil veces más eficaz— llevarlos personalmente a las negras guaridas de la miseria. ¡Ah, cuánto mejores fueran nuestros ricos y nuestros aristócratas, si se tomaran la cristianísima molestia de visitar cada semana una barriada de pobres, una familia siquiera de tantas como hay en la más extrema necesidad! ¡Ah, si vieran con sus propios ojos, ah, si palparan la tremenda realidad de rostros escuálidos y almas sin fe...! Para los despreocupados sigue teniendo ecos de reproche aquella exclamación del Maestro: "Ay de vosotros, ricos...".

Hay un hecho repetido en la historia apostólica de Don Rufino por tierras de Francia. No sé a quién pertenecía el camión, pero un camión misterioso se detenía de cuándo en cuándo en las barriadas de Boucau. Saltan del camión, primero Don Rufino, después unos cuantos jóvenes que esta vez han unido a la aristocracia de sus ape-

lidos la aristocracia no menos noble de la más exquisita caridad, y todos con sus listas en las manos hacen un recorrido por las viviendas de los pobres, repartiendo raciones de patata, alubias, arroz, carne, pescado y buenos lotes de vestidos. Es un gesto noble, cristiano, que si no resuelve el problema de la miseria, atrae al sacerdote no pocos corazones. Aliviar las penalidades del cuerpo, para luego curar las tremendas enfermedades del alma, fué el estilo de Jesús, imitado por sus buenos apóstoles.

Y el bueno de Don Rufino cosechó mucho fruto en aquellos eriales. Pudo organizar muchas tandas de Misiones y de Ejercicios en Boucau, Biarritz, San Juan de Luz, Pau, Oloron y otros puntos. Fué escuchado con amor, aunque muchos se empeñaron en augurarle fracasos. Hubo conversiones importantes de militantes comunistas, hubo acercamientos a la Iglesia. Saben los sacerdotes franceses que le conocieron, que por aquellos pueblos pasó un gran apóstol, despertando en sus almas sacerdotales inquietud y remordimientos por el abandono en que yacían aquellas masas de obreros españoles.

He contemplado muchas veces un cuadro de Jesucristo que Don Rufino lo tenía en su despacho. El cuadro fue pintado con acierto por un obrero socialista sinceramente convertido a Cristo y regalado al que fue instrumento de Dios en su milagrosa conversión.

Una anécdota. De regreso de Lourdes un grupo de sacerdotes de esta Diócesis, visitaba la catedral de Bayonne. Allí se encontró con otro sacerdote vitoriano, quien les preguntó si conocían a Don Rufino Aldabalde. Entabló con ellos una conversación interesante acerca de las virtudes, santidad y fervor apostólico de Don Rufino. Los visitantes no pudieron menos de quedar complacidos de tales noticias.

En la imposibilidad de aportar más detalles de la actuación ferrocarrilera de Don Rufino por tierras de Francia, hagamos honor a todos los que le ayudaron en sus empresas, muy especialmente a la Comunidad de las Hijas de la Unión Apostólica, establecidas en Biarritz, con las que trabajaba en la confección de prendas un grupo nutrido de señoras.

Hagamos honor también al Conde de Rodríguez San Pedro y a la buenísima señora Condesa, quienes prepararon una casa para Don Rufino muy cerquita de la Parroquia de San Martín de Biarritz. En

ella habitaron conjuntamente los tres sacerdotes de la parroquia l'abbé Arozarnea, l'abbé Basastegui y l'abbé Uricariet, ejemplares sacerdotes que intimaron mucho con Don Rufino.

Un P. Oratoriano, Jolivel, tuvo con Don Rufino relaciones espirituales, que nunca las abandonó por completo. El Padre residía en Cambó. En su última enfermedad reclamó Don Rufino la presencia del buen Padre. Se pasó aviso a Cambó y se obtuvo la contestación siguiente: "El Padre reside ahora en París y es Superior General de los Oratorianos".

REUNIONES SACERDOTALES EN ARANZAZU

Ya gran parte del Clero Diocesano sabe de las reuniones sacerdotales de Aránzazu. Si fueron provechosas para muchos, dieron a la vida de Don Rufino un rumbo fijo y un sesgo inconfundible.

Las primeras reuniones no obedecieron a ningún plan premeditado. Un compromiso sagrado que databa del año 27 reunía automáticamente una o varias veces al año a unos pocos amigos sacerdotes. Uno de los puntos de cita fue Aránzazu, por sus inmejorables condiciones. El primitivo grupo fue creciendo. Y sólo porque Dios lo quiso así, las dos últimas reuniones tuvieron categoría de asambleas sacerdotales, siendo el número de los concurrentes de 50 y 70, respectivamente.

Se contó con la aprobación paternal del entonces Obispo de Vitoria Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Mateo Múgica. No faltó el impulso decidido y entusiasta del Vicario General, más tarde Obispo de Oviedo, Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Justo Echeguren. La asistencia personal del actual Obispo de Canarias, el Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Antonio Pildain, prestó realce a una de las reuniones. No podemos olvidar tampoco a Mons. Pedro de Asúa, asiduo concurrente y partícipe activo.

Se dedicaba la mañana a la oración y meditación de las grandes ideas sacerdotales, expuestas por los mismos hermanos sacerdotes. Era necesario ante todo elevar el alma al plano sacerdotal, para luego aceptar las tremendas exigencias del sacerdocio. A la tarde nos reuníamos en torno a la amplia mesa de la biblioteca de Aránzazu, para

tratar diversos problemas de apostolado con la mayor alteza de miras.

Don Rufino llegaba de Francia a estas reuniones de Aránzazu. Estos días eran para él de indescriptible emoción sobrenatural. Celebraba como un santo, y se acercaba a sus más amigos, sonriente, para pedirnos que celebráramos poniendo como primera intención el éxito de la reunión.

Es suya esta observación: "La nota saliente de las reuniones de Aránzazu fue la *intimidad* y *cordialidad* de los reunidos en medio de un ambiente saturado de Sacerdocio... Si nos amáramos como partícipes de un mismo sacerdocio de Cristo, qué felices seríamos... Nada más delicioso y fecundo al mismo tiempo que la amistad sacerdotal entre sacerdotes".

Gratísimo es todavía el recuerdo de aquellos días imborrables. Después de once años, ¡cuántos volverían con ilusión a renovar aquellas tareas de Pentecostés...!

A los que nos pidan la lógica de pensamiento de aquellas reuniones, plasmada en conclusiones bellamente elaboradas con la máxima exactitud e impecable dicción, les diremos que Don Rufino condenó esos modos usuales de ponencias y conclusiones. La voz inflexible y el tono imperativo de su gesto valiente nos obligó muchas veces a una sincera reflexión acerca de nuestra vida interior. Y esto era mil veces más importante.

Había lógica en el pensamiento y las afirmaciones de Don Rufino, a condición de dejar bien asentado el gran principio de una vida sobrenatural exuberante, de una vida exquisitamente cultivada, de una unión íntima y profunda con Jesús. "Sine me nihil potestis facere".

Vivir el sacerdocio, he aquí algo fundamental. El sacerdocio vivido es la única fuerza que puede elevar la vida cristiana de los pueblos. *Ser sacerdote siempre y en todo y sólo sacerdote*. Hermoso lema que debe estar escrito en nuestros corazones.

El tema fundamental de Aránzazu fue el del sacerdocio. La suprema dignidad lleva consigo supremas exigencias. Si la vida de los sacerdotes no gana las alturas de la perfección, es que la idea suprema no se ha adueñado del alma. Ello se debe a una de estas dos causas, o a la insuficiencia e imperfección de los principios y métodos

de vida espiritual enseñados en el Seminario, que, aunque buenos y legítimos en sí, no pudieron fundar una ascética específicamente sacerdotal, o a la acción del tiempo y del ambiente en el que, aun los sacerdotes bien formados, pueden perder el fervor de la primitiva caridad.

De lo primero tomaron buena nota los que entonces regían en parte los destinos espirituales del Seminario. Es indudable que aquellas reuniones tuvieron su repercusión en el Seminario.

De lo segundo se habló ampliamente. A todos preocupaba hondamente mantener viva y acrecentar la llama de la vida interior encendida en el Seminario. Todos señalaban una gran laguna en el ejercicio del sacerdocio. Los más se sentían víctimas de una soledad espiritual deprimente. *Vivir juntos y vivir solos*... Fenómeno muy característico entre sacerdotes. ¿Cómo resolver esta antinomia?

La caridad entre sacerdotes, la unión íntima en el plano sacerdotal, la amistad espiritual tan recomendada por San Francisco de Sales, el compromiso de varios sacerdotes que se ofrecen a estrechar sus lazos espirituales en convivencias íntimas... ¿Será mucho pedir que los sacerdotes hablen mucho de vida interior, de santidad, de perfección y de los medios para alcanzarla? ¿Será mucho pedir que exista entre ellos un poco de sinceridad sacerdotal para exponer sus éxitos y fracasos en la vida espiritual?

Don Rufino tuvo en este punto una idea genial que en parte es ya realidad. "Con la gracia de Dios, dice él, se pudo llegar en este tercer año casi a plasmar en viva realidad un gran sueño, tiempo ha acariciado: el de un CENTRO que fuera *hogar sacerdotal* y *Casa de Ejercicios*, donde preparáramos a los seglares a la gran Obra de colaboración con el sacerdote".

Si las Casas Diocesanas de Ejercicios fundadas por él responden o no a la consigna de salvar de la "soledad" al mayor número posible de sacerdotes, de vivificar su propio espíritu y de establecer contactos de la más íntima caridad entre los sacerdotes diocesanos, quedará esclarecido en el capítulo que se dedica en este volumen a la Obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales.

Demos un paso más. Las preocupaciones de apostolado eran intensas en aquel cenáculo de Aránzazu. Los niños, los jóvenes, la Ac-

ción Católica, acción social, formación de minorías selectas, los Retiros, los Ejercicios... Sacerdotes de talla expusieron sus puntos de vista bien estudiados con impresionante competencia.

Don Rufino, joven aún, casi sin experiencia de apostolado, escuchaba complacido aquellas disertaciones acabadas, pero no se sentía del todo tranquilo, le escocía "algo" muy dentro de su alma: el temor de lo aparatoso, de lo meramente externo, carente acaso de vida. Una obra de apostolado podrá ser de maravillosa técnica, de engranajes perfectamente ajustados, podrá reunir en torno numerosos miembros, tener una Junta, poseer bandera, celebrar reuniones periódicas..., pero importa mucho más saber si es una obra capaz de crear vida sobrenatural, saturar de gracia a todo sus miembros, para luego difundirla.

Don Rufino entraba ya en su propio terreno. Aquí había de brillar. Cualquiera de los allí presentes podrá testificar que Don Rufino adquirió un relieve máximo ante la Asamblea de sacerdotes con el tema tan "suyo" de la dirección espiritual.

Más que la Catequesis le interesa la conciencia del niño, más que la organización de la Acción Católica le interesa el fundamento de ella, la vida sobrenatural; más que la pomposa conferencia ante los obreros le convence la instrucción religiosa de los mismos. Todo el empeño del sacerdote debe tender eficazmente a formar la conciencia cristiana de los seglares.

Las reuniones sacerdotales de Aránzazu debían trazar un camino de esfuerzos para un porvenir apostólico eficaz, que no es otro que el de una acertada dirección espiritual de las almas.

Se habló mucho de dirección espiritual. El tema era fascinador, para todos aquellos sacerdotes deseosos del máximo bien de las almas.

Como entonces, más tarde habló Don Rufino ante auditorios de sacerdotes de la Diócesis y de fuera de ella, ante auditorios de seminaristas de la Diócesis y de fuera de ella, y siempre fue escuchado con interés y siempre triunfó con el tema tan suyo de la dirección espiritual.

Cuando hablaba, producía la impresión de un espíritu amplio que no se sujeta a ninguna escuela de espiritualidad. Era ignaciano (varias veces practicó los Ejercicios de mes, alabándonos mucho los

que practicó en Lyon bajo la dirección de un Padre Jesuita, el Rvdo. P. Albert Valensen), nunca dejó de ser sulpiciano, amó entrañablemente a Santa Teresa y no ocultó sus predilecciones por San Francisco de Sales.

Pero nunca se propuso brillar por erudición, ni tejió sus conferencias con bellas disertaciones librescas, ni sus exposiciones fueron jamás amalgama de principios, normas, criterios confirmados con citas atrancadas de los libros de los santos, sino que caminaba rápido y con certera visión a la solución de los más variados casos del mundo real de las almas.

De ahí el tinte personal de sus charlas que eran seguidas con el mayor interés.

Deseando orientar las actividades apostólicas del sacerdote hacia una dirección más formativa de las conciencias de los fieles, abordó Don Rufino el tema de los Ejercicios Espirituales Parroquiales, que son el medio más apto para la renovación sobrenatural de las almas y recristianización de la sociedad.

La idea en Don Rufino de la Obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales y la historia de la misma a través de las Casas Diocesanas por él fundadas han merecido sendos trabajos en este libro-homenaje, por lo que pasamos a otra cosa.

Aránzazu fue para Don Rufino revelación clara de su misión concreta en el mundo. La Virgen de Aránzazu tocó fuertemente su corazón y le escogió para empresas difíciles. Si dura había sido su labor apostólica por tierras de Francia, tendría en adelante experiencia de aquellas palabras del Señor a sus escogidos: "Yo te haré ver cuántos trabajos tendrás que padecer por mi nombre" (Act. IX, 16).

LAS ARENAS

Los feligreses de la parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes que tienen la suerte de vivir junto al remanso plácido del Abra en el pintoresco pueblo de Las Arenas-Guecho, vieron aparecer a un sacerdote que por su acento en el hablar pudiera pasar por un Abate francés y que por su continente recogido y modesto y por su sincero

deseo de almas llevaba la marca de santo. Así pensaba y decía el pueblo: "Don Rufino es un santo".

Fué el Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Mateo Múgica quien con el mayor agrado le autorizó la residencia de Las Arenas el 10 de Octubre de 1935. El celoso párroco Don Manuel Escauriaza le acogió con cariño, como adscrito a su parroquia para una labor netamente espiritual de Ejercicios y Retiros. Ya antes de esta fecha, cuando aún seguía en parte ligado a su obra de Francia, había dirigido varias tandas en Las Arenas, otras en Algorta, en Bilbao, San Sebastián y pueblos de Vizcaya y Guipúzcoa. Desde esta fecha queda domiciliado en Las Arenas, que es el centro de sus operaciones. Su labor no había de quedar restringida a la parroquia de Las Arenas. Los límites geográficos chocaron siempre con su temperamento expansivo y sus incontenibles ansias de conquista. Se le vio correr de acá para allá por todos los ámbitos de la Diócesis.

En efecto, no fueron otros sus planes al volver de Francia, ni tuvo otro sentido el beneplácito fervoroso de su Prelado, quien tuvo a bien nombrarle como Director de la Obra de Ejercicios Espirituales en la Diócesis.

Todos saben que los principios de la Acción Católica en la Diócesis ofrecían dificultades sin cuento, así como sus progresos no han de carecer tampoco de obstáculos. Frente a los progresos del mal se imponía irresistible el deber de implantar y desarrollar la Acción Católica, secundando los deseos de la Jerarquía. Sacerdotes beneméritos dirigían en las parroquias más importantes secciones nutridas de Padres de Familia y de Juventud Masculina y Femenina. Tal era el caso de Las Arenas, donde el celo de los sacerdotes de la Parroquia y la cultura del Canónigo don Alberto Onaindía habían creado un movimiento católico de largas esperanzas.

Conocido Don Rufino por su fervor apostólico y su poder asombroso de penetrar "usque ad divisionem animae", era llamado por muchos sacerdotes para remover las conciencias dormidas y despertar inquietudes apostólicas a través de la Obra de Ejercicios y Retiros Espirituales.

Solo Dios sabe a cuántas almas orientó por el camino de la virtud y del apostolado. Muchas pudieran hablar de conversiones sin-

ceras, de soluciones providenciales a problemas intrincados de su vida, de decisiones definitivas, de heroísmos callados, de entregas incondicionales a la causa de Dios y de la Iglesia. En verdad esta página de la vida de Don Rufino, apóstol de Jesucristo, está llena de episodios maravillosos, de los que es aún prematuro hablar.

Pero al contemplar el hecho presente de un movimiento espiritual acusadísimo en el campo de las almas, al enjuiciar serenamente ese correr incesante de cientos y de millares a las Casas de Ejercicios, al mirar de cerca el esfuerzo diario de muchísimos sacerdotes que bajo la sombra del campanario de su parroquia realizan una labor anónima de formación espiritual de innumerables almas, es justo reconocer la mano diestra de aquel sacerdote modesto, que guiado por el Espíritu Santo, abría un cauce seguro a sus hermanos los sacerdotes. Ejercicios, Retiros, dirección espiritual..., resortes que se movían tímidamente hasta entonces. Su valor y eficacia quedaron bien demostrados.

DON RUFINO Y DON PEDRO DE ASUA

Imposible dar cuenta de los mil y mil movimientos de Don Rufino por muchos pueblos de la Diócesis. Con todo, una rapidísima excursión por tierras de las Encartaciones de Vizcaya nos descubrirá un dato que no se debe olvidar.

Vayamos a Valmaseda. Valmaseda sabía a gloria, cuando allí vivía y allí se desvivía por las almas aquel otro apóstol de feliz recordación. Monseñor Don Pedro Asúa. Terminada la obra colosal del Seminario Diocesano de Vitoria, el buenísimo arquitecto-sacerdote estaba entregado en cuerpo y alma al apostolado. La catequesis, la Acción Católica, las Escuelas "Mendía" con su sección brillante de "ex-alumnos maristas", la Adoración Nocturna, los Padres de Familia..., todo parecía poco para el gran apóstol de Valmaseda.

Bien es verdad que los apóstoles se buscan y se comprenden. Tal es el caso de Don Pedro y de Don Rufino. Gozó Don Pedro de las dulces intimidades de Aránzazu convertido en Pentecostés sacerdotal. Allí sintió verdadera admiración por Don Rufino. A los dos, bien compenetrados, se les vió los años 35 y 36 correr juntos por

los pintorescos pueblos de las Encartaciones en plan de Ejercicios y Retiros. Valmaseda, Gordejuela, Sodupe, Güeñes, Zalla, Arcentales, Trucíos, Sopuerta, implantaron con regularidad los Retiros parroquiales, iniciados por Don Pedro y secundados por Don Rufino. Se dieron por ambos varias tandas de Ejercicios. Los resultados, magníficos.

Pero este contacto de los dos apóstoles presagiaba horas de más intensa fecundidad apostólica. A partir de Aránzazu, unos cuantos sacerdotes soñaban con fascinación en una obra de decisiva trascendencia en la Diócesis, cuyos perfiles aún aparecían borrosos. Don Rufino, principal mentor de la misma, proponía a Don Pedro un ensayo. La propia experiencia de Retiros había convencido a Don Pedro de la necesidad de un retiro más completo, en el que las almas se saturaran de sobrenaturalismo, para luego irradiar en la sociedad potentes haces de luz y de amor.

Un día aparecieron los dos amigos en Güeñes rondando un edificio. Eran claros sus propósitos de comprarlo para Casa de Ejercicios. Allí, con bautismo de fuego serían consagrados los nuevos apóstoles de Acción Católica. Soñaron mucho, pero ni se compró ni se alquiló tal edificio.

Se fueron más tarde a la capital, que ofrecía sin duda mejores perspectivas. Negociaron en Bilbao con las Teresianas la compra-venta de su Casa del Campo Volantín. Aquellos días soñaban como ángeles.

Dispuesto Don Pedro a hacer un desembolso generoso de 120.000 pesetas, en vísperas de cerrar el contrato, el estampido de las armas impuso silencio a las santas ambiciones de los dos apóstoles. Estábamos en plena guerra civil. El Señor imponía un compás de espera y un sacrificio cruento, pero la Casa de Ejercicios de Bilbao sería un hecho en *Begoña*, centro espiritual de Vizcaya. Los que sabemos la historia íntima de los dos amigos, cuando entramos en la Casa de Ejercicios de Begoña, recordamos también los primeros pasos del Campo Volantín.

EL 18 DE JULIO DE 1936

El 18 de julio, fecha del Alzamiento Nacional, sorprendió a Don Rufino en Las Arenas. Juzgó que debía eludir toda responsabilidad en aquel mar alborotado de opiniones y de intereses encontrados. No quería ver comprometido su sacerdocio. Pensó trasladarse a Francia y se trasladó tan pronto como pudo obtener pasaporte, aprovechando un buque que zarpó en el Abra. Creemos que fue en septiembre.

Desde allí volvió a San Sebastián, ciudad ya liberada. Mientras la guerra absorbía la vida de muchos y las obras de Dios esperaban tiempos mejores, pudo Don Rufino, con optimismo sin igual y puesta toda la confianza en la providencia de Dios, ejercitar un apostolado intenso de dirección espiritual. El no conocía esperas y menos ahora que las nuevas necesidades requerían nuevos remedios. La providencia de Dios fue descubriéndole de singular manera horizontes insospechados para sus futuras empresas. Almas de temple apostólico, dotadas por Dios de cualidades singulares, salían a su paso por doquier, dispuestas a trabajar sin medida.

Dios hablaba por ellas, pero el querer de Dios permanecía aún borroso. Así pasó un año. Nos figuramos que ese año estuvo para él cargado de ansiedades. Oró mucho, hizo penitencia, pidió oraciones.

Comprendió que San Sebastián era el punto de partida de su Obra de Ejercicios. Recorrió la ciudad de punta a punta, sin el amigo de Valmaseda, pero acompañado de algunos otros sacerdotes. Una Casa de Ejercicios parece cosa sencilla, pero su organización y el debido funcionamiento de la misma le inquietaban sobremanera. ¿A quién encargar el régimen de la Casa?

EN EL SEMINARIO DE VERGARA

En Noviembre de 1937 el A. A. Excmo. y Rvdmo. Dr. Don Javier Lauzurica le requería para el Seminario, que abriera provisionalmente en Vergara, en calidad de Director Espiritual de filósofos y teólogos. A primera vista era una contrariedad para sus planes alejarse de San Sebastián y entregarse de lleno a la dirección de seminaristas

entre cuatro paredes, preocupándose además de sostener el espíritu de los muchos que luchaban en los distintos frentes de batalla.

Pero los caminos de Dios están llenos de sabiduría y muy pronto comprendió Don Rufino que, sin saber cómo, estaba en sus manos el resorte más principal e imprescindible para sus obras. El Seminario, plantel de sacerdotes, le proporcionaría sacerdotes de temple apostólico, porque estaba dispuesto a volcar allí todo su espíritu sacerdotal. Podría al propio tiempo iniciar en sus planes y modos a los más adelantados.

Así fué y sus esperanzas no salieron fallidas. De años atrás marcaba el Seminario de Vitoria un movimiento ascensional de recio espiritualismo sacerdotal. La dirección espiritual dada por tres Directores creó en aquellas almas juveniles disposiciones inmejorables. Eran tierra muy abonada.

Por otra parte la figura de Don Rufino no era desconocida para los seminaristas. Más de una vez le oyeron ardientes pláticas en sus incursiones por el Seminario de Vitoria. Por eso, en sus labios se pueden colocar las palabras de Julio César: "Veni, vidi, vici". Llegó y con su mirada electrizadora y sus palabras de fuego y sus planes sacerdotales triunfó. Bien pronto apareció en la Diócesis el empuje dinámico de los nuevos sacerdotes formados por Don Rufino.

Sería este el momento de trazar la silueta espiritual de Don Rufino, Director, pero un tema tan sabroso y sugestivo ha merecido en este volumen su capítulo propio, al que remitimos al lector.

FUNDADOR DE "SURGE!"

Dos palabras hemos de decir acerca de un empeño nobilísimo que persiguió Don Rufino, en todo conforme con una tradición antigua del Seminario de Vitoria, aportando a ella un nuevo florón.

La formación integral del seminarista obedece en lo sustancial a un plan sabiamente elaborado por la Iglesia. Humanidades, Ciencias y Filosofía, Sagrada Teología, he aquí los tres escalones que ha de subir con tiento el aspirante al sacerdocio. El caudal de ciencia acumulado a lo largo de la carrera puede ser inmenso.

Pero adviértase que la vida apostólica del sacerdote tiene exigen-

cias muy severas de aplicación. Sacerdotes inteligentes, poseedores de una ciencia filosófico-teológica nada común, no siempre dieron cuenta de sus muchos recursos en la palestra de la vida.

El Seminario de Vitoria procuró desde hace muchos años crear en los alumnos una preocupación viva por los muchos problemas reales y prácticos del medio social en que han de desenvolverse un día. Si bien es verdad que la solución de dichos problemas ha de obedecer a los principios inmutables de la ciencia filosófico-teológica, también es verdad que esos principios rectores permanecen muchas veces en las alturas del entendimiento con la rigidez de una estatua griega, sin que adquieran la flexibilidad que reclama su aplicación a los mil y mil tortuosos problemas de la vida que es móvil y cambiante.

Por eso, las academias literarias, como aquella de Santa Teresa; las misionales, como aquella de San Pablo con sus veinticinco años de existencia; las prácticas catequísticas con la ayuda de un museo catequístico; las científicas, como aquellas del Laboratorio Gymnasium, las academias de Acción Católica que hoy posee el Seminario como bella esperanza para el porvenir... tendieron a dar actualidad y forma vital a las teorías aprendidas en las clases, orientaron a los más selectos en el manejo de la pluma, aplicando su inteligencia a enfocar los varios problemas religioso-sociales desde un punto de vista moderno.

A Don Rufino pertenece la gloria de haber creado la Revista "SURGE!", que desciende en línea recta de otras tres anteriores que vieron la luz pública en distintas etapas y con distintas finalidades: "El Eco Misional", Órgano de la Federación Misional de seminaristas de habla española; "Gymnasium", Revista de iniciación científico-literaria, de los seminaristas de la Diócesis de Vitoria, "Idearium", Revista de investigación y síntesis de ciencia religiosa.

"SURGE!" nació en el ambiente caldeado del Seminario, al mismo tiempo que nacía en "Villa Santa Teresa" la primera Casa Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales, fundada por Don Rufino. Por eso, fue desde el principio "portavoz de un movimiento, exponente de una vida", como alguien le llamó. Pero "SURGE!" era desde entonces algo más que "Órgano de la Obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales".

Siendo la idea del sacerdocio la idea absorbente de Don Rufino, presentar esta idea, expresar sus esencias perfumadas, marcar la ruta inefable de la misión sacerdotal, aplicar su fuerza arrolladora a las almas orientando el apostolado, fue el gran marco sacerdotal en el que quedó encuadrada la Revista. "Revista sacerdotal de orientaciones de apostolado".

Los temas de espiritualidad sacerdotal ocupan el primer puesto, porque el sacerdocio es vida y espíritu o nada es. Después viene toda la gama de obras de apostolado a la que se consagra el sacerdote: Misiones y Ejercicios, dirección espiritual, catequesis, Acción Católica, obras sociales.

Al morir Don Rufino, quedan abiertas las páginas de "SURGE!" a todos aquellos sacerdotes que aman lo que él amó tanto: el sacerdocio.

FUNDACION Y DESARROLLO DE LAS CASAS DIOCESANAS DE EJERCICIOS ESPIRITUALES PARROQUIALES

DON RUFINO, FUNDADOR DEL INSTITUTO DE MISIONERAS EVANGELICAS DIOCESANAS

La vida de Don Rufino llega al cénit de su esplendor con la creación de tres Casas Diocesanas de Ejercicios Espirituales Parroquiales y la fundación del Instituto de Misioneras Evangélicas Diocesanas.

En la historia religiosa de la Diócesis de Vitoria pocas veces se habrán producido hechos de tal trascendencia, que señalan el renacer de un siglo de oro en la espiritualidad del país. Quiero a este propósito evocar un cuadro vivo que pertenece a los albores mismos de la Obra.

Era en San Sebastián y en vísperas de abrirse la primera Casa Diocesana de Ejercicios. Se estimó conveniente convocar una reunión de arciprestes y párrocos de las principales parroquias de la provincia de Guipúzcoa. En efecto, numerosa concurrencia de beneméritos sacerdotes invadió el Centro Católico de San Sebastián, con la asisten-

cia del Vicario General de la Diócesis y Delegado de Acción Católica. El momento era solemne y muy viva la expectación. El Director de la Obra, Don Rufino, un tanto encogido por la emoción, hizo una exposición sucinta de la Obra de E. E. P., de su espíritu propio y específico y de las halagüeñas posibilidades que abría a la esperanza de los celosos sacerdotes de la provincia. Sus palabras llenas de unción sobrenatural recibieron el refrendo unánime de los concurrentes, no faltaron manifestaciones espontáneas de venerables sacerdotes (recordamos a uno en particular que con dolor sangrante en el alma hizo un viva descripción de los males presentes) que veían en la Obra la solución más adecuada a la honda y gravísima crisis religioso-moral que atravesaba el país en la post-guerra.

El día 25 de agosto de 1940, el Excmo. y Rvdmo. Dr. Don Javier Lauzurica inauguraba la primera Casa Diocesana de Ejercicios en "Villa Santa Teresa".

En las páginas siguientes verá el lector, con cifras y estadísticas, el fruto consolador de las Casas Diocesanas de Ejercicios Espirituales Parroquiales, así como la valiosa contribución que presta a la misma el nuevo y pujante Instituto de Misioneras Evangélicas Diocesanas.

AMPLITUD Y EXTENSION DE LA OBRA

Don Rufino poseía un espíritu amplio y universal como la Iglesia. Si bien su Obra tuvo un feliz alumbramiento en la Diócesis de Vitoria, sus irradiaciones fecundas llegaron muy pronto a otras Diócesis de España.

Espíritu abierto y comunicativo, entabló relaciones de amistad con numerosos sacerdotes muy destacados de otras Diócesis. ¿Quién no recuerda el afluir de sacerdotes y más sacerdotes a la "Villa Santa Teresa" el verano de 1942? Las más importantes Diócesis de España estuvieron representadas en aquella histórica asamblea de San Sebastián, así como cinco Ordenes Religiosas. Días de gloria, de esperanza para toda España, dado el alto espíritu sacerdotal de todos.

Catorce temas se desarrollaron con maestría insuperable en torno al tema general que rezaba así: "Estudiar la forma de adaptar los Ejer-

cicios Espirituales a la mentalidad moderna, respondiendo con fidelidad absoluta a la orientación y directivas de San Ignacio de Loyola". Casi por casualidad nos visitó el ilustre y venerable sacerdote Don Juan Zaragüeta, quien, sin poder contenerse, manifestó la agradable sorpresa que le producía la presencia de tantos sacerdotes, llenos de fervor apostólico.

El Señor concedió a Don Rufino la gracia de verse rodeado con su Obra por una cadena extensa de sacerdotes afines. Aquellos días abrieron caminos nuevos a su Obra. Desde entonces encontró Don Rufino acogida y apoyo en sus frecuentes correrías por Madrid, Toledo, Salamanca, Valladolid, Burgos, Coruña, Zaragoza, Sevilla, Málaga...

"Pocas veces le traté, ha dicho un Prelado, pero me quedó profundamente grabada su fisonomía espiritual".

Sí, Don Rufino en su sencillez tenía un poder de comunicación propio de las almas que irradian fervor y celo de almas.

No contento con fundar en España, nos habló con toda seriedad de una Casa de Ejercicios en París. No lo tomamos a broma, porque era capaz de triunfar también en París. Muchas veces habló también de diversas ciudades de la América latina. Sabemos también que lleno de fervor misionero, en días próximos a su muerte, habló a sus Misioneras de la necesidad de buscar con celo las vastísimas tierras de Misiones de la China.

Nos queda un dolor en el alma al vernos privados de su presencia. El que tantas veces utilizó los medios ordinarios de locomoción, el auto y el tren, hubiese muy pronto despreciado estos artefactos que tanto retardan la acción del hombre, para montar el rápido trimotor que le hubiera llevado de Continente a Continente. De seguro que esta nueva etapa de su vida hubiera sido interesante. Ese es nuestro dolor: no verle por los aires transportando el dulce peso del Evangelio de Cristo.

EPILOGO

Recogemos del Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Vitoria el siguiente retrato de Don Rufino:

"La personalidad de Don Rufino Aldabalde es inconfundible. En lo natural poseía un talento práctico poco común, que le colocaba siempre en el plano de la realidad, muy lejos de la quimera y de los ensueños. Conocedor del corazón humano, psicólogo perspicaz, se hacía dueño de los más variados ambientes y de las situaciones más difíciles. Temperamento audaz y dinámico, nunca se detuvo ante las dificultades, antes bien las afrontaba con tenacidad y firmeza hasta lograr su intento. Podríamos decir que las dificultades le agigantaban.

En lo sobrenatural fue ante todo el hombre de la fe robusta y de la confianza plena en la providencia divina a la que concedía en sus obras un margen muy amplio.

Enamorado del sacerdocio, tuvo la virtud de crear en su propia alma y en las que le rodeaban una profunda convicción acerca del poder invencible del mismo. Proselitista de la más grande de las ideas, muchos son los hermanos suyos en el sacerdocio que habrán de agradecerle la elevación de su conciencia sacerdotal.

Su lema: "Siempre sacerdote, sólo sacerdote, todo sacerdote". La vida entera de Don Rufino giró en torno a la idea del sacerdocio, bellamente concebido y profundamente amado.

Aránzazu es testigo de las primeras llamaradas sacerdotales de Don Rufino. Los que en aquellas históricas reuniones entonaron sus almas sacerdotales podrán dar testimonio de ello. La segunda revelación de su alma sacerdotal tuvo por campo el Seminario de Vergara y el Diocesano de Vitoria.

Los numerosos seminaristas que recibieron su dirección, le estarán eternamente agradecidos. La tercera luz de su sacerdocio brilló intensamente en las Casas Diocesanas de Ejercicios, "focos, como él las llamaba, de irradiación sacerdotal". Entregado a su Obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales, tuvo por necesidad en los últimos años contactos muy fecundos con Prelados y eclesiásticos destacados de toda España, quedando suficientemente demostrado hasta dónde llegaba su santa ambición de llevar a todas partes su fuego sacerdotal".

Para terminar. Honor al egregio sacerdote, al celoso apóstol de Cristo. Jamás olvidaremos su lección sublime de sacerdocio. Seguir sus huellas, será nuestra santo orgullo. Con él convivimos, con él se-

guimos viviendo. El que nos consoló en nuestras penas, el que atizó las brasas del sacerdocio en nuestras almas, seguirá delante de nosotros abriéndonos nuevas rutas. "Hic jam quaeritur inter dispensatores ut fidelis quis inveniatur" (I Cor. IV-2). Lo que importa sobre todo, ser ministros fieles de Jesucristo.

La idea sacerdotal en Don Rufino

EL SACERDOTE

Faltaría lo más esencial en el retrato de Don Rufino si omitiéramos la faceta del sacerdocio. Fue un enamorado de la vocación sacerdotal, cuyas bellezas hizo saborear a sacerdotes y seminaristas en meditaciones llenas de unción. Nos da de ello una idea lo que contestó a un sacerdote que le hablaba de preparar el traje seglar para posibles revoluciones: "Si me matan, me tendrán que matar con sotana".

Llevar el sacerdocio hasta sus últimas consecuencias, éste fué el anhelo supremo de su corazón, convencido como vivía de que ahí estaba la única solución de los grandes problemas de la vida humana. Como el grano de mostaza del Evangelio, la idea del sacerdocio fué creciendo en el corazón de Don Rufino hasta convertirse en árbol gigantesco alegrado por la creación de nuevas instituciones de apostolado fecundas para la Iglesia.

La primera impresión que produce su personalidad sacerdotal es de grandeza como el golpe de vista de una catedral, destacándose en primera línea su

FE EN EL SACERDOCIO

Con aquella su intuición característica, favorecida por una intensa dirección de conciencias y el contacto con eminentes figuras del movimiento católico dentro y fuera de la nación, conoció a fondo

los males modernos. Negro era el horizonte, pero jamás se ensombreció de pesimismo su mirada. Nunca una palabra derrotista, cuando recaía la conversación sobre esa materia. La expresión del rostro, el acento de la voz, todo infundía optimismo, cual soldado que pelea seguro de la victoria. Era el sacerdocio que le sonreía con inmensas posibilidades de triunfo.

Decía en una plática que dirigió en el Seminario de Vitoria por los años de su apostolado en Francia: "El mundo está enfermo más que nunca y Cristo está dispuesto a obrar milagros más que nunca por medio de sus sacerdotes. No hay fuerza más poderosa que el sacerdocio para arrancar almas al demonio. ¡Qué terrible es un sacerdote para los demonios, cuando le ven de veras sacerdote! Las naciones no se salvan por un régimen o categoría social, sino que tienen que recurrir al sacerdote".

CONCEPTO DEL SACERDOCIO

Esta fe tan extraordinaria obedecía a una determinada concepción del sacerdocio que la hallamos perfilada en una de sus pláticas escritas: "En la consagración sacerdotal Jesús hizo como una asunción de nuestra persona en la suya divina. Cuando predicamos, confesamos o consagramos la Eucaristía, es Cristo *quien habla y obra* por nosotros. Somos Cristo viviente que pasa sobre la tierra".

Y en otro lugar: "Dios amó tanto al sacerdote que quiso ver en él el espíritu y el corazón del mismo Cristo, su Hijo. Dios Padre ve en él un segundo Cristo, tan semejante al primero que le puede tomar por El. El Verbo ve en el sacerdote una creación de su corazón, un otro El. El Espíritu Santo le reconoce como su templo particular y como instrumento propio de su acción sobre las almas".

"Debemos dejarnos penetrar del espíritu sacerdotal de Jesús, para pensar como El, amar como El y vivir en lo posible como El. Que seamos un solo sacerdote con Jesús, un mismo corazón con el Corazón de Jesús".

¡Qué sencillez de expresión, qué belleza de pensamiento en estas definiciones del sacerdote: "Poder dar Jesús a las almas. Ellas siempre pueden hallar a Jesús en el sacerdote: "In aeternum otro Jesús!".

"El sacerdote es como la sangre que vivifica todo el cuerpo. Debe ir siempre a Jesús, Cabeza, y llenarse para luego esparcir hasta los miembros más lejanos, para comunicar vida a todos".

SANTIDAD SACERDOTAL

Encuadrada en este marco de grandeza la misión del sacerdote, salta a la vista la elevada santidad que debe poseer. Ya desde el Seminario, sacerdocio y perfección eran dos términos inseparables en el pensamiento de Don Rufino.

"Ser santo, perfecto —escribe en unos Ejercicios que hizo de seminarista el año 1927— es un deber que me exige el Padre Eterno para recibir con corazón puro a su divino Hijo, como María en la Encarnación. Por las almas que me tenéis confiadas, ¡Madre mía! ¿No veis cuántas se perderán si no soy sacerdote santo? ¡Pobrecitas de lo contrario!

Lema: Gran unión con Dios, con María.

Trabajar hasta reventar.

En tanto santificaré a los demás
en cuanto sea santo.

Si me enviaren a un pueblo bueno y a mi gusto
lo tendré por castigo de Dios".

Rechazando como ocioso bizantinismo las polémicas sobre la perfección en el sacerdocio secular y en el regular, descansó plenamente en la persuasión de que el sacerdote diocesano puede hallar en su propio clima la más alta perfección y de que debe hallarla, pues la perfección está en la caridad y el ejercicio de la vida pastoral en colaboración con su Prelado le vincula al sacerdote diocesano a una soberana y eminente práctica de esta virtud teologal.

Teniendo que interrumpir cierto día una reunión interesantísima por una llamada telefónica que reclamaba sus servicios, se levantó sonriente: "Aquí está la campana del convento". Toda una tesis de perfección en el sacerdocio secular.

Estas ansias de santidad eran las que le impulsaban a la oración.

Así lo dice en una carta escrita a un ilustre purpurado durante su apostolado en Francia: "Siento una fuerte atracción a mayor recogimiento y temo como nunca faltar a un llamamiento de Dios insistente y constante. En vista de ello he pensado de mi parte hacer unos ocho días de recogimiento absoluto en el Seminario de Bayona y luego no dejar de hacer unos tres días de retiro todos los meses allí mismo".

APOSTOL

Acaso alguien se imagine esta santidad como un misticismo individualista y desarticulado de toda acción de envergadura. Nada más diametralmente opuesto al espíritu de Don Rufino. Su vida interior como el "pernoctans in oratione Dei" de Cristo iba engranada con un apostolado verdaderamente asombroso, febril. El amor de las almas le devoraba el corazón. Leamos en sus escritos particulares. "Como Jesús, el sacerdote tendrá tres miradas. Hacia su Padre para glorificarle, hacia sí para sacrificarse y hacia las almas para santificarlas y salvarlas".

"No olvidemos que somos sacerdotes como Cristo para glorificar al Padre salvando almas. No somos sacerdotes para nosotros. Al recibir el carácter sagrado somos como Jesús y con Jesús el bien de todos. Todo lo que hay en nosotros es de Dios, es de las almas".

Con cuánta sinceridad interior predicara estas ideas, lo vemos claramente en el saludo de presentación que dirigió a los emigrados españoles en Francia: "Me presento a vosotros no como orador, sino como Apóstol de Cristo. Dejando mi tierra, dejando a mis padres desconsolados, porque no querían que viniese, dejando otras comodidades, que podría tener, vengo a vosotros, carísimos..."

ESPIRITU SOBRENATURAL

¡Cuántos apóstoles y cuántas Obras han fracasado en el torbellino de grandes actividades por falta de espíritu sobrenatural! Don Rufino supo salvar este escollo, atizando sin tregua el fuego de la vida interior.

Espiguemos en sus notas.

"El sacerdote obra más que por lo que habla por lo que tiene. Un racionalista nos puede llevar en una discusión, pero que no nos lleve en vida divina. No tenemos los sacerdotes mejor medio de ganar almas que permaneciendo sacerdotes en toda nuestra actuación. Mientras la Teología no empiece a convertirnos a nosotros mismos, no esperemos convertir a otros. Si surge pleito entre la ciencia y la santidad, se lo debe llevar siempre la santidad, porque las razones nunca serán suficientes para santificar un alma. La obra decisiva está en el corazón, es de la gracia. De aquí la necesidad de santidad en el sacerdote".

Es impresionante el caso que consigna en sus apuntes y presenciado por él en un sanatorio de Francia, de un comunista que habiendo perdido la fe estando de capellán un sacerdote de brillantes cualidades, se convirtió más tarde con otro capellán que por su poca salud y modestas dotes no pudo seguir el ritmo de conferencias y de otras obras exteriores de su antecesor. Respondía el comunista a los que le preguntaban por su conversión: "No me ha dicho nada este sacerdote, no he hablado con él. Solamente le he observado, le he comparado con otros. El otro parece que en la Comunión distribuía algo... Este parece que da a alguien que es más que él. Y va también a orar por la tarde". ¿Quién era ese sacerdote? No lo podemos comprobar con certeza, pero por el contexto de la nota parece tratarse del mismo Don Rufino.

TOTALMENTE SACERDOTE

Todas estas ansias de santidad y apostolado supo concretar Don Rufino como Cristo, su modelo sacerdotal, en un espíritu de total y continua oblación de sí mismo al Padre por la salvación de las almas.

"Toda la vida de Jesús en la tierra no fue sino un acto ininterrumpido de donación. Se olvidó totalmente de sí mismo y sin nada reservarse, lo dió todo. Dió su trabajo y su reposo, su tiempo y sus fuerzas y antes de darse por el sangriento sacrificio de la Cruz, fue consumiéndose poco a poco por el sacrificio ininterrumpido de cada instante. Somos sacerdotes con Jesús sacerdote, para ser víctimas con

Jesús víctima. Nos puede exigir (rara vez) que vayamos con El hasta el fin del sacrificio a mezclar nuestra sangre en el martirio con la sangre de Jesús. Somos misioneros con Jesús Misionero... Va de un lugar a otro, de una enfermedad a otra, de un dolor a otro... y siempre manso, siempre humilde y bueno. Aun ni las noches tan siquiera se reserva... poco a poco va gastando sus fuerzas. No somos sacerdotes para nosotros. ¿Para qué sirve el sacerdote que no se gasta?”.

Basta mirar a su vida febril, incansablemente activa para persuadirse de la sinceridad que palpita en estas palabras. Era el “impendam et superimpendar” de San Pablo.

No deja de ser significativo dentro de su jocosidad lo que dijo de él un sacerdote: “El día que le canonicen a Don Rufino, le representaremos con un taxi y un teléfono”.

En una primera Misa, al lanzarse la gente en avalancha sobre el misacantano para besarle la mano, díjole a un caballero que le expresaba su emoción: “El sacerdote tiene que dejarse comer por las almas”. Diríase que en sus ansias de identificarse con Cristo Sacerdote, quería remedar con esa plenitud de entrega la del Señor en la Eucaristía.

De la misma carta arriba citada, entresacamos las siguientes líneas:

“Quisiera que me contara en el último lugar de sus hijos espirituales, para que más confiadamente pueda en medio de todas las dificultades santificarme, entregándome completamente a mi Dios en holocausto perfecto. Es exigencia que constantemente y ahora con mayor intensidad percibo en mi conciencia sacerdotal de que me entregue completamente a mi Dios.

Además tiene esto que le digo a su Eminencia una particularidad y es que cuando estoy en contacto íntimo con las almas y sobre todo con las almas sacerdotales, es cuando más fuertemente percibo esto que digo. Me hace ver claramente las innumerables almas que pueden glorificar a su Padre de los cielos con tal que yo fuera más divino, más santo. No es una emoción momentánea, sino claridad y sinceridad que me dan miedo, pero a pesar de ello acepto esa como condición que me impone mi Jesús de entregarme completamente hasta morir”.

Después de su muerte, bien se podría estampar junto al dictamen del doctor humano el del médico divino: “Ha muerto gastado por las almas”, cumpliéndose así el propósito que hiciera de seminarista: “Trabajar hasta reventar”.

DESPRENDIMIENTO

De esta entrega total brotaba como bellísima flor aquel espíritu de desprendimiento que él llamaba “impersonalización” y que tanto le ayudó para ser, como lo anhelaba en una de sus notas, “un instrumento docilísimo unido a Jesús, dejándose conducir por su espíritu, para obrar por El, en El y para El”.

No pudimos menos de emocionarnos al leer en su diario la siguiente página: “Desde hace mucho tiempo siento un deseo y creo que el Señor me pide los últimos momentos de mi vida sacerdotal para que los gaste ofreciendo un supremo acto de caridad, visitando a las personas más pobres y abandonadas. Cuando definitivamente se declare mi enfermedad, mi única preocupación será realizar este deseo. Veo a Jesús morir en un abandono absoluto. Quiero acompañarle en ese momento más difícil de mi vida sacerdotal, pero también el más fecundo. No siento ninguna emoción al escribir estas líneas, antes al contrario, viendo ese trance que ha de llegar, veo lo *doloroso* que ha de ser, pero tengo fe en que María me sostendrá como sostuvo a los mártires de antaño”.

Hay una renuncia mucho más costosa que la de los bienes y comodidades de la vida; es la que nos despoja de todo amor propio, hasta la aceptación libre del fracaso. No podemos resistir a la tentación de reproducir un caso que hallamos en sus notas, hablando de los primeros pasos entre los emigrados españoles.

“Falto de medios, ninguna persona que me alentara para trabajar... No se oía otra cosa: “Es imposible, no se puede hacer nada”. Pero Jesús decía: “se puede hacer, adelante...”. Seré sacerdote fracasado, pero sacerdote... La única fuerza quedaba en Cristo. Un sábado, cuando me preparo para volver, porque no me quedaba con qué pagar la pensión, unos señores se me ofrecen incondicionalmente para ayudarme en la Obra”.

SOLO SACERDOTE

Este espíritu de entrega era para él una prolongación en la vida de su consagración sacerdotal, entendido este vocablo en su sentido teológico de donación a Dios y separación de todo uso profano. A Don Rufino le bastaba el ideal del sacerdocio, estimando a su lado "ut stercora" todos los demás intereses. Se deleitaba con fruición en destacar la independencia sacerdotal de Cristo a despecho de las emboscadas políticas de sus enemigos.

Muchas veces habló de esa misma independencia que el sacerdote debe mantener a toda costa frente a las exigencias de los partidos políticos. El sacerdote se debe a *todos*, no puede hipotecar su sacerdocio en beneficio de un *partido*, que siempre representa a *parte* de la sociedad.

Si algún sacerdote, implicado en asuntos políticos, se acercaba a él en demanda de un consejo, su respuesta era invariable, propia de un hombre de Dios: "Tú, sé sacerdote".

"Cristo con las almas y nada más", era el grito de Don Rufino. Quería que este ideal sacerdotal penetrara totalmente el ánimo y el corazón del sacerdote, para que otros ideales, aun los más legítimos, pasaran a un orden secundario. "Así —decía— se presentará a los hombres como obsesionado por algo grande que los hombres no conocen, y los hombres todos, sin distinción de clases y de partido, le respetarán y amarán".

SIEMPRE SACERDOTE

Como la profesión cristiana, el sacerdocio también lo entendía Don Rufino integralmente, sin sustraer a su influencia ninguna manifestación de la vida. Sabía actuar como sacerdote siempre y en todo lugar. En su porte, en su conversación, en las cosas más indiferentes se percibía en él como un aroma de altar. Irradiación de su sacerdocio hecho vida. De ahí aquel su punto de vista sacerdotal en todas las cosas, aquel sentido de responsabilidad tan instintivo y sobre todo aquella especie de magnetismo espiritual que atraía el alma hacia Dios aun en los momentos menos propicios.

¡Cuántas personas conservan de él un recuerdo de santidad sin más trato que el de un encuentro esporádico a raíz de un asunto, etcétera! Conocimos dos caballeros vivamente impresionados por su espíritu sacerdotal. Se vieron en un viaje que hicieron juntos.

Decía de él un Gobernador, cuyo nombre silenciemos por discreción: "Aquí, en este despacho, fue donde me dió aquella explicación maravillosa del sentido de la Santa Misa".

LA SANTA MISA

Este espíritu sacerdotal de Don Rufino se alimentaba de la Santa Misa, extendida a toda la vida por un espíritu de oración sencillo y extraordinario. "La vida tiene que ser una Misa continuada", solía decir. Sacerdote y víctima como Cristo, se ofrecía totalmente al Padre por El, con El y en El. Ofrenda del tiempo hasta la responsabilidad del último momento, oblación del trabajo agotador, de las preocupaciones y sufrimientos ocultos. Era la mezcla de las gotitas de agua (nosotros) con el vino del cáliz (Cristo).

Celebraba con tanta devoción que hacía evocar el día de la primera Misa. Aquel recogimiento de todo su ser tan sencillo y solemne a la vez; sin afectación alguna, era algo que impresionaba. Ya en la sacristía se le veía poseído de Dios. Ni un palabra sin necesidad. Más que de ornamentos diríase que se revestía de Cristo para el gran acto sacerdotal.

A un seminarista que en los umbrales del sacerdocio se mostraba preocupado, le tranquilizó con este consejo: "Tú, celebra bien la Santa Misa". Era la experiencia propia la que le inducía a hablar de esa manera, pues le oímos decir que "en la Misa había recibido las luces más principales de su vida".

EL CLERO

Este amor del sacerdocio tenía que enlazarse lógicamente con el amor al Clero, que en Don Rufino rayó en verdadera obsesión. Ya desde el Seminario le arrebató la idea de contribuir a la elevación del sacerdote y fueron tan grandes y continuos los trabajos realizados con este fin, que bien se le puede considerar como paladín del clero

secular. Le hacía estremecer el gemido de las almas sumidas en espantosa miseria moral, oyó la voz de los Papas, que reclamaban con urgencia un Clero santo, bloque de apóstoles perfectamente capacitados, y de ahí brotaron las reuniones sacerdotales y hasta la misma Obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales. Este es el anhelo de santidad que vemos palpitar en una de sus notas: "Al Cura de Ars le preguntaron qué hacía para convertir tantas almas. "Yo arrojé mi alma en ellos por la palabra en el púlpito, confesionario, conversación privada...". No nos contentemos nunca con cumplir plácidamente bien el deber de un funcionario. Es menester que arrojemos nuestras almas inflamadas en el amor de Dios".

Arranquemos una página de su diario para ver el espíritu que le impulsaba a tan santa empresa.

"Día 13 de Marzo de 1931. Me ha hecho sentir como nunca los deseos infinitos de Dios de comunicarse a los sacerdotes en su desbordante vida de amor. No importa que tú seas barro. Mejor, así verás y verán que soy yo el único Jesús. Tú échate, échate a ciegas en mi corazón y no temas, soy camino, verdad y vida".

A la luz de estas líneas se entenderá mejor lo que escribe en carta a su Director, después de darle cuenta de algunos viajes y entrevistas celebrados con sacerdotes: "Por otra parte veo que no llego para atender debidamente a estos pobrecitos emigrados que me dan muchísima lástima. Pero quisiera atenderme con preferencia a los sacerdotes, como usted me lo indicó".

Aquella corona de cien sacerdotes que acompañó a su cadáver por las calles de Vitoria fue un elocuente panegírico cantado por la verdad al que fue apóstol del Clero secular.

EL SEMINARIO

Como la espiga viene del grano, el sacerdote depende del Seminario. Es la primavera del sacerdocio que se está formando. Y por aquello de que se recoge lo que se sembró, un sacerdote santo será siempre floración del seminarista santo. ¡Qué trascendencia la del Seminario! La victoria del Clero se decide en sus muros y los pueblos caminarán a Dios al compás del Seminario. Por eso se muestra la

Iglesia tan solícita en velar por la formación de los candidatos al altar.

Don Rufino supo hacer suyas estas preocupaciones de la Santa Madre Iglesia, amando al Seminario como la niña de sus ojos. Para los seminaristas vivió, y pensando en ellos, hablando de ellos, murió.

El ha de figurar en la lista de beneméritos sacerdotes que más han contribuido en los últimos tiempos a elevar el nivel espiritual del Seminario de Vitoria.

Como Director espiritual modeló personalmente muchas almas sacerdotales que hoy se ven justamente obligadas a atribuirle como a padre los frutos de su fecundo apostolado. ¡Cuántos de ellos le deben su sacerdocio, por ser él quien los salvó de un naufragio seguro!

El sistema educativo de Don Rufino se distinguía por un gran sentido positivo consistente en infundir al seminarista un verdadero enamoramiento del ideal sacerdotal.

"Cuando el sublime y enloquecedor ideal del sacerdocio —escribe en sus apuntes— empieza a dominar el alma del seminarista, entonces penetra éste en el Corazón sacerdotal de Jesús y adquiriendo una especie de chifladura empieza a remontarse sobre las naderías de la vida y sin darse cuenta queda dominado por Jesús, se hace otro El. Dios está contento y las almas también".

Concedía suma importancia a la cultura, pero sin desarticularla del espíritu sobrenatural con que la ciencia se debe convertir en alimento del alma. Cedámosle la palabra.

"Teólogo que va a la Teología con la sola inteligencia, no se forma, y al cabo de sus estudios no se diferenciará de un universitario que se ha doctorado. Poned el tipo del teólogo más grande. Si su vida de seminarista no ha sido un continuo convertirse a Dios y comulgar con Cristo, nada hará con lo que salga de su boca. No basta leer para dirigir almas".

En la formación de los seminaristas es cuestión muy delicada el sentido que se debe dar a la vigilancia y modo de velar por la disciplina. Con el título "para profesores o directores" escribe estas notas verdaderamente interesantes sobre el particular.

"El superior debe favorecer la apertura del alma que va a formar. Por eso en un Seminario donde se domina y se hace dirigir más bien por miedo es cerrar el alma, de por sí tan difícil de abrirse. Por

eso la formación de los seminaristas no debe ser sino dando sensación de que se les considera y se les dirige como a hombres”.

En el Seminario gastó sus más risueñas ilusiones y en el Seminario recibió por una disposición providencial del Señor el más grandioso homenaje póstumo.

Aquel funeral lleno de unción litúrgica, aquel recibimiento de su cadáver por los seminaristas, evocación del que le hicieran los ángeles en el paraíso y sobre todo aquella noche de vela, florida corona de los futuros sacerdotes en torno a su padre, fueron patente testimonio de lo mucho que debía a su espíritu el Seminario de Vitoria.

¡Qué alegría para él ver desde el cielo unidas en torno a su cadáver las tres realidades que siempre lo estuvieron en su corazón: el Seminario, las Misioneras Evangélicas Diocesanas y la Acción Católica!

Sabemos que innumerables seminaristas prometieron aquella noche sobre el altar de su cadáver ser sacerdotes santos como Don Rufino. Después de muerto aún los seguía santificando. Que aquellas promesas sean por la gracia de Dios flores inmarcesibles que den por fruto muchos “don Rufinos”.

Director espiritual

Evocada por la diestra pluma que escribió uno de los más bellos artículos que a su muerte aparecieron, flotaba aún su figura en el ambiente. Y es fama que alguien, que no tenía de él clara noticia, tentada su curiosidad por lo que en el refectorio se había leído, inquirió quién era, y obtuvo por toda respuesta “¡Director espiritual!”.

Acertó quien la dió. Sin menosprecio de sus demás actividades, aun admirándolas entrañablemente, no cabe dudar que en él lo más característico, lo principal, fue siempre la dirección. En ella cosechó aquellos espléndidos éxitos que Dios conoce... y él también, a estas horas.

Pero es que, además, la dirección fue *su máxima ilusión*. Todo lo demás lo enderezó hacia ella. Y si algún camino le parecía no conducir al contacto fecundo con las almas en la dirección, o lo abandonaba con desdén, o lo andaba sin interés...

A fines del pasado Julio convivimos unos días en “Villa Santa Teresa” (1). Unos cuantos sacerdotes interesados en el apostolado universitario, iban trenzando en torno a una mesa, con la máxima sencillez, el relato evocador y fecundo de sus propias experiencias. Estábamos frente a frente en el corro, y podía observarle a mi placer... Mientras se hablaba de cosas externas, de organizaciones, de propagandas, de problemas intelectuales, sus ojos se teñían de un matiz de lejanía. Pero alguien, no importa quién ni por qué, toca-

(1) Perdonará el lector que recurramos con frecuencia a lo anecdótico. Creemos que en ello está el máximo atractivo de este artículo.

ba un momento temas de dirección, y al instante un relámpago cruzaba por ellos, vibraba de arriba a abajo su cuerpo y su mano se extendía inmediatamente solicitando un puesto en la discusión...

Lo demás, resbalaba. Esto, le llegaba al alma.

Por eso, no era sólo director en su cuarto, en el confesonario. *Lo era siempre.* Por extrañas, y al parecer poco adecuadas, que fueren las circunstancias que pusiesen a su alcance un alma, su espíritu se erguía inmediatamente tenso y vigilante, hambriento de hacerle bien.

Quien viajó con él podría contar mil anécdotas. Y otras mil podrían añadir los médicos que le atendieron, los profesionales a quienes trató en sus cargos... y aun las personas que tuvieron con él el fugaz contacto de una sala de espera. ¡Cuántas confidencias, cuántos problemas, cuántos dolores recibió su corazón en sitios que parecían forzosa e irremisiblemente alejados del marco en que concebimos la dirección espiritual! *Siempre director...* ¡lo era allí también!

CUALIDADES

Tiempos ya lejanos del nacimiento de SURGE! Era aún éste un algo concretamente indeterminado, paradójicamente lleno de precisión y vaguedad, como todas sus cosas cuando empezaban. Y uno de los rasgos de la Revista que en su mente destacaban era siempre éste: "Hablará de cosas de dirección".

Cumplimiento de aquella consigna es una serie primorosa de artículos, esmaltados de ideas fecundas, que en estas páginas aparecieron. De ellos nos valdremos ampliamente en nuestra labor. Y entre todos, de uno en el que, trazando bellamente los rasgos del Director de Ejercicios, al retratar su ideal, se retrató a sí mismo (2).

ESPIRITU SOBRENATURAL

"La primera cualidad —nos dice— es de orden estrictamente sobrenatural. El Director ha de ir... poseído de un elevado espíritu de oración, caldeado

(2) SURGE! núm. 7, pág. 4-9. En todas las citas subrayamos nosotros.

previamente, de modo que pueda, desde el primer momento, impregnar a la colectividad de un gran ambiente sobrenatural..." (3).

A lo largo de nuestro camino hemos encontrado quien negaba a Don Rufino el talento. Otros, la prudencia. Algunos, el acierto. Ninguno, que yo sepa, ni aun los que en el raudo volar de su vida pudo herir, le negó el espíritu sobrenatural.

Era demasiado evidente. Aun cerrando los ojos pasaba a través de los párpados aquel contraste gigantesco entre sus medios y sus resultados. Aquella pobreza de cosas humanas, y aquel influjo decisivo en muchas almas. Había que reconocer que un peso que no era de este mundo, inclinaba la balanza a su favor.

Tan cierto era todo esto que si de algo pecó fue de noble exceso. Proyectó sobre los demás aquel purísimo espíritu sobrenatural que le movía. Por eso, porque creía que todos obraban mirando sólo a Cristo, murió sin acabar de entender ciertas cosas. Recurría a los demás con libertad cuando hacía falta. Y cuando lo conceptuaba innecesario los dejaba. ¿Desagradecimiento? Estoy seguro de que no. Lógica sobrenatural, sencillamente. *Si por Cristo trabajáramos, a Cristo correspondía premiar, agradecer y dar explicaciones.* Y él no tenía por qué alabar, obligarse o pagar.

De aquí también su escasísima inquietud ante el fracaso. El, que rarísimamente tenía una palabra de elogio para el triunfador, tenía párrafos tiernísimos y elocuentes para el fracasado. Quien no le haya visto acogerle entre sus brazos, piense que no conoce uno de sus más interesantes aspectos. Era algo que no puede explicarse. No en vano había escrito: "No predicamos para recibir el consuelo de los prosélitos, para que nuestras listas y nuestros ficheros nos brinden la vanagloria del triunfo. La verdad es el fundamento de nuestra alegría" (4).

RECTO JUICIO

"El director debe estar adornado de buen juicio, es decir, la competencia teórica y práctica requerida, especialmente práctica, la visión certera de

(3) SURGE! núm. 7, pág. 5.

(4) SURGE! núm. 10 pág. 11.

la realidad. *Más que la teoría importa tener juicio, que es lo más aristocrático de un ser inteligente, recto sentido de las personas y de las cosas, equilibrio, serenidad...* Es esta una cualidad imprescindible, pues suele darse el caso con frecuencia de grandes talentos especulativos que, sin embargo, no conocen la realidad por vivir al margen de ella" (5). Hasta aquí, Don Rufino.

Y nosotros comentando sus palabras, evocaremos dos anécdotas:

Se trataba de una tanda procedente de un medio para él *totalmente* desconocido. Podemos asegurar que apenas había existido el más leve y fugaz contacto. Llegó, vio y oyó una sola plática. Marcó al director un rumbo opuesto. A la mañana siguiente reconocía éste, con lágrimas casi, su error. Se habían abierto perspectivas insospechadas *para él, que había ejercido su ministerio en aquel ambiente...* "recto sentido de las personas y de las cosas..."

Unas líneas impresas, no más, en aquel papel que tenía en sus manos. A través de ellas *exclusivamente* (se desconocían en absoluto) formuló un juicio sobre su autor. Azares de la vida nos hicieron tratarle... y al cabo de varios meses descubrimos lo que él, a la primera, había anunciado.

Y como estas dos, podríamos traer ejemplos a centenares de su visión certera, de su juicio penetrante y profundo.

Luego, ¿no erró nunca? Sí, desgraciadamente. *Pero siempre por creer a los hombres mejores de lo que eran.* Se nos fue al otro mundo, por ejemplo, con una fe ilimitada en las promesas. Promesas humanas, que el viento lleva...

Pero, por encima de esos nobles y honrosos tropiezos flota su hondo conocimiento del crazón humano. *Ansiaba penetrar la vida, la auténtica vida.* Quienes trataron con él sabrán con qué convicción escribía:

"No nos hará educadores una pretendida formación libresca, una acumulación de fórmulas abstractas sin aplicación a la realidad..." (6). Nada de aislarse del ambiente, de escribir tras la mesa teorías librescas" (7). "El

(5) SURGE! núm. 7, pág. 6.

(6) SURGE! núm. 15, pág. 399.

(7) SURGE! núm. 1, pág. 2.

Director ha de llevar a los Ejercicios, como una preciosa documentación, una gran experiencia de la vida, *en contacto inmediato con todos sus problemas...* El Director frente a la tanda, no debe ignorar el clima de vida en que se desenvuelven los ejercitantes. Y por ello le será de gran utilidad un conocimiento anterior profundo de la vida y del corazón humano" (8).

PRESTIGIO Y CULTO A LA VERDAD

"Junto a la cualidad precedente el Director debe poseer cierto prestigio frente a las almas "tanquam auctoritatem habens", un dominio sobre sí mismo y firmeza de carácter que nacen de la conciencia de su paternidad espiritual... Tiene que comportarse con mesura, pero siempre procurando dar al alma la impresión de que conoce perfectamente sus problemas... apoyado (en la gracia) es preciso dar al ejercitante una saludable impresión de seguridad, seguridad que se afirma en la preparación esmerada anterior" (9).

Tal vez entre todas sus cualidades sea ésta la que más destaque. Don Rufino vio con claridad la oposición diametral e irreductible entre amigo y director. Era en vano tratar de envolverle, de hacerle bajar a un plano más llano y accesible. Los que le pudimos observar, no sólo entre los seminaristas y las "misioneras" (donde el problema apenas existía), sino también ante sacerdotes ya formados, podemos atestiguar con qué maravillosa maestría llevó a la práctica estas ideas que él exponía en su penúltimo artículo en nuestra Revista:

"Es indudable que *mientras no se llegue al alma, no se educa...* [pero] el interés por abandonar este extremo... no puede llevarnos a otro extremo. Es muy fácil que por no "estar en la luna", nos quedemos demasiado en la tierra, al pretender establecer *un contacto excesivo y personal con las almas* que deseamos educar. *La educación exige por lo tanto una agilidad moral,* una especie de acrobacia espiritual que nos permita mantenernos sin perder el equilibrio en el punto medio, exacto y preciso, desde el que únicamente se puede ejercer una real influencia educadora: ni demasiado lejos ni demasiado cerca de las almas" (10).

(8) SURGE! núm. 7, pág. 7.

(9) SURGE! núm. 7, pág. 6.

(10) SURGE! núm. 15, 394 ss. Recomendamos vivamente la lectura íntegra de este artículo, verdadero testamento espiritual de Don Rufino.

Sin embargo, y esto importa mucho tenerlo en cuenta, jamás propugnó medios artificiosos para alcanzar este prestigio. Antes al contrario los rechazó violentamente. *Fue un enamorado de la verdad*, tema sobre el que volvía una y otra vez en sus conversaciones y pláticas, y del que dejó escritas aquí sus más bellas páginas. El prestigio se lo gana el Director viviéndola y manifestándola. Lo demás nada vale:

“El Director debe proceder en su trato con el alma como quien está en posesión absoluta de la verdad, no tanto suya, subjetiva, sino de Aquél que le ha enviado y del que está revestido. De aquí ha de originarse para él una profunda convicción del *valor intrínseco de las verdades fundamentales*, relegando a un plano secundario los recursos de exposición de las mismas. Suele creerse equivocadamente en la eficacia de los propósitos surgidos bajo el terror de unas meditaciones en las que se cuida de manera preponderante el efectismo teatral. *El Director, por el contrario, poseído de la gran fuerza que en sí tiene la verdad, ha de mostrar ésta al ejercitante bajo una impresión de luz*, y sólo así dejará en su alma una huella formativa y encauzadora que ha de perdurar con el tiempo” (11).

Finales de Cuaresma. Un despacho en una de las mayores capitales de España. Abajo bulle la multitud. Arriba, en la paz serena del atardecer, dos sacerdotes se hacen confidencias. Se han asomado a ambientes enteramente dispares, han vivido impresiones desconocidas, se han encontrado ante problemas insospechados... “Y entre las lecciones que entonces recibí y ahora he vivido, con ser todas certeras, *hay una que he visto que es genial: la fuerza de la verdad*. Poseído de ella me río de todas las calaveras iluminadas y todos los cuadros tétricos”. Y el otro asentía, ¡y con qué fuerza!, respaldado también por una espléndida y consoladora experiencia.

(11) SURGE! núm. 7, pág. 8. En la página 9 vuelve sobre la misma idea. Insiste de nuevo en el núm. 8, pág. 70. En el núm. 10 de nuestra revista (páginas 5-13) dedicó al tema un artículo bellissimo: “Apóstoles de la Verdad”. Y todavía en el núm. 15 (pág. 397) volvía una vez más a insistir. Sentimos en el alma no transcribir sus párrafos, porque tomaría este artículo una extensión desmesurada.

Entramos en esta parte de nuestro trabajo con miedo. Precisamente si algo tuvo como característica la acción de Don Rufino fue la carencia absoluta de propio programa. El no quería proyectar sobre el alma *nada suyo*. Por eso nunca quiso planes propios. Hable él mismo:

“En este punto acecha al Director un grave peligro, el de suministrar a las almas una dirección superficial a base de recetas... *El Director no es un fabricante de conciencias en serie*; por eso debe colocarse serenamente ante cada alma y sin precipitaciones, sin pretensiones fundadas vanamente en cierta experiencia de estas cosas, estudiar el estado de la cuestión “in individuo”... Cada hombre presenta cualidades, detalles, vicios y virtudes diferentes... Por todo esto es imposible cortar a todas las almas por un mismo patrón... [Además] el educador no es el artista que crea, sino el jardinero que riega, endereza y protege, sobre todo en el caso de la dirección espiritual *en la que la acción sobrenatural del Espíritu Santo ocupa el plano principal*. Hay directores que... pretenden a toda costa imponer su mirada personal, sustituir la voluntad del dirigido por su propia voluntad... *No se puede reemplazar ni la voluntad del dirigido ni la acción de Dios...*” (12).

¿Cómo buscar planes preconcebidos, trayectorias fijas en quien tenía como base de su sistema carecer de ellos? Cada alma, en sí misma y a través de la actuación del Espíritu Santo, era para él un caso único, singular, que había que estudiar con cuidado para plérgarse amorosamente a él en un intensísimo afán de adaptación. Por eso escribió aquella frase impercedera, que es como la síntesis de toda su actuación: “*NUESTRA PROPIA PERSONA ES EL PRIMER OBSTACULO para llegar al fondo del alma e impulsarla hacia Dios*” (13). Se diría que en la Dirección ansiaba ocultarse, desaparecer, “impersonalizarse”, como él decía, para dejar al Espíritu Santo actuar. *Que no en vano una fe viva, íntima, penetrante en la acción de Dios en las almas y en las cosas presidió toda su vida*.

(12) SURGE! núm. 9, págs. 109-111.

(13) SURGE! núm. 15 pág. 397.

Es una palabra netamente suya. La primera vez que, a través de pluma ajena, apareció en SURGE!, lo hizo con timidez (14), pero ya luego tomó carta de naturaleza hasta el punto de figurar en el título de uno de sus más hermosos artículos (15). En él describe, a través de su experiencia, el método para conseguirla. Pero hay otro lugar donde nos dio una síntesis más apretada y densa del asunto:

“El Director debe entrar decididamente en el santuario de la conciencia para recoger *el problema íntimo* que tantas veces entorpece la marcha en el camino de la perfección, y, dejando a un lado lo accidental, debe llegar a lo sustancial, descongestionando el alma de mil dificultades abrumadoras, pero de orden secundario, hasta llegar a tocar *el fondo del problema* que se presentará en forma de inquietud, remordimiento, duda, causa de desaliento, etc. Cuando se ha llegado a este punto puede decirse que se ha establecido el contacto de alma a alma. El dirigido se sentirá renovado, dilatado, como el caminante que repone sus fuerzas junto al pozo de agua fresca y agradable sombra. Percibirá con mayor facilidad las exigencias concretas de la gracia que irá impersonalizando y vaciando el alma de otras cosas hasta quedar dueña de ella” (16).

Concebía, por tanto, la apertura como algo previo. Hay que llegar a ella cuanto antes. Sólo así se hace posible la Dirección. Sólo así sale el alma de su desasosiego y se entrega a la acción del Espíritu Santo (17). Para él la dirección espiritual era eso. *Llegar al problema y solucionarlo*. Lo demás estará bien, pero es accesorio. No hay por

(14) El articulista se creía en trance de explicar en nota: “El término no es muy castizo, pero sí muy expresivo”. Cfr. SURGE! núm. 2, pág. 69, nota 16.

(15) “El Director espiritual en la apertura de conciencia”. SURGE! número 8, págs. 52-71. Al final del artículo prometió Don Rufino un manual sobre dirección espiritual cuya publicación “en breve” hemos esperado en vano, aunque nos consta que nunca abandonó su plan del todo. ¿No merecería la pena hacer un esfuerzo por sacar adelante cuanto se pudiera?

(16) SURGE! núm. 9, pág. 111.

(17) Véase la idea gráficamente expresada en la viñeta que se preparó para la pág. 70 del núm. 2 de SURGE! y él quiso que se reprodujese al final de su artículo (pág. 71 del núm. 8, último que las insertó).

qué aquietar y adormecer el dolor. Hay que curarlo de raíz. “Los pequeños remedios forman almas con muchas devociones, pero no almas interiores” (18).

¡Qué experiencia tuvo él de esto! Algún día veremos en el cielo cuántos centenares de casos tenía presentes cuando escribía:

“Sucede que almas colocadas en una embarazosa situación, enredadas en una maraña de dudas, preceptos y prácticas, al hallarse con un hombre de Dios que las ha comprendido, sienten su intervención —*acaso unos minutos tan solo*— como una influencia real y profunda que dura años y aun toda la vida” (19).

¡Almas que a lo largo de su vida dejó aliviadas para siempre con una exhortación brevísima en el confesonario! ¡Almas a las que con un fugaz contacto cerró llagas que se abrían envenenadas hacía años! ¡Almas que sintieron penetrar el filo de su espada hasta el fondo inconfesable al que nunca llegó su propio director! Todas ellas estaban presentes, sin duda, al trazar esas frases.

Hombre de amplias perspectivas y horizontes muy abiertos, que en su vida rápida e intensa había entrado en contacto con los medios más diversos, sintió siempre Don Rufino una sensación inmensa de pequeñez en contacto con ciertas gentes muy afines externamente a la Iglesia. Sin que pretendiese dar a sus palabras un sentido exclusivo, aun más, reconociendo que lo mejor de la humanidad se congrega en torno a Jesucristo, todos le vimos hablar muchas veces de la hermosura de almas alejadas de Él de buena fe (20). Esa superioridad en el plano natural (en “las virtudes humanas” de las que tanto hablaba) era cosa que no podía sufrir su corazón. Por eso insistía una y otra vez en la necesidad de formar íntegramente al hombre.

“...toda tendencia a deshumanizar la vida espiritual es gravemente funesta. Desde los primeros pasos *el esfuerzo del Director se ha de encaminar*

(18) SURGE! núm. 9, pág. 110.

(19) SURGE! núm. 9 pág. 112.

(20) “*Es mejor una conciencia virgen* en punto a sinceridad, *aunque camine por los peores senderos del mal*, que esos espíritus replegados e insinceros que no abren en modo alguno una rendija en sus almas por la que pueda entrar la luz de la verdad” (SURGE! núm. 15, pág. 396).

a hacer de su dirigido un perfecto modelo de hombre por medio de la atención y cultivo esmerado de las virtudes naturales, junto a las sobrenaturales. Si no se llega a esta perfecta concordia entre la naturaleza y la gracia, la labor de formación desaparece para dar paso a un tristísimo proceso de deformación moral... Los ejemplos abundan... No se trata de dividir las almas en provincias y formar almas puras, almas "piadosas", sino que se trata sencillamente de alcanzar la meta difícil de "formar hombres", con el sello auténtico de un cristianismo total y de ningún modo acomodaticio. Al Director le debe preocupar el cumplimiento de los deberes profesionales, de índole social de su dirigido, el culto a la verdad, el sentido de la justicia, de la honradez, etc... (porque) el sacerdote no forma almas de invernadero sino espíritus selectos para todo género de vida familiar, profesional, etc." (21).

Aquí tiene el claro entendimiento del lector la clave para explicarse un traído y llevado episodio de su vida, que tuvo alguna repercusión externa. Se podrá dudar de quién andaba amparado por la razón o el derecho. Sin pronunciarse aquí en ningún sentido, no cabe la menor duda al que esto escribe que entonces, como siempre, fue Don Rufino lógico consigo mismo. Y esta lógica, y la consiguiente buena fe, no pueden negársele aunque no se compartan sus conclusiones.

Mas cuide el discreto lector, no se extravíe. Jamás cayó, en su afán de huír de lo que gráficamente llamó "angelismo", en el frío laicismo del psicólogo que trata de formar la voluntad con medios puramente humanos. Se movía, sí, en el plano humano. Se ocupaba de estudios, orientaciones, inquietudes, aptitudes y apostolado. Pero siempre mirando ante todo y sobre todo al aprovechamiento espiritual de su alma (22).

Para ir formando en ella un criterio, para acostumbrarla a obrar por sí misma, recurría a un medio que conviene no olvidar: *la sobriedad en la dirección*. Directamente al asunto. Su opinión, su consejo o su precepto. Y aquello había terminado. Acostumbrar a

(21) SURGE! núm. 9, págs. 195 y 116. En otro artículo ("¿Crisis de juventud o crisis de educadores?") aplica estas ideas a la dirección de la juventud: "Nuestra dirección ha de tener como fin prestar al joven la ayuda para la expansión normal de su vida sobrenatural y natural" (n. 11, p. 206).

(22) Vid. "Angelismo y laicismo", núm. 9, pág. 113 y ss.

las almas a otra cosa creía que era empequeñecerlas. Cuando no exponerlas a una reacción nefasta (23).

HACIA LAS CUMBRES

"Desde el comienzo, la acción del Director debe ser impulsado por una alta inspiración: elevar al alma a la meta de la perfección, que es la unión con Dios. Todo lo que sea proponerse mantener, aunque sea con carácter provisional, al alma en una áurea mediocridad espiritual es ineficaz y perjudicial. Desde el primer momento el Director debe persuadirse de que *su tarea solo termina en la cumbre* y de que la vocación del alma que ha de dirigir ha de tener, en cualquier situación en que se halle, el perfil de lo heroico y sublime" (24).

Nótese que habla en general, no sólo de almas que profesaron estado de perfección. Precisamente el llamamiento de los seglares a la santidad era una de sus verdades preferidas. En una de nuestras últimas entrevistas recibimos de él, tan parco siempre en elogios, las más encendidas palabras de encomio por haber escrito algo sobre el tema: "Eso hay que repetirlo y repetirlo. Hay que *hincar*lo en las almas..." y acompañaba la frase con un ademán en el que ponía toda la suya.

Sólo así se explica el interés que para él tenía la dirección. *Como se trataba de hacer santos, todo era poco.*

EN EL SEMINARIO

Como Director espiritual del Seminario su actuación es mucho más conocida y no hay por qué dilatarnos más, que harto lo estamos haciendo. Cuanto hemos dicho en lo individual se puede repetir aquí. Nada de planes preconcebidos para las pláticas del curso. Vivir en contacto con la Comunidad. Captar sus corrientes, sus problemas, sus estados de ánimo. Y darles solución. Nada de exhortaciones entrando a saco en Tanquerrey. Sino la vida, la auténtica vida, de aquellos seminaristas que le escuchaban.

(23) Descrita en la pág. 395 del núm. 15.

(24) SURGE! núm. 9, pág. 110 y ss.

¡Y qué vida, Dios mío! Hablaban, mucho más que sus labios, sus manos. Hablaba su gesto. Hablaban sus ojos, despidiendo llamadas de celo y entusiasmo. Toda la capilla electrizada escuchaba aquellos párrafos inconexos, mal acabados... ¡pero dichos con toda el alma!

Si alguna vez cedió a la tentación de andar con libros, el interés bajó automáticamente, y lo mismo ocurrió en su cátedra de Ascética (que siempre consideró una prolongación de la dirección). Por eso, cuando ya la Obra de los Ejercicios le forzó a perder el contacto con su amada comunidad, cuando sus brazos de gigante no pudieron abrazar, ni aun a impulsos de su férrea voluntad, todo cuanto estaba a su cargo, su influencia decreció. Bebía en las almas, en los corazones, y no en los libros. Y al final de su vida la sed le abrasaba. Somos testigos de la intensidad con que deseaba el contacto con el Seminario. Pero no podía ser ya. Otros rumbos le marcaba la Providencia. Aquellos contactos fugaces no podían bastar ni a él... ni a nosotros.

Un mérito extraordinario tuvo, y consignándolo terminamos. El contribuyó, en gran parte, al contacto íntimo entre el Seminario y la Diócesis. El se esforzó por traer al ambiente de dentro ráfagas del de fuera. Aún más, ni aun en las épocas en que más asiduamente vivió en el Seminario, se aisló tanto que no viese la exacta realidad de las cosas. De la disciplina, de la formación, del trato, etcétera, tuvo siempre, a pesar de vivir allí, la misma noción que tenemos los que las vemos desde la vida. Y a nuestro modo de ver no es dudoso que en ello tuvieron influencia decisiva sus años pasados en Francia (25).

FINAL

“Este tono de oración —escribía él en 1942— no ha de decaer un ápice sino, en todo caso, acrecentarse, *ofreciéndose el Director al Señor abnegadamente [por las almas], de modo que su trabajo, que a veces llega a la*

(25) Recomendamos encarecidamente al lector, amable, sin duda, que repase los párrafos “Acción privada y acción pública” y “El ambiente”, en el núm. 15, págs. 396 y 398.

extenuación, sea elevado a Cristo en holocausto por las conversiones de las almas...” (26).

“Sólo el alma que se eleva, eleva al mundo”. Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré todo hacia Mí. “Y así ha vencido Jesús al mundo. Su victoria no es como nuestras victorias humanas que derriban y aplastan al adversario. Jesús levanta al mundo; al cuerpo y al espíritu, al gozo y al dolor, a la risa y a las lágrimas. Por eso no hay en el Cristianismo nada insignificante, anónimo, opaco y entenebrecido. Todo es grande, luminoso y radiante; todo lleva un impulso hacia la altura con el afán admirable de “levantar al mundo” (27).

¡Qué sentido tienen estas frases cuando le hemos visto caer rendido sobre el surco, extenuado como él lo predijo, en holocausto por las almas!

Viénesse a la imaginación, sin querer, aquella definición de su Obra que (para publicarla en una circular íntima) con tanto calor aprobó un día y que es como el resumen de toda su vida:

“Por eso, para que entiendas lo que es la Obra, es preciso que destierres de ti esa idea estrecha que no concibe las cosas sino a través de un Reglamento. El día que lo tenga, la Obra habrá fracasado... Porque es algo más de lo que puede caber en las páginas frías y sosas de un reglamento de artículos numerados. Es un *espíritu*. Una *mentalidad*. Un estado de conciencia. Un *movimiento*. Una *inquietud sacerdotal*.

Casi diría que su definición es más *verbal* que *nominal*. Es *trabajar* por Cristo, *recoger* inquietudes, *adaptarse*, *desgastarse*. ENTREGARSE A EL.

Y esto, en plena identificación del hombre y su Obra, fue cabalmente Don Rufino.

(26) SURGE! núm. 7, pág. 5.

(27) SURGE! núm. 15, pág. 399.

Hombre de empresas de apostolado

“OSTIUM... MAGNUM ET EVIDENS”

Don Rufino concebía la vida como una entrega, como un servicio total a una empresa. Consiguientemente, para él la vida del cristiano y, sobre todo, la vida del sacerdote, no era otra cosa que una entrega plena a la magna empresa de apostolado.

Esta idea fue en él absorbente. No era algo que llevaba en la mente y en el corazón; era más bien algo que le llevaba a él, que le acuciaba, que le impulsaba a no darse al descanso ni al desfallecimiento. No se concebía en D. Rufino una conversación, una plegaria, un dolor, un viaje, un gasto, una reunión, un solaz, que no llevara, como una vena íntima, la orientación decidida a una empresa de apostolado.

Pero D. Rufino fue hombre de empresas de apostolado. Así en plural, esta palabra obtiene su adecuada expresión. ¡Cuántas veces repetía él a los más diversos auditorios, lo mismo en las charlas íntimas con sacerdotes y seminaristas que en sus pláticas a diversos auditorios, aquella frase de San Pablo: “ostium enim mihi apertum est magnum et evidens”! (1). Su ambición apostólica le hacía descubrir en el roce con la vida nuevas posibilidades y nuevos horizontes. En la vehemencia de su labor, en la rapidez con que se lanzaba al trabajo, en

(1) I Cor. XVI, 9.

la audacia escalofriante con que avanzaba, sorteando peligros y dando rostro a las más espinosas dificultades, se traslucía una latente inquietud, una solicitud que recordaba a aquella preocupación obsesionante de que habla S. Pablo en la epístola a los Corintios: “Instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium ecclesiarum” (2).

Los antiguos romanos tenían un aforismo que el Papa Pío XI solía repetir con frecuencia: “nihil actum, si quid agendum”. Estas palabras cuadran bien al modo de actuar de D. Rufino. El avanzaba en sus obras con un afán siempre insatisfecho. Cuando parecía que había alcanzado la cumbre, sudoroso, jadeante, ensangrentado por los zarzales que encontró en su camino, era lógico descansar, siquiera un momento, para contemplar la obra encauzada, después de tantas fatigas. D. Rufino nunca se permitió este lujo. Le parecía que todavía no se había hecho nada, que todo estaba por hacer. Y por eso unas empresas de apostolado se enlazaban con otras en una larga e ininterrumpida cadena.

La ambición de apostolado universal que agujijoneaba incesantemente el espíritu de D. Rufino, nos da la clave de algo que fué muy peculiar en él y que precisamente fué piedra de incomprensión para muchos que no alcanzaron su razón de ser. Me refiero a sus orientaciones de apostolado. Eran imprecisas en su contorno. En este siglo de la organización, del programa exacto, del orden perfecto, de las directrices y de las normas, causaba cierta extrañeza encontrarse con un hombre que se lanzaba audazmente a empresas de apostolado sin un reglamento multicopiado, sin un proyecto escrito, sin que nadie pudiera saber a ciencia cierta, cuáles eran sus límites y cuál era el cauce fijo por el cual habían de discurrir sus empresas. Para muchos su orientación era una desorientación. Palabras, ilusiones, algo escurridizo y nebuloso y... nada más. Y sin embargo acaso esta imprecisión fue la base del éxito de sus tareas. Su orientación llevaba siempre un eje diamantino. Pero gozaba de una flexibilidad, de una palpitación viva, porque, como D. Rufino decía muchas veces, la técnica de las almas no puede equipararse a la técnica de las máquinas.

(2) II Cor. XI, 28.

Por eso los contornos podían ser movedizos y cambiantes, pero él seguía su camino recto hasta llegar al fin.

CARACTERISTICAS

El deseo del apostolado era sentido por Don Rufino con una urgencia y un apremio casi físico, que dió aquel colorido y aquel signo polifacético a su vida entera.

El afán por llegar a todos movía con un vigor irreprimible todo su ser. De ahí que su acción nunca fuera tímida, apagada, encogida. Había en él una característica esencial, humana, simpaticuísima: no se controlaba a sí mismo cuando se trataba de darse a los demás. Lo mismo iba directamente a sus cosas, que desviaba su actividad hacia campos impensados; se metía en terrenos para él sin explorar, guiado quizá por el afán de dar solución favorable al negocio de un alma. Su acción siempre era lo más opuesto al titubeo y al cálculo.

Recogemos otra característica: su rapidez, su prisa para la acción. En labios de D. Rufino era muy frecuente esta frase: "Vd. está llamado a hacer mucho bien y... pronto". Diríase que en él iban emparejadas la idea de algo y su ejecución inmediata. Nunca admitía dilaciones. Y lo que él obraba lo exigía inexorablemente a los demás. Para conseguir sus objetivos echaba mano de todos los medios que tenía a su alcance a fin de vencer en aquella lucha enconada contra el tiempo, que fue una de las torturas de su vida. ¿Cuántas veces hizo uso del taxi, del tren, y del teléfono, sobre todo del teléfono? Los que convivieron muy cerca de él evocarán con facilidad la figura de D. Rufino con el rostro pegado al auricular o bien saliendo centenares de veces de su despacho, asaeteado por las llamadas telefónicas.

No puede hablarse de las empresas de apostolado de Don Rufino sin exponer otra de las características de más relieve en su vida: fue tesonero. No se doblegaba, no se amilanaba ante ningún obstáculo. Tenía una voluntad férrea y una entereza de carácter, que le hacía superar todas las dificultades. Causa impresión recordar, que con los medios humanos con que él contaba pudiera lanzarse a implantar la obra de Ejercicios, a fundar una revista, a fundar un Instituto Religioso, a entablar relaciones con toda clase de personalidades, a ha-

blar ante cualquier auditorio, etcétera, etcétera. Pensar que esta audacia fue en él fruto exclusivo de su temperamento es un error voluminoso. La base fué su providencialismo, su confianza humilde y reposada en la mano providente del Señor, y su desinterés y desasimiento absoluto de las cosas y de las personas. Como en el juego difícil de la vida apostólica no tenía nada que perder, tampoco temía perder. No entendía la palabra fracaso. Vivía la difícil verdad de que el trabajo, hecho por Dios y por las almas es siempre una victoria. Por eso nunca la dimensión de las empresas de apostolado fue para él motivo de desánimo o razón que le hiciera desistir de su propósito inicial. Todo lo concebía a lo grande, con una naturalidad y una sencillez desconcertante.

SUS EMPRESAS

¿Cuáles fueron? Don Rufino no caminaba impensadamente. Si es verdad que la multiplicidad de sus actividades: las visitas, los viajes, la dirección, las pláticas, los Ejercicios y retiros, las casas, las Misioneras Evangélicas, daban una sensación de desorden en los detalles externos de su vida, lo cual suscitaba, en los que le conocían bien, donosos comentarios, sin embargo, en su línea de acción, en el engarce de unas empresas de apostolado con otras que se sucedían, D. Rufino tenía un plan, seguía un camino lógicamente predeterminado.

Voy a permitirme esbozar, de un modo sintético, este plan apostólico de Don Rufino, que él, si se quiere nunca lo expuso de un modo concreto y definido, pero que se desprende de conversaciones, artículos y de su misma actividad, aplicada con más o menos intensidad a este o aquel campo de acción. El plan podría ser el siguiente:

1.º El sacerdote se encuentra en el mundo próximo —cristiano— con un proceso de descristianización. Hay que recristianizar. Para ello: 1.º Formación sacerdotal. Este es el primer paso que hay que dar. Y aquí viene la importancia capital de los Seminarios. Esta formación sacerdotal exige siempre una reforma, una adaptación del sacerdote a los nuevos tiempos, a las nuevas exigencias, expresadas por un término muy familiar en el lenguaje de Don Rufino: la mentalidad actual.

2.º El sacerdote formado ya tiene que lanzarse al apostolado. ¿Cuál será su arma principal? Los Ejercicios Espirituales. Esta idea fue clarísima en Don Rufino. Pero también aquí él, que tenía un sentido muy avisado de la realidad, advertía que los Ejercicios Espirituales eran el primer paso para recristianizar, pero no eran todo el apostolado, ni mucho menos. Aquí viene como anillo al dedo aquella frase mil veces repetida por Don Rufino: "Los Ejercicios no obran ex opere operato".

3.º En la actividad sacerdotal lo fundamental es la dirección espiritual, el contacto de alma a alma. Por eso la dirección espiritual constituye en el plan de Don Rufino uno de los pilares más fundamentales para el apostolado, que supera en eficacia a cualquier otra forma de acción: predicación, propaganda escrita, etc., etc., La dirección espiritual además es el complemento de lo que en los Ejercicios tan sólo se inicia; es el arma más importante para la perseverancia.

4.º Estos dos puntos cardinales: Ejercicios y dirección, son genéricos aplicables a todas las almas de todos los sectores. Pero en la actividad de Don Rufino aparecen los brotes de algunas ambiciones apostólicas orientadas a determinados campos de apostolado. Una de ellas fue el deseo del apostolado social. No se oculta a Don Rufino esta preeminencia de lo social, que es una de las características del mundo moderno. Salió del Seminario marchando voluntario a un campo de apostolado obrero: el sur de Francia, donde existía una colonia de obreros españoles completamente abandonada. Y entre ellos hizo sus primeras armas. Esta primera fase de su vida, este contacto con la realidad obrera influyó notabilísimamente en toda su actuación posterior y nunca la preocupación social perdió intensidad en su alma. A pesar de otras inquietudes que absorbieron su acción más adelante. Don Rufino hizo un viaje a Bélgica para entrevistarse con el propulsor del movimiento jocista belga, "el más auténtico movimiento de Acción Católica", en frase de Pío XI. Tuvo varias entrevistas con el canónigo Cardyn y con grandes ilusiones de apostolado social comenzó sus trabajos de dirección espiritual en el Seminario de Vergara, durante nuestra guerra. Los que en aquellos años estuvieron en contacto con él recordarán perfectamente el afán y el interés con que Don Rufino trabajó para inflamar a los seminaristas, sobre

todo a los teólogos de los últimos cursos, en el celo del apostolado obrero. Ya entonces apuntó la idea de algo que él quiso realizar y no pudo ver: la prensa para obreros, sobre todo gráfica, de grandes vuelos y de grandes ambiciones en el aspecto informativo y técnico.

Una de sus ilusiones en las Casas de Ejercicios era hacer de ellas una palestra para los apóstoles obreros.

5.º Las Misioneras Evangélicas. Don Rufino fundó este Instituto porque vió que la obra de los Ejercicios y otros campos de apostolado femenino exigían a la mujer bien preparada como una colaboradora inmediata de la acción sacerdotal. No quiso hacer de las Misioneras un instrumento única y exclusivamente al servicio de las Casas de Ejercicios. Indudablemente tanto el fundador como el Instituto, ya hoy en marcha, han pretendido desde los comienzos trabajar en otros muchos campos de apostolado, completando de este modo la labor de los Ejercicios Espirituales.

6.º Otra de las empresas de apostolado, que preocuparon hondamente a Don Rufino, es la propaganda de la idea católica, realizada principalmente por el sacerdote. El observaba una laguna en la formación sacerdotal: su falta de preparación para la propaganda escrita tal cual exigen los tiempos presentes. Se dolía de que los que por sus especiales aptitudes se hallaban llamados al apostolado de la pluma, adolecieran de un defecto de inadaptación al ambiente que hacía que gran parte de las publicaciones sacerdotales no pudieran competir en el modo de exposición, en la presentación editorial, en la agilidad con las publicaciones profanas. Por eso deseaba que ya en el Seminario se cultivaran estas vocaciones. Por eso, con su habitual audacia, lanzó a varios seminaristas a traducir obras extranjeras. Por eso también fundó la revista SURGE!, para que sus páginas fueran una palestra y hasta una escuela de propaganda escrita.

Su preocupación por la propaganda no se limitó tan sólo a la cuartilla escrita. Cuántas veces se le iluminaba la mirada con una luz de ambición y de tristeza al mismo tiempo al pensar en el cine, magnífica arma de propaganda y de la cual los católicos y los sacerdotes, por inexplicable miopía, estamos tan lejos. Lo mismo digamos de la radio. Fue él el primero que se lanzó a dar Ejercicios por radio a los enfermos en la semana de Pascua de 1942.

“UT OMNES UNUM SINT”

La acción apostólica de Don Rufino lleva el sello del universalismo. Fluía de una fe intensa en la potencia universal del sacerdote y por eso él estaba plenamente convencido de que, por el mero hecho de serlo, el sacerdote podía realizar cualquier género de apostolado. Esta es la razón por la cual no se ciñó a un sector determinado, a una especialización apostólica, si vale la expresión. Por temperamento y por convicción era incapaz de entregarse a un sendero solo en la vida para caminar por él. Esto hubiera supuesto excluir algo y a Don Rufino le interesaba todo y todos. Por eso flageló con dureza lo que él llamaba “monopolios del apostolado”. No debían existir campos cerrados a la acción de muchos, y abiertos a unos pocos en plan de monopolio exclusivista.

En el universalismo de sus empresas podemos distinguir dos aspectos. Un universalismo intensivo, que tenía por objetivo ganar a todo el hombre; y un universalismo extensivo, que se dirigía a todos los hombres.

Don Rufino llevaba muy metida en el alma la idea de un catolicismo integral; por lo cual la acción apostólica no podía reducirse, ni tan sólo a la instrucción religiosa que ilumina la mente, ni tan sólo al impulso que mueve la voluntad y excita el sentimiento, sino que debía comprender y abarcar en sí todos aquellos elementos que son necesarios para obtener la conqusita total. Repetía innumerables veces la idea de que el mundo moderno adolecía de esta ausencia de católicos enteros, profundos, íntimos, y repudiaba con vehemencia y energía ese dualismo de paganía y cristiandad, que parece ser la bandera religiosa de muchos católicos de nuestro tiempo, a los cuales él llamaba “católicos de fachada”.

Esta necesidad de un apostolado integral se reflejaba en la importancia que Don Rufino daba a lo que pudiéramos llamar contorno o periferia de la acción apostólica y que constituye un tejido de detalles mínimos a primera vista, pero que revisten excepcional importancia: la afabilidad en el trato, las formas sociales, el prestigio de la cultura, el dominio del público, la adaptación a los diversos ambientes, etc., etc. Por esta misma razón Don Rufino cuidaba de evitar una deshu-

manización del sacerdote vigilando el peligro de un extremado espiritualismo. En algún artículo suyo advirtió el riesgo del “angelismo”, citando unas bellísimas frases que Santa Teresa escribe en el cap. XXII de su vida: “nosotros —dice la Santa— no somos ángeles, sino tenemos cuerpo; querernos hacer ángeles estando en la tierra..., es desatino” (3). Para ganar a todo el hombre Don Rufino quería que el sacerdote fuera siempre todo un hombre.

Pero además Don Rufino tenía un espíritu auténticamente misionero. No hace mucho recibía yo el recordatorio de su muerte. Por asociación de imágenes, la estampa me trasladó a otra fecha y a otra estampa sin orla negra: el recordatorio de su Primera Misa. El lema que él había escogido para su gran día fue éste: “Ut omnes unum sint”. Ahora, cuando se ha ido, piensa uno que verdaderamente fue fiel a la consigna del primer día, porque este sello de unidad y universalidad es la marca inconfundible de todas sus empresas de apostolado. ¡Cuántas veces hablaba de la mezquindad de un sacerdocio limitado por los límites topográficos de la parroquia, de la diócesis y de la Patria! Soñaba él con sacerdotes y misioneras auténticamente misioneros, trabajando más allá de las fronteras en el inmenso campo del mundo infiel.

En la tierra no ha logrado ver algunos de sus sueños, pero en más de un surco por él abierto dejó caer la semilla del universalismo, que era fruto de todo el sentido de su sacerdocio y de sus empresas, soñadas por él de un modo confuso en el día gozoso de su ordenación sacerdotal, cuando, acaso sin pensar en toda la grandeza de sus propios ideales, estampó en su recordatorio estas palabras que pudieron servirle de lema y de epitafio: “Ut omnes unum sint”. Porque para este apostolado universal, el único de la Iglesia, el de Cristo, fué su vida y su muerte.

(3) SURGE! núm. 9, pág. 113-114.

Don Rufino y la idea de la obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales

DIALOGO ENTRAÑABLE

“Defunctus adhuc loquitur”. Nos habla todavía en esta misteriosa ausencia-presencia de los cristianos “cuya vida sufre cambio, no pérdida”.

Se nos arrebató el día de Pascua de Resurrección.

Y le esperamos en la revuelta de cualquiera de nuestros caminos sacerdotales... Cuando proyectamos audacias, concebimos sueños o luchamos contra las dificultades inherentes a toda obra de Dios.

El tiempo va desprendiéndonos de la ilusión cálida de que nos fuera devuelto..., que somos muchos los que con fe repetíamos, al quebrarse en el morado cuaresmal las últimas luces de marzo: “Señor, aquel a quien Tú amas...”.

Pero vive, habla todavía.

Al tratarse del Sacerdocio, de la Obra, de las Casas de Ejercicios... se nos hace redivivo, inefablemente presente —en vivencia interior— “nuestro” Don Rufino. Este que se nos iba formando dentro, muy adentro, en incosciente aluvión de trato y amistad, de intercambio de ideas y criterios.

El Señor nos lo quitó cuando vió que ya no podíamos perderlo, pues era “nuestro”.

Esta su presencia es lección viviente de sacerdocio y apostolado.

Es aprecio —con raigambre profunda y tenaz en el alma— a la Obra.

Es responsabilidad ante la Iglesia, sus Jerarcas, ante nuestro sacerdocio y ante las almas.

Es acicate.

Es optimismo insobornable...

Al tener que hablar de la Obra, nos resultaría punto menos que imposible hacerlo por cuenta propia, sin contar con este Don Rufino “nuestro” —“mío” en mí y en ti “tuyo”—. Preferimos sea él quien nos hable —¡lo había hecho tantas veces!— de la Obra en todos sus aspectos.

Diálogo entrañable... en el que quisiéramos entrara lo menos posible de nuestra cosecha. Porque nos ilusiona captar de nuevo la vibración cordial que sus palabras y sus ideas tenían cuando versaban sobre sacerdocio, almas, gloria de Dios...

El, el “Padre”, nos hablará...

EL MARCO TOPOGRAFICO

Lo tiene, sin duda, el diálogo siguiente en que no percibiremos más que su voz.

Podríamos localizar —anecdóticamente— muchos de sus fragmentos. Recordaríamos fechas, momentos históricos, gestos expresivos, frases de grafismo típico, insuperable. Mas resultaría de interés puramente personal y periodístico.

Importa aquí su idea sobre la Obra.

Idea fija, obsesionante, amplia, asimilada y vivida; “objetivizada” en ideal, constante en sus trazos esenciales, elásticamente adaptable en lo accesorio, hecha vida.

Era un día en el balcón sobre San Sebastián y el Cantábrico, de Villa Santa Teresa; en la charla repetida de “unos minutos” noche adentro; en el marco inquieto y el ajeteo de un Barcelona o Zaragoza; entre meditación y plática; aprovechando los minutos de la cena...

Otro día, en la explicación documentada a sus hermanos sacerdotes de todas partes o sobre el traqueteo adormecedor, interminable del tren, o asomados en la diminuta atalaya móvil de una ventanilla sobre un poniente castellano, con aldeas recostadas o escondidas

entre lomas, con iglesias solitarias, vuelos de cigüeña en torno a la torre en los oros de la tarde, y la presentida soledad del "pobre cura"...

Otro día... La enfermedad le atenazaba ya la razón (que "la fortaleza tiene también sus fronteras" —había dicho delirando—) y en pleno delirio, horas antes de partir, hablaba de unos sacerdotes jóvenes que temía no habían entendido plenamente la Obra: "No han entrado. No la captan..."

Otro día... ¿Pero, qué importa?

LA OBRA EN VISION DE CONJUNTO

Históricamente, ni es fruto de la improvisación ni es una "obra" nacida en una mente y realizada por un hombre, por un sacerdote con la mira puesta exclusivamente en el bien de las almas.

En su génesis histórica y en su esencia, la Obra nace de un movimiento de espiritualidad sacerdotal; es fruto y exigencia sacerdotal, es floración de un afán de dar gloria a Dios por la dignificación del sacerdocio, participación del de su Hijo Jesucristo.

Cuando nos reuníamos en Aránzazu, varios hermanos sacerdotes para mantener siempre viva con esta comunicación inicial la conciencia de nuestro sacerdocio en una unión intensa de oración y sacrificio, fijábamos nuestro ideal en la "configuración total con Jesucristo Sacerdote y Víctima en la Eucaristía". Nos preocupaba hondamente el triste fenómeno de la "soledad espiritual" del sacerdote diocesano en su puesto de vanguardia... Sacerdotes jóvenes recién salidos del Seminario, que veían estrellarse sus ilusiones apostólicas y sus ansias de santidad en el bloque frío de este silencio y de esta sociedad, o veían apagárseles lenta, inevitablemente, frustrando las más halagüeñas esperanzas de floración sobrenatural, en las parroquias que se les confiaban. Años largos de lenta y paciente formación con un epílogo vergonzoso de esterilidad.

El Señor nos pedía crear —prestarnos a crear— un movimiento de fraternidad sacerdotal, para poder hablar —sin ruborizarnos y sin que ninguno tuviese que ruborizarse— de Jesús y de las almas, de

métodos y experiencias, de temas, en fin, hondamente sacerdotales. Es que hay, a veces, un cerco de hielo y respeto humano en el que se mueve el sacerdote en el trato con sus hermanos, languideciendo su espíritu, como si forzosamente debiese tratar temas intrascendentes de políticas más o menos estrechas, de críticas más o menos veladas o mordaces...

Surgieron así a flor de charla —particularmente y en estas memorables reuniones fraternas— de modo habitual, los temas candentes de la dirección de las almas, organización y movimiento de la A. C., el mundo obrero, separado por muchos abismos, del sacerdote...

Pero el "leit-motiv" era la intensificación de la vida interior, como postulado imperioso de nuestro ser sacerdotal y primer objetivo de nuestras actividades entre los sacerdotes, y luego...

...es que los sacerdotes andamos muchas veces a 300 kilómetros por encima de nuestros auditorios. Nuestra acción pastoral apenas roza las almas, las deja intactas las más de las veces. Resolvemos apriorísticamente —con mentalidad libresca— problemas imaginarios, irrealles. Y cohibimos nuestro sacerdocio, mutilándolo, adulterándolo horriblemente.

Lo cohibimos y mutilamos al abandonar cobardemente lo más esencialmente sacerdotal: la vida de las almas. Crearla en ellas y dirigirla.

Lo adulteramos, porque al no ser todo sacerdotes, lo mixtificamos con algo en que sólo los seglares deben ocuparse.

Y la experiencia no podía menos de coincidir con las orientaciones pontificias: los Papas lo repetían con insistencia y nosotros lo experimentábamos a cada paso. Lo eficaz para la formación integral del sacerdote, para mantener lozano su espíritu, para la eficacia de su trabajo apostólico en contacto directo con las almas no sobrepasando sus problemas: los Ejercicios Espirituales en completo retiro.

De aquí nació todo.

Y en esto vimos la solución de los varios problemas que el estado y la vida del sacerdote diocesano nos planteaban.

MI EXPERIENCIA DEL SUR DE FRANCIA

(Rara vez y sólo en la intimidad, como de cosa propia, hablaba Don Rufino de sus tiempos de misionero entre los emigrados españoles del Sur de Francia).

Aún entre obreros. Quizás más entre ellos, por buscar sinceramente la verdad, pude comprobar que no nos equivocábamos en nuestros puntos de vista de apostolado.

Los emigrados españoles en tierras de Francia yacían en una miseria absoluta material y espiritual. Abandonados.

La luz del Evangelio sólo se abría paso a través de las obras de caridad y de los Ejercicios especializados para ellos, dados como se podía en aquellas circunstancias políticas y sociales.

Allí nació también —de la necesidad y de las dolorosas experiencias apostólicas— la idea del complemento femenino de la Obra.

Otras instituciones fracasaban por la casi nula adaptabilidad que su mentalidad y reglamentación interna les permitían.

¡Y me convencí de que en el mundo el sacerdote era... todo!

ENCARNANDO EN REALIDADES

Me habría sido difícil decir de antemano con todo detalle lo que debía ser la Obra.

Claramente preconcebida en sus líneas esenciales, había que dejar para la realización la concreción de perfiles...

No entiendo las obras —que se dicen obras de Dios— que se empiezan por estatutos, reglamentos y organización, si antes no se ha creado la vida.

Queda siempre un margen para la Providencia...

(Quienes hayan conocido a fondo a Don Rufino saben —o habrán vislumbrado alguna vez— hasta dónde se extendía este margen que él dejaba siempre a la Providencia para fijar los detalles en la realización de sus obras. Eminentemente providencialista, no tenía decepciones en estas cosas menudas que el Señor resolvía con el tiempo y puestas ya en marcha las cosas... porque él ya contaba con este margen para el Señor).

Podré decir mejor de la idea de la Obra, describiendo realidades y hablando en presente —este presente alentador y magnífico de mi hora de nona— que en futuro, este futuro siempre brumoso de las ideas y los proyectos acariciados de cuando empecé a trabajar de nuevo en España entre mis hermanos sacerdotes.

La realidad responde a nuestros sueños.

LA OBRA ES...

Acababa de inaugurarse, aquella tarde, “Nuestra Señora de la Paz” en Vitoria. Arrodillado en el suelo de la capilla, Don Rufino tenía pintada en el rostro la emoción honda del momento... Oficiaban otros.

Reunidos luego los sacerdotes amigos, D. Joaquín Goicoecheaundía le daba unas palmaditas en el hombro, bromeando:

—¡Qué satisfecho estás, Rufino!

—Amigo... —y los ojos le brillaban—, no todo tienen que ser penas... También deja palpar el Señor de cuando en cuando los frutos de nuestro trabajo...

Así nos habla Don Rufino de lo que es la Obra...

Dos casas diocesanas de Ejercicios Espirituales Parroquiales en pleno funcionamiento y una tercera a punto de inaugurarse.

Las estadísticas aducidas en otra parte de este mismo opúsculo hablan por sí solas. Está en marcha el gran regenerador de las conciencias. El generador de las energías sacerdotales y cristianas en la Diócesis.

Las Casas de Ejercicios —en primer lugar, por la forma de su funcionamiento— responden admirablemente a nuestra consigna de salvar de la “soledad” a numerosos sacerdotes.

Focos de irradiación sacerdotal.

Con el sello inconfundible de su *carácter sacerdotal* que le garantiza la fecunda vitalidad y la consecución del objetivo final de la renovación cristiana del pueblo fiel.

En una de nuestras últimas reuniones sacerdotales, un compañero lo consignaba así:

“Una tanda de Ejercicios es dirigida por uno de los Directores

de la Casa, quien asume toda la responsabilidad de la tanda, pero es acompañado secundaria y modestamente por otro sacerdote que actúa en alguna otra parroquia, en algún centro de A. C., en algún colegio o en alguna empresa obrera.

Testigo presencial del proceso de los Santos Ejercicios y de los saludables frutos que durante ellos se palpan, el sacerdote se renueva en este íntimo contacto con el alma del ejercitante y adquiere como Párroco, como Consiliario, como Capellán, un mayor prestigio y ejerce en adelante una influencia más profunda en las conciencias de los fieles.

Además, si en un principio su participación en la dirección de la tanda fue mínima (dirigiendo alguna plática o examen), más tarde se asimilará la técnica completa de los Ejercicios y podrán los Directores encargarle alguna tanda”.

Todos los sacerdotes que han vivido este movimiento sienten como propias las Casas de Ejercicios, se saben vinculados a la Obra de los Ejercicios Espirituales Parroquiales, y la aman como suya.

No de otra suerte se explica —secretos del entusiasmo y del celo sacerdotales— la facilidad con que de modo habitual se reclutan, en tandas homogéneas, los ejercitantes para nuestras Casas, de todos los rincones de la Diócesis.

A todos interesa la marcha ascensional de la Obra y su penetración en aquellos sectores que más refractarios parecían al ministerio del sacerdote en el campo de los Ejercicios Espirituales.

METODO

Cierto profesor de griego bíblico ante el auditorio internacional de sus alumnos pregonaba así, desde su tribuna, la mejor gramática para aprender aquella asignatura: “¡Textum, textum, textum!”, y levantaba el tomo regordete de la edición crítica del Nuevo Testamento del Padre Merk...

—Oiga, Don Rufino: el mejor comentario de los Ejercicios...

—¿Ya tienes el librito de San Ignacio?

Esto: “¡Textum...!”.

No obstante...

Los Ejercicios son para la vida... (Y no tiene la frase necesidad alguna de puntualizaciones dogmáticas para salvar su ortodoxia...).

Hay que asimilar primero bien, muy bien los Ejercicios de San Ignacio. Un buen director debe hacerlos completos, de mes algunas veces en la vida. Cada año unos 15 días de retiro.

Asimilar su espíritu de solidez perfecta.

Y su técnica.

Sin mixtificaciones ni enmiendas.

Pero hay que ir hacia una adaptación vital también perfecta en lo que cabe.

Que San Ignacio, eminentemente práctico, lo habría hecho así.

Mentalidad moderna. Conocimiento profundo del hombre completo y de su ambiente. Ir a la solución de sus problemas; no orillarlos. Ponerle al ejercitante frente a frente consigo mismo, como es.

Han de ser curso intensivo de espiritualidad. No sólo aprendida. Hay que iniciarle al ejercitante en vivir su cristianismo.

Por la vida de la gracia, que adquirirá o confirmará, elevando su corazón y estima.

Abriéndole horizontes de perfección ulterior.

A través de la liturgia que debe empezar a entender y gustar en la Casa de Ejercicios. Sintiendo así con la Iglesia, le será más fácil sentir con la “nuestra sancta madre Iglesia hierárchica”.

(Y acotamos finalmente por cuenta propia: ¡qué sello tan personal, en huella profunda, han dejado sus lecciones en cuantos hicieron a su vera el aprendizaje de la dirección de las tandas de Ejercicios y le oyeron comentar sabiamente, sobriamente, el áureo libro del Santo Fundador de la Compañía de Jesús! Sus directrices permanecen vivientes hechas realidad en las Casas Diocesanas de Ejercicios Espirituales Parroquiales).

IMPERSONALIZACION

(—Deja, deja, todo esto te lo dará la Obra. Devuelve ésta con creces todo cuanto se le da...).

Y el sacerdote joven, inexperto, no se fiaba de la seguridad de

místico o de vidente con que Don Rufino quería acabar de impersonalizarle en la Obra).

No es la Obra de X., de Y. o de Z.

Sería algo así como hurto de sacrilegio querer apropiarse algo, hacer labor personal en la Obra.

Sólo adquirimos auténtica personalidad propia cuando dejamos —queremos— impersonalizarnos en ella totalmente.

Vivimos de la Obra. ¡Le debemos tanto!

Puede pedirnos sacrificios muy grandes y los haremos gustosísimos por Dios y por la vitalidad de lo que El nos encomendó.

No se sabe qué se hace quien se queja de sus exigencias.

Es ideal tangible.

“Objetivizado”. Asimilable.

Entreguémonos...

(La palabra “entrega” tenía significado de plenitud rendida, de totalidad... en los labios de Don Rufino.

Significaba: consagrarse al Sacerdocio como se entiende en este movimiento sacerdotal, nacido, en la hora de Dios, en el seno de la Diócesis de Vitoria. ¡Sacerdocio evangélico y afán inquieto hacia las almas, por Cristo!

Lo recuerdan los que le oyeron en una charla en el Seminario, recién llegado de Francia. Toda la elocuencia de su mímica, toda la inmensa expresión de su rostro y de su mirar, en tensión insuperable de celo, para clavar en las almas de aquellos sacerdotes en ciernes, su grito: “Jesús... almas... almas”.

Ni más ni menos: ¡Sacerdocio!).

OBRA DIOCESANA

Entendida la “diocesanidad” en su más estricto sentido.

La Obra es manos, brazos, labios, ojos y boca del Obispo en orden a su labor genuinamente pastoral: “Ut vitam habeant et abundantius habeant”.

La Obra quiere brindar a la Jerarquía de la Iglesia un instrumento con vitalidad y dinamismo desbordantes, con formación técnica y

espiritual en sus miembros, con entera sumisión a las directrices superiores para la reconstrucción de las Diócesis.

Colaboradores fieles y abnegados del Obispo para compartir con él el trabajo y la responsabilidad enormes de las almas que se le han confiado.

El lema del sacerdote, de la A. C. y de todos los fieles “Nihil sine Episcopo”, es imperativo trascendente para la Obra y todos sus miembros. Que sería bastardo nuestro Sacerdocio si en vez de instrumentos aptos y eficientes, un afán de independencia personalista obstaculiza el trabajo de cuantos en nombre del Obispo laboran en bien de las almas.

Por esto es eminentemente *Jerárquica*...

Podemos prestar nuestra ayuda a otros Obispos, pero el ideal a que tendemos es que cada Diócesis tenga su cuerpo de apóstoles bien formado —auténticos sacerdotes—, que sean allí la Obra. Comunidad de espíritu, de ideales, de métodos..., pero los cuadros fijos, muy diocesanos y perfectamente diocesana la adaptación de la Obra a su mentalidad, problemas y ambiente.

...DE EJERCICIOS ESPIRITUALES PARROQUIALES

Ni la Parroquia sin las Casas de Ejercicios. Ni las Casas de Ejercicios sin la Parroquia.

Complemento mutuo.

¡En cuántas parroquias se ha podido comprobar una consoladora renovación de la vida cristiana a raíz de este movimiento de Ejercicios!

Las almas “viven” —al volver de sus Ejercicios— o se hacen conscientes de su “vida”. Reclaman la dirección de sus Pastores a quienes consideran y aman como tales.

Adquiere sentido a sus ojos y en su vida la Parroquia con todas sus obras e iniciativas y los Centros de A. C. experimentan en su desarrollo una inyección que sacude su vivir a veces rutinario y gris.

Me emocionan particularmente las cartas que se reciben con frecuencia de algunos párrocos rebosando gratitud por el bien hecho

a algunos de sus fieles. Llevaba quizá años trabajándolos... El milagro se ha hecho en estas providenciales piscinas de Siloé... Junto a su Sagrario —antes quizá abandonado— en guardia de afecto y adoración los hijos aquellos que aprendieron a quererle al Señor en la Casa de Ejercicios.

Para el mismo sacerdote supone un toque de atención al percatarse de las justas exigencias en orden a su dirección y cuidado espiritual que estas almas traen de Ejercicios. Debe capacitarse para no defraudar sus ilusiones y deseos de perfección.

La Casa de Ejercicios mira a la Parroquia. Para ella, al fin, trabaja: de ella le vendrán las almas que debe renovar y transformar y a ella las devolverá para que allí den su rendimiento perfecto.

“El Director o Directores cuando no actúan en las Casas salen a las Parroquias a ponerse en contacto con los sacerdotes, con el pueblo y con las obras de apostolado existentes. Estas actuaciones fuera de las Casas son sumamente beneficiosas para los Directores (dar Ejercicios abiertos, dirigir retiros, dar conferencias en los centros de A. C., clases de Religión y conferencias en las escuelas obreras, principalmente de aprendices), porque son el medio mejor de no divorciarse de la realidad de la vida, palpar las necesidades de las almas y poder luego actuar en ellas con un sentido pleno de la realidad. Este intercambio es ciertamente necesario a los Directores para no aislarse demasiado en el retiro de la Casa, desmereciendo por lo mismo en la dirección de los Ejercicios que siempre deben ser para la vida; pero es también muy necesario para el sacerdote que actúa en medio del mundo, donde la desilusión y hasta la disipación están exigiendo constantemente una renovación de vida. Así surgen entre unos y otros relaciones sinceras de verdadera amistad sacerdotal”.

Y luego... los Ejercicios abiertos en las Parroquias.

¡Cuánto se han beneficiado de ellos las Parroquias y la Obra!

Por estos Ejercicios abiertos las Casas han desbordado su acción en la Diócesis. Es cierto que el fruto de unos y otros Ejercicios es muy distinto. Estos tienden a la sacudida directa en la masa, provocan reacciones colectivas; despertar inquietudes, abrir brechas a la propaganda de los Ejercicios en completo retiro que deben verificar la verdadera y lenta labor de la transformación por las conviccio-

nes profundas y la formación de las conciencias en el cristianismo.

También las Casas se han beneficiado de estas campañas de Ejercicios en las Parroquias, ya que en definitiva suele ser el silencio fecundo de la Casa de Ejercicios el que calma la inquietud despertada previamente en el alma por la verdad de Dios.

Las Casas que funcionan actualmente son ya insuficientes; los compromisos se multiplican y no pueden descansar una semana...

Y... ¿los Retiros mensuales para los Sacerdotes, dados en los Arcepresbiterios por los sacerdotes de la Obra?

¿Y el Seminario que a la vez que va alimentando la Obra con sacerdotes con fuego y vitalidad nuevos, recibe de ella para la formación de los sacerdotes esta amplitud de horizontes, germen de preocupaciones positivas, de una futura actuación más intensa en las almas y más extensa en toda la Iglesia por los caminos abiertos por la O. E. E. P.?

VOCACION ECUMENICA

(En la sobremesa, un día cualquiera, entre amigos viejos y recientes...

—“...y cuando tengamos casa en París y en la China...”.

Don Rufino lo ha dicho con toda naturalidad. Convencido...

Los amigos recientes se quedan mirándole mudos.

Los que le conocen se han cruzado una mirada en intercambio de sonrisas inteligentes, diciéndose:

—No lo dudes, querido, no lo dudes... Cuando tengamos casa en París y en la China...).

La Obra tiene vocación ecuménica.

Ha nacido en el seno fecundísimo de una Diócesis misionera. Y sale a su madre. Le bulle en el alma la eterna inquietud conquistadora de nuestros santos y de nuestros héroes.

Como si se hubieran dicho sobre la polícroma geografía de nuestras tres provincias y en el aire cántabro de nuestras brisas las palabras del mandato misionero. “Id por todo el mundo...”.

Como ha nacido, debe crecer y robustecerse en este seno de madre de la Diócesis y cuando su Pastor lo cree oportuno no sólo no

se niega a extender su acción y su espíritu fuera de la Diócesis, sino que espera con ansia el momento de regular y encauzar debidamente esta influencia apostólica.

Porque el campo de la Obra... es toda la Iglesia. No conoce fronteras ni razas. Almas. Por algo nuestro apostolado y ministerio son a lo Pablo: "Omnibus omnia factus". "Superimpendar"...

Ni tiene el espíritu estrecho con intereses de casta o coto aparte.

Bajo el signo positivo de la caridad del Evangelio mira con simpatía, toda institución, toda campaña... Viene a trabajar y para ello no debe estorbar a nadie y aprovechar las lecciones y la experiencia de todos, la cooperación de quien trabaje por la gloria de Dios y el bien de las almas.

LAS MISIONERAS

No limitan su misión a las Casas de Ejercicios.

Para ellas es también ecuménica su vocación y toda la Iglesia su campo. Pero las Casas han sido su primer campo de operaciones completando maravillosamente el trabajo de la O. E. E. P.

Para ellas tiene también aquella plenitud de sentido la palabra "entrega".

Ven salir de las Casas de Ejercicios oleadas de vida, almas regeneradas, encendida su ilusión de cristianismo auténtico...

Aquel famoso predicador que descendía del púlpito y enjugándose el sudor copioso, pensaba en lo copioso del fruto, vista la conmoción de su auditorio. El Señor le hizo pecar para que no olvidara la fuente oculta del bien hecho, del buen lego que junto al púlpito desgranaba su Rosario...

Se ven salir oleadas de vida de las Casas de Ejercicios...

El motor oculto, la presión constante sobre el Corazón de Dios son las Misioneras que han hecho de su vida y su trabajo la inmola-ción en favor de las almas.

Y en tandas de señoritas y señoras su espíritu cultivado y selecto, con fina psicología de mujer, sabe encontrar los resortes que han de preparar los caminos de la gracia y la labor personal discreta del Director de los Ejercicios.

Ellas saben dar al ambiente de las Casas de Ejercicios este tono elevado de espiritualidad litúrgica que tan finamente se introduce en el alma del creyente, y esta nota de delicada elegancia en los detalles, de orden, de confort, que disponen insensiblemente los ánimos al recogimiento y al interés de los Ejercicios.

Para todos los Sacerdotes de la Obra evocan las Misioneras a aquellas otras almas, acreedoras al recuerdo agradecido de un apóstol auténtico, Pablo: "...illas quae mecum laboraverunt in Evangelio..."

Dejemos en este punto la palabra a otra pluma. Don Rufino las llevaba en el corazón. Su palabra se iluminaba cuando hablaba del Instituto.

En la confidencia amical no hablaba de ellas Don Rufino sin insistir en lo agradecido que le estaba al Señor, porque... "había hecho cosas grandes el que es poderoso..."

Tenemos la seguridad que no habría terminado de hablar de sus Misioneras Evangélicas, sin entonar, recogién-dose hondamente y cerrando al exterior sus ojos llenos de vida, un "Magnificat" salido de su gran corazón...

COLOFON

Es grato el diálogo entrañable...

Al terminar estas cuartillas nos queda la sensación de unas de aquellas charlas "de cinco minutos" que morían —rendidos los párpados y lacios los miembros— bien entrada la noche...

Ya salían con languidez las ideas. Habían volado horas y añadíamos invariablemente: "Mañana, otro día hablaremos...". Para revivir de nuevo las realidades palpables y proyectar en el porvenir, en la ilimitada geografía del mundo, las ambiciones de la Obra.

"Tengo muchas cosas que decirte..."

Y se fue.

Se difuminó, huyendo, en su rostro enfermo ya, aquella ancha sonrisa paterna, que disipaba complejos anímicos íntimamente dolorosos. Se fue.

Y ya sé las cosas que tenía que decirme.

Que me las va dictando "mi" Don Rufino interior, el que a todos

nos queda dentro. Tenía que decirme... ¡de la Obra!... Porque todo lo que a ella se refiere era nuevo, interesante, electrizaba y ponía en tensión toda el alma y todo el sacerdocio que “había en nosotros por la imposición de las manos del Obispo”.

“L’avenir est á Dieu”... Ciertamente, y en manos de los que sientan la llamada a caer en el surco, inmolando las más legítimas ambiciones terrenas, “entregándose” hasta última hora... a la Obra.

Las maravillas de 14 años de Sacerdocio de Don Rufino se verán multiplicadas por tantas vidas sacerdotales como pronuncien su “fiat” ante los designios inescrutables y dulcísimos de Dios en los caminos de la Obra.

Porque es entregarse al Sacerdocio; este maravilloso sacerdocio de Jesucristo, que tiene eficacia suficiente para eliminar nuestras ruindades y santificarnos al darnos a ciegas y sin reservas para santificar, por este mismo sacerdocio, las almas de los demás.

—“Pero, Don Rufino...”

—Deja, hijo, deja; todo esto te lo dará la Obra...”

Fisonomía sobrenatural y natural de Don Rufino

Este artículo no pretende agotar la materia enunciada en su título. El intento del autor es ofrecer el bosquejo o diseño—incompleto, por fuerza—de un retrato o aguafuerte de don Rufino Aldabalde.

En distintos capítulos de este volumen aparecen ya, bien delineados, rasgos inconfundibles de la fisonomía sobrenatural de Don Rufino. Nosotros vamos a ceñirnos a la consideración y examen de otros nuevos, los que se nos antojan más salientes y personales.

El “espíritu de fe”, por ejemplo, era en él vivísimo, fuerte. Aquí se habría de buscar el origen de aquella enorme capacidad de acción que le hacía agigantar y crecerse ante las dificultades y obstáculos de toda índole. Diríase que Don Rufino se sentía llamado a “lo difícil”, a “lo arriesgado” con vocación especial, determinada, y que recababa para sí el honor de “dar la cara” por Cristo frente a todo los convencionalismos e intereses creados.

Hombre de oración, fundamentalmente, a pesar de su constante ir y venir, Don Rufino no dejaba nunca el recogimiento. Lo denotaba siempre, mejor que ningún otro síntoma, aquel subitáneo humedecerse de sus ojos—los párpados superiores ligeramente vencidos—al hablar, en cualquier lugar y ocasión, de Dios y de las almas. Solía decir, y en él era comprensible por el contraste, que, jamás, fuera de la capilla, rezaba el Oficio con mejor devoción que acompañado del traqueteo del tren. No comprendía que hubiese almas que, animadas del deseo de servir a Dios y llamadas a su servicio,

no llegaran a la "oración de simple mirada", "de recogimiento activo". A sus seminaristas aconsejaba y mandaba con imperio que no se acercaran a la recepción de los Ordenes Mayores sin vivir esta vida inefable de trato íntimo con el Señor en la oración. Prueba inequívoca de que él la poseía en grado eminente.

Don Rufino vivía plena y absolutamente entregado al mundo de las entidades sobrenaturales. Para él no tenía cuenta nada de la tierra, del mundo engañoso. No se fiaba de los hombres, sólo de Dios. Y que esto fuese sí, bien lo podemos atestiguar quienes nos cupo el honor y la dicha de ser sus íntimos.

El extraordinario volumen e incremento que iba adquiriendo la Obra de los Ejercicios Espirituales Parroquiales le vedaban frecuentemente a Don Rufino, por la multiplicidad de asuntos a que atender, la oportunidad de dedicar durante el día largos ratos a la oración, de "vacar a la oración". Sin embargo, él, como buen conocedor de que "nemo dat quod non habet", solía recuperar las fuerzas espirituales debilitadas por el desgaste en noches enteras junto al Sagrario.

La misa de Don Rufino era el centro de su vida y de su alma. La decía con emoción, con fervor y recogimiento excepcionales. Aún recordamos con qué fuerza de convicción recomendaba a los nuevos sacerdotes que hiciesen de ella el nervio de su vida espiritual.

Y si de la misa pasamos a su entrañable amor a la Señora, no ya un artículo, sino el volumen de un libro sería necesario para recoger "todo" lo que en la vida de Don Rufino supuso el amor a la Virgen, "la esclavitud mariana", fidelísimamente profesada. Algún día, no lejano, con la reunión de los materiales dispersos sobre el particular, será hacedero presentar el trabajo que verse acerca de la "esclavitud mariana" en Don Rufino a través de sus más queridas advocaciones, entre las que sobresalía la de "María, Reina del Clero".

Quisiéramos en este artículo especialmente acentuar el rasgo propio, inequívoco de Don Rufino: su admirable, generosísimo "espíritu de desprendimiento".

Don Rufino vivía, en absoluto, desapegado de todo, y, por haberle conocido íntimamente, podemos hacer esta afirmación con plena seguridad y certeza.

A pesar de que, por razón de sus ministerios, hubo de manejar

grandes cantidades de dinero, sin embargo, él, como solía decir a sus amigos, no había llegado nunca a contar como suyo propio más que unos cientos de pesetas. En este aspecto, y en todos, vivía colgado amorosamente de la mano pródiga de Dios. Hubo ocasión en que su madre —aquella madre que tenía amor y debilidad especiales por el hijo sacerdote— abrió a su nombre, creemos que en San Sebastián, una libreta de Caja de Ahorros. Cuando se enteró Don Rufino hizo que se retirara inmediatamente su nombre y la cantidad, porque, decía, "no quiero que mi nombre figure en ningún Banco de la tierra".

Le repelía la figura del sacerdote interesado, calculador de sus rentas, del "indiano", que solía ridiculizar en sus pláticas a los seminaristas. ¡Qué inolvidables momentos aquéllos!

Más no se detenía aquí, en lo económico, el desprendimiento de Don Rufino. Llegaba más a lo hondo, al completo olvido de sí en lo físico y en lo personal. Nunca, jamás, le gustaba hablar de sus dolencias. Se refería a ellas como de pasada, con palabra medida, y rápidamente cambiaba de conversación. Adivinábamos, a veces, en la expresión de su semblante la falta de sueño y de descanso. Se lo hacíamos notar, y, entonces, sólo entonces, confesaba que no había dormido en toda la noche. En otras ocasiones eran dolores, malestar, décimas y, sin embargo, hacía la vida ordinaria, cuando debiera estar retirado. No se pertenecía a sí mismo, se pertenecía a las almas y, en su concepto, no era tiempo de tregua sino de brega ininterrumpible.

Ya se habla de la "impersonalización" en otro lugar de este volumen. En la "impersonalización" —según el concepto de Don Rufino— llegaba a la cúspide su "espíritu de desprendimiento". Pero aún se debe añadir que, voluntariamente, Don Rufino no conocía el descanso gustoso, los ratos de solaz y esparcimiento que proporcionan el trato de los amigos, la lectura de los buenos libros, la música, el contacto y contemplación de la naturaleza. Y no se puede decir, y muy errado andará quien lo diga, que Don Rufino carecía de sensibilidad para estas cosas. Todo lo contrario. Sabemos, por experiencia, que poseía un agudo sentido de percepción de lo bello, y se encontraba admirablemente preparado, verbigracia, para el saboreo y

conocimiento de las literaturas castellana y francesa, lo mismo que gozaba con la paz y silencio del mar y de los montes. Sin embargo, había llegado a prescindir de esto. Como San Pablo, iba a lo suyo, al objetivo, y no se detenía en barras ni cantos de sirenas. Admirable y subida cualidad ésta de disciplinar el corazón hasta sus más íntimos repliegues y sentimientos, para tenerlo —muerto a todo lo humano— vivo y despierto hacia las cosas de arriba, “*quae sursum sunt*”. Este es el motivo por el que a Don Rufino siempre se le encontraba, invariablemente, en cualquier ocasión y trance, “en postura sacerdotal”. No se le concebía de otra manera.

Era Don Rufino, con su apariencia de “*abbé*” francés, de andares resueltos, decididos, a través de los que se trasparentaba la entereza de su carácter. De su firmeza y voluntad de dominio no se puede decir, hiperbólicamente, que le hubieran hecho capaz de parar un tren en marcha, ya que “*de facto*”, nos consta que realizó esta proeza en dos ocasiones distintas de su vida.

Muy delicado, atentísimo en el trato y en los detalles. Si se ha escrito por cierto ingenio que “en la vida lo más importante son los detalles”, Don Rufino sabía cuidarlos con esmero, como verdaderas flores de la caridad. Recordamos, y recordarán los que le conocieron, aquel tono insinuante y cordial de “¿cómo está usted?”, saludo que en sus labios poseía un valor inimitable, abriendo el caudal de la conversación íntima y jugosa. En los momentos de calor y entusiasmo se le brillantaba el fondo de las pupilas con la llama de la ilusión, que nunca dejó de avivar.

Su conocimiento de la vida y de las almas le hacía desenvolverse con libertad en todos los ambientes sociales. Poseía, en efecto, esa preciosa cualidad —el “*savoir vivre*”, que decía— y la quería inculcar en los seminaristas y en las “misioneras” como salvoconducto y resorte de apostolado. A veces, olvidaba los nombres y apellidos de las personas recién presentadas y conocidas. Lo que no se le despintaba jamás era la fisonomía espiritual de ninguno que hubiese conversado con él por algo de tiempo. En esto resultaba admirable su retentiva.

Abominaba de la vulgaridad, teniendo la virtud de descubrirla rápidamente en los gestos y palabras. Este de la vulgaridad, y la guerra sin cuartel que había que dar a “todo” lo vulgar, solía ser uno de

sus temas predilectos. Don Rufino era verdadero señor, y se regía por la magnificencia. No es, pues, de extrañar que le repeliese por naturaleza lo que, de lejos o de cerca, en cualquier orden de cosas, trascendiera a ruindad y adocenamiento, a ordinariedad y sanchopancismo. En su concepto, si merecía la pena de vivir era por la posibilidad de entrega completa y sin reservas al gran ideal de los intereses de Cristo y de las almas. Todo lo que viniera a menoscabar la rectitud de intención, a cotizar otros valores que no fuesen los divinos tenía que ser aplastado de raíz. Muy pocas veces se le veía a Don Rufino abrir el “*tutti*” de su indignación mejor que cuando, en pláticas y diálogos, arremetía contra la “vulgaridad” en los sacerdotes y seminaristas.

Y no se crea por eso que la espiritualidad de Don Rufino había de tener algo de oscuro y cortante, a contrapelo de la vida. Si existe señal o rasgo que le calificaba especialísimamente era en él la “orientación positiva”, la “orientación para la vida”, en que solía insistir lo mismo en Ejercicios que en dirección espiritual. A muchísimos seglares confortó para siempre sólo con unos minutos de dirección a base de ahondar en la idea de encaminar la vida espiritual hacia la vida. No le agradaba el tratar en la mesa de director de las cuestiones morales batallonas: baile, cine, relaciones, etc. Su criterio se inclinaba preferentemente a mostrar la belleza y fulgor de la vida de la gracia, el atractivo de la santidad, la alegría en el amor de Dios, etcétera, como sembrador que era de ideas y sentimientos grandes, generosos.

Admirable resultaba en Don Rufino su largueza en el darse a sí mismo. Temperamento dinámico, exuberante desdeñaba con elegancia la colocación de hitos y valladares en sus correrías de apostolado. Cuando se trataba de los intereses de Cristo y de las almas todos los problemas tenían para él un valor actual, vivo, inapreciable. Nunca decía que no a una solicitud de ayuda o de socorro, proviniera de donde fuese, aun en los más inoportunos momentos. Sabía abstraerse de lo que le rodeaba, del cúmulo de asuntos que gravitaban sobre su persona y atender al dolor del alma que se le acercaba en súplica de luz y de aliento. Don Rufino “penetraba” en las conciencias y las ungía con el bálsamo del Consolador. Gran número de almas guar-

dan celosamente, como agua en que refrigerarse de nuevo, el recuerdo de unos minutos de dirección, de diálogo con Don Rufino, de corazón a corazón.

En este afán de darse, de llegar a todo se habría de buscar la causa de aquel simpático desorden de Don Rufino en algunas de sus cosas, fuente inagotable de broma entre sus amigos. En otras personas hubiese sido defecto o desaliño, pero en Don Rufino —ahora lo vemos con más lucidez— era la consecuencia de su ser, de aquel vehemente y ardoroso deseo de entrega que el Señor puso en el fondo de su noble corazón. Diríase que, presintiendo su muerte, le acuciaba como un aguijón el ansia de llevar a término, en breve, una serie de grandes planes de conquista. A los treinta y seis, a los treinta y ocho años de edad, en la plenitud de su vida y facultades, solía decir graciosamente refiriéndose a sí mismo: “Ya, este pobre viejo...”, o bien: “Sí, todos los golpes sobre este pobre viejo”, etc.

Don Rufino fue apóstol de la acción y de la palabra, más que de la pluma. Su oratoria era de lo más original, ya que estribaba en la carencia de toda oratoria. Hablaba sin formas, sin recortar la expresión. Su vehemencia le obligaba a veces a manifestar anticipadamente con el gesto lo que su palabra, atenazada en los labios, no acertaba a expresar. Nunca temió a auditorio alguno. Era hombre que no tenía nada que perder, y lo mismo hablaba a un grupo de religiosos de clausura que a un núcleo de intelectuales, a seminaristas que a Prelados. En sus pláticas y meditaciones, en aquellas inolvidables Horas Santas de los Jueves Sacerdotales siempre había dos o tres fogonazos que llegaban al centro del alma.

A veces, también, era certero en las mismas descripciones. A pesar de carecer de dotes de orador —y daba gracias a Dios por este beneficio (sic)— era observador finísimo, “fotógrafo de la vida”. Por eso, sus descripciones resultaban geniales, especialmente en los momentos de “simpática comprensión”. Con dos palabras, con dos gestos aparentemente inconexos retrataba a una persona, dibujaba un estado de alma, satirizaba un vicio, ensalzaba una virtud. Había este-reotipado algunas frases y verbos que eran suyos, personales e intransferibles, y que solamente en sus labios alcanzaban la plenitud de su sentido. Aquí del “explicitarse” y “no explicitarse”, del “aceptar la

responsabilidad”, del “por consiguiente” con que empezó cierta plática memorable, de la “misión concreta”, de los característicos “etcétera, etcétera”, de la “apertura de conciencia”, del “responder al problema”, de la “penetración en las conciencias”, del “funcionarismo sacerdotal” y otros muchos que se podrían traer a colación. Terminaba sus peroraciones sin fórmula alguna, sin redondear el último período —si es que eran períodos—, y las dejaba cortadas a pico, como un roquedal o acantilado. Su palabra de fuego seguía al oyente, penetrándole hasta los entresijos del alma, “hasta la división del alma y del espíritu”. Mantenía en vilo a los auditorios, que le escuchaban sin pestañear, prendidos de su voz y de su gesto.

Algunas personas que juzgan de ligero han pretendido colgar a Don Rufino el sambenito del “desdén por la ciencia”, específicamente por la ciencia teológica. Nada más errado que este juicio. Don Rufino sabía colocar a la ciencia en el lugar que le corresponde, y había comprendido y hecho suyo aquello de San Ignacio de que “no el mucho saber harta y satisface el ánimo, sino el sentir y gustar de las cosas internamente”. Este mucho saber inconsistente y huero, desprovisto de jugo vital, era el que repudiaba, por no convencerle. Pero la ciencia teológica, sí. Y buena prueba de ello es que, desde que concibió la idea del Instituto de las Misioneras Evangélicas Diocesanas, quiso a toda costa que las “misioneras” se distinguiesen por una exquisita y sólida formación, intelectual y teológica. “Ciencia y escoba” fué, en su concepto, el lema escogido para la época de formación o noviciado de sus religiosas, y éstas habrían de tener para sus estudios nada menos que los mismos profesores del Seminario de Vitoria. “Ciencia y escoba”, porque la oración, como base y fundamento, se da por sobreentendida.

Cierto que Don Rufino no fue un talento metafísico, sino práctico. Con todo, gustaba de acudir frecuentemente a la “Summa” en las cuestiones que se refieren a las virtudes y los dones, y las ideas que exponía de la Escritura y del Dogma poseían en él un vigor extraordinario, como desenvueltas por quien se las había incorporado a su ser, viviéndolas intensamente de continuo.

En la formación de los seminaristas, futuros directores de conciencias solía insistir en lo de las “letras”, en lo de “letrado”, según

el concepto teresiano. Muchas veces hablamos con él de este punto concreto, y, balanceando la cabeza de aquella manera tan suya, buscaba la exégesis más acertada a los distintos pasajes de Santa Teresa en que se barajan las cualidades de "ciencia" y "experiencia" como propias del director de almas.

Ahora viene de molde la ocasión de decir que Don Rufino era muy teresiano. ¿Es que se podría concebir de otro modo? Le encantaba el tipo bizarro, aguerrido de la Monja de Avila, y el conjunto de su espiritualidad incomparable, en la que descubría grandes puntos de coincidencia con la formación que él quería llevar a sus "misioneras". Gustaba de ese "valor de humanidad" que se desprende a lo largo de las obras de la "fémina inquieta", lo que él llamaba "simpática comprensión". Aún recordamos, en ese sentido, con qué alegría, alegría ingenua de niño que va a hacer una travesura, recogió aquella cita de Santa Teresa, en carta al P. Gracián, que nosotros le ofrecimos, donde dice: "Bien nos enseña Dios el poco caso que hemos de hacer de las criaturas, por buenas que sean, y cómo hemos menester tener malicia, y no tanta llaneza" (BMC, tomo VII, "Epistolario", pág. 300).

"Suaviter in modo, fortiter in re" poseía Don Rufino una voluntad de roca, y solía abrirse camino con la potencia de un rompehielos. Era tenacísimo en sus determinaciones y en el llevar adelante los proyectos. También se convertía este distintivo suyo en fuente perenne de bromas entre los que le conocían. En cierta ocasión, el día de Inocentes, le enviaron el texto de lo que habría de ser su epitafio: "Aquí yace quien no descansó ni dejó descansar". Gozaba con similares pruebas de confianza y se reía grandemente, con la risa del vencedor, cuando el que escribe estas líneas le decía —como lo hizo mil veces— derrotado en la porfía de disuadirle de algún proyecto irrealizable: "Don Rufino: es lástima que usted haya nacido en Aya de Guipúzcoa. ¡Usted debiera haber nacido en Calatayud!, según aquello del cantar que dice: "Son los aragoneses —gigantes y cabezudos". Otra vez, dimos de él la siguiente definición, que aceptó de muy buen grado: "Don Rufino: hombre que vive con la manta permanentemente liada a la cabeza".

El trato íntimo, familiar con Don Rufino era una verdadera de-

licia, y así lo experimentamos los que tuvimos esa dicha. Don Rufino poseía un agudo sentido del humor y era muy ocurrente, pero no con la ocurrencia vulgar, de segunda mano, del recitador de chistes, sino con la gracia que emana de la propia manera de ser. Tenía, por ejemplo, una manera peculiar de sorprender a sus íntimos. A veces, nos llamaba por teléfono desde algún punto lejano. No se hacía anunciar, y al ponerse al aparato y preguntar: "¿Quién llama?", oíamos desde el otro extremo su invariable "¿Cuántas picardías has hecho hoy?", modulado con una voz e intención de tenor cómico que aún conservamos gozosamente en la memoria, como algo inolvidable. El adjetivo "pícaro" tenía, en efecto, en sus labios un valor y gracia especiales, y lo solía usar en las presentaciones de sus amigos: "¿No conoce usted a este pícaro?", y quedábamos presentados como tales, porque, como es natural, se olvidaba luego de decir nuestro nombre y apellidos.

Es muy extenso el anecdotario de Don Rufino. Sólo vamos a ofrecer, como muestra, una anécdota muy suya, reflejada en unas palabras de que fuimos únicos testigos. En cierta ocasión, como tantas otras, hablábamos con él, a solas, de la Obra de los Ejercicios Espirituales Parroquiales y del incremento que iba adquiriendo. El porvenir se presentaba halagüeño, pero, con todo, había dificultades, y no pequeñas, de índole financiera, por la envergadura de los presupuestos... "A ver si se coge usted los dedos, se tiene que declarar en "suspensión de pagos" y le meten en la cárcel", le decíamos de broma para tentarle. "¿Ir a la cárcel y por ese motivo? ¡Bien poco me importaría!", contestó rápido. Y luego, en una transición gradual, en un "crescendo" muy propio de él, con los ojos y la expresión iluminados, alzando la voz, quedaba diciendo: "¿Ir a la cárcel? ¡Ir a la cárcel...! ¡Ir a la cárcel por esto! ¡¡Sería lo más "chic" de mi vida!!".

Así era el temple de este hombre extraordinario, de este gran sacerdote. Como de su mismo corazón, como de lo ingente de su personalidad que no se puede alcanzar con medidas, el escribir acerca de Don Rufino es empresa que no ha de conocer límite ni término. Efectivamente, mucho se escribirá aún sobre él, porque grande fue su labor de siembra, y, por ende, grande ha de ser la cosecha que ya presintieron sus ojos de profeta.

No hemos quedado huérfanos con su vuelo y huída. Nos deja lo mejor de sí, el mensaje de una vida de santidad sacerdotal a la que hemos de aspirar con todo empeño. "O santos o por la ventana", como nos recomendó mil veces, huyendo de ambigüedades. Así nos quiso él y así hemos de recoger el alto ejemplo de su vida y de su muerte.

Ahora, al amor y calor de su recuerdo, los que mejor le conocimos y más le amamos nos encontramos poseídos de gozo e ímpetu nuevos, y rememorando aquella su presencia espléndida, vivaz, aquellos gratisísimos momentos ganados en su compañía, nos comunicamos la expresión de unos sentidos unánimes y profundos, porque cuando Don Rufino nos hablaba, cuando nos bendecía, cuando nos enviaba al trabajo de la mies: "Nonne cor nostrum ardens erat in nobis...?" (Luc. 24, 32).

Don Rufino y el Instituto de las Misioneras Evangélicas Diocesanas

"LE PERTENECE

la gloria de ser Fundador de un Instituto que desde sus principios se presenta a la Iglesia con un aire de simpática modernidad, por la cultura y recia espiritualidad de sus miembros. Habrá heredado sin duda los perfiles inconfundibles del espíritu del Fundador".

Así escribían en el "Boletín Diocesano" del Obispado de Vitoria, a la muerte de Don Rufino.

A LOS CINCO AÑOS

de su fundación, resulta magnífico el desarrollo del Instituto de las Misioneras Evangélicas Diocesanas.

Las Casas de San Sebastián y Bilbao, son testigos de los primeros trabajos, difíciles, pero fecundos.

La Casa de Formación de Vitoria, cuenta, en la actualidad, con una treintena de Misioneras que, en la oración y en el estudio, vienen preparándose para la Obra.

La Casa de Madrid, que va a abrirse tan pronto como se ultimien todos los detalles necesarios, es la primera que, fuera de la Diócesis, va a estar en sus manos.

Otras Diócesis de España, vuelven los ojos a estas "excelentes

auxiliares de la Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales". Dios bendice la semilla, y la semilla se multiplica...

LA RAZON DE SER

del Instituto, es bien clara. Ha nacido del sacerdocio, vivido intensamente por el fundador, y del deseo de solucionar los problemas que al sacerdocio se le plantean en su ministerio.

Una conmoción profunda ha hecho saltar en pedazos la sociedad. Los cuadros económicos, políticos, familiares y sociales, de la vida, se han derrumbado con estrépito impresionante. Nuestra juventud, preparada para el mundo de ayer, hoy en ruina, no sabe vivir en el presente.

El sacerdote no puede contentarse con lamentos estériles, ni ceder a otros toda la responsabilidad de la solución.

Los Ejercicios son "el instrumento poderosísimo de reforma". Hasta ahora los habían dirigido casi exclusivamente los religiosos, con harto fruto para las almas. Pero el trabajo era arduo, y había que recurrir al clero diocesano. Por eso nació la Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales.

Y, porque para su completa realización, sobre todo en lo concerniente a la mujer, urgía el auxilio de personas que llegaran a aquello que no es accesible al sacerdote, nació el Instituto Femenino de las Misioneras Evangélicas Diocesanas.

EL INSTITUTO TIENE

su fisonomía propia. En sus charlas a las Misioneras, lo decía, cien veces, don Rufino. Pero, en ninguna tan explícitamente como en aquella inaugural de la Casa de Formación.

"El Señor nos ha dado un campo propio. Hemos sido arrancados del mundo, para responder a una necesidad concreta. Es preciso que adquiramos una fisonomía propia, con características propias".

La Misionera, podía quedarse mirando hacia fuera. La tentación

llega, a veces, envuelta en trajes de luz. La advertencia del Padre, resulta solemne, enérgica.

"Suelen presentarse al espíritu cosas que parecen buenas. No hagan caso de ellas. Sigán al Señor, que si se entregan a El, les descubrirá horizontes nuevos, les dará este sello especial de la Misionera".

Y con aquel sentido práctico, eminente, que siempre caracterizaba a su palabra, les enseñó la forma sencilla, fácil, de llegar al ideal.

"Cada acontecimiento puede hacerles Misioneras. ¿Recuerdan estos veinte días prosaicos que han estado pintando? Yo me doy cuenta de que todo ese trabajo anónimo ha sido dignificado por el Señor. Dios se manifiesta siempre lo más veladamente posible. Pero no cabe duda que El estaba presente en estos pequeños detalles. No han hecho las cosas al azar, por su gusto. El les guiaba en todos los detalles, manifestándoles el espíritu que debe informar a la Misionera".

Si se le hubiera pedido el retrato exterior de la Misionera, de las Casas de Ejercicios donde ellas viven, lo hubiera hecho quizás con dos palabras: normalidad, sencillez. Conocía a fondo el alma de la mujer. Sabía que toda afectación externa repercute en el espíritu, creando desviaciones de tipo "extraordinario", tan perjudiciales, porque impiden llegar a una sólida formación.

"En Jesucristo, no hay ni apariencia de hombre, dice Isaías, hablando de la Pasión. Si nosotros fuéramos dioses, con qué aparato, con qué distintivo andaríamos, gritando bien alto: soy Dios. El nació en la oscuridad, vivió en la pobreza, obedeció a las leyes, vivió normalmente hasta los treinta años, sin que nadie sospechase nada. Sólo a los doce años, despuntó algo, para volverse a esconder. La vida exterior de Cristo, era muy normal. Pero, todas sus acciones eran divinas: pasos divinos... También la Virgen. Un exterior sencillito, normal. Mas si entramos en su interior, veremos que todo es divinizado en Ella".

Bellísimo ideal, el que les presentaba.

"Ya ven cómo la Misionera exteriormente viste bien, normal. Den gracias a Dios. Les falta hábito. Ante los hombres tiene que ser una joven normal de la vida; sin que se den cuenta del sentido profundo de su sacrificio...".

Había de ser un Instituto con fisonomía y características propias. Ni mejor ni peor que los otros, distinto, con amplitud para todos los demás.

“La voluntad de Dios tiene en el Evangelio variadas facetas, cada Obra tiene que responder a algo, con fisonomía o faceta particular”.

EL INSTITUTO TIENE

su espíritu propio. Lo describe con lenguaje gráfico, lleno de colorido y viveza, salpicado de finísima gracia, un día que los campos de trigo dejaron prendido de su retina el tipo del clásico aldeano.

“He visto a un campesino, de edad, enjuto, recio, fuerte. He estado contemplándole, largo tiempo. Tenía las manos callosas, y pensé: así tiene que ser la Misionera. Así como, en el orden físico, el campesino se ha formado entre la lluvia y la escarcha, salía al campo los días de nieve y de sol, lo mismo cuando azotaba el norte que cuando acariciaba la brisa, de muy distinta manera que la persona que está encerrada en su cuarto, con calefacción, diciendo: esa puerta... esa ventana... Así en el orden espiritual, la Misionera tiene que ser de temple, dura, recia, fuerte, muy distinta de esas almas merengues, pegajosas, con carínitos y explicaciones. (Son tan delicadas las pobres, que tienen que darles leche con cucharilla).

A la Misionera, tiene que animarle el sacrificio, hacerle crecer, consciente de que capacita a las almas”.

Ama las virtudes y los valores humanos, y sin contentarse solamente con ellos los toma como base necesaria de la formación sobrenatural.

“Sobre las Misioneras Evangélicas debo advertirles —escribía a un sacerdote— que en nuestro Instituto se procura exigir mucho en orden al carácter e índole natural de la persona”.

Jamás podremos olvidar la convicción con que iba repitiendo a los educadores el conocido axioma teológico: la gracia no destruye la naturaleza, antes la perfecciona. La fidelidad, la lealtad, la sinceridad, la discreción, eran el tema obligado de sus charlas formativas.

Aquello de “usted se afana en ser ángel, y se olvida de ser mu-

jer”, “las quiero, antes buenas que santas”, “la que no sepa ser discreta, no es para esta Comunidad”, “la sinceridad es el hábito de la Misionera”, adquirirían en sus labios tono de exigencia.

Quería que la lucha espiritual de la Misionera se concentrara, siempre, en todo, hacia el vencimiento del amor propio, sin perder nunca la sana alegría de las almas de Dios. Descubría, con tino, las guaridas más secretas.

“El amor propio es un señorito interesante, hay que retorcerle el cuello. Es la causa de todas las catástrofes. Es difícil descubrirle y curarle. No aquí, porque se les advierte desde el principio. Se asoma finamente, porque si fuera de una forma grosera, torpe, al instante diríamos: ¡quieto! El alma, doblada comienza a decir: ¡Aquí yo no soy nadie, ni nada; al fin y al cabo, en el mundo era una personilla! Pues, hija, eso es lo que te hacía falta. Dios te ha cogido de la raíz, y te ha dicho:

¡Fuera! Derrocado el amor propio, ya está todo”.

Negarse a sí misma, es sacrificarse, sin peligro de ostentaciones ni espejismos. Quería que la Misionera se sacrificara alegremente, espontáneamente, sencillamente.

“Quiere el Señor que lo mucho o poco que le demos, sea con alegría y sin darle importancia, con naturalidad y sencillez, tanto en lo grande como en lo pequeño. Esta manera de dar es la que se cotiza en la vida del espíritu”.

Y el pergamino que, a la entrada de la Casa de Formación, habla de Caridad, finura, delicadeza cristiana, es la obsesión que supo el padre clavar en el alma de las hijas. “Nada violento, forzado, resulta elegante, ni es virtud, porque desagrada al prójimo. Todo lo que es tosquedad, descortesía, vulgaridad, molesta al prójimo. La Misionera, por su misma misión, no puede herir a nadie, sino que debe vivir mirando a todos, aunque sin caer en el formulismo servilista del mundo”.

¡Qué páginas más bellas pudieran hacerse con sus charlas sobre “el trabajo hecho oración”, “la oración en la vida”, “la contemplación en la acción”! Ojalá que cada una de ellas viva siempre todo el espíritu que tantas veces quiso infundirles el padre!

EL CAMPO DE SU MISION

Es tan amplio como el de la misma Iglesia. Se dice, Misioneras Evangélicas Diocesanas, y esta última palabra puede llevar la confusión a quienes tratan de entender el Instituto.

Es Diocesano el Instituto, y las Misioneras son Diocesanas, no porque se hayan de atar, sin libertad de expansión, a ésta o aquella Diócesis, sino, porque dondequiera se encuentren, han de estar tan estrechamente unidas al Obispo propio como la Obra Diocesana de los Ejercicios Espirituales Parroquiales.

Al regreso de uno de sus fatigosos viajes, decía, esperanzado, a las Misioneras: "Estos días en Madrid, cuánto he pensado en todo el campo que nos espera. Si estuviéramos en España a la altura de las circunstancias..."

Allí donde había una necesidad, allí veía un lugar para ellas. Hay una visión de amplitudes inmensas, en aquella frase: "América fue punto de una vitalidad tan grande para España, que le obligó a dar todo. Entonces, creábamos y dábamos en todos los órdenes. Tenemos mucho campo, y podemos llegar a mucho".

Por eso, gustaba de formarlas en un espíritu amplio, sin fronteras.

"La Misionera ha de sentir anhelos de redención universal. Los miembros de Jesús han de sentir sus mismos sentimientos. El espíritu de la Misionera ha de estar en comunicación —communicantes con toda la Iglesia triunfante del cielo, unido a la Iglesia purgante que espera su purificación para entrar en la posesión de Dios; en comunicación con toda la Iglesia militante, con la Diócesis, con España, con China, con aquellos hermanos sumidos en sombras oscuras; con toda la Iglesia universal, con todas las Ordenes religiosas, con San Ignacio, con San Francisco, con Santo Tomás, con San Benito, con las Teresas y Teresitas, con toda la Iglesia —communicantes— en todas sus espiritualidades".

A dondequiera que vayan las Misioneras, se les reclama ya de otras Diócesis de España, irán "con su misión específicamente misionera, cooperando directamente a la educación y formación de la juventud femenina".

Para ellas, como para todos los que trabajamos en la Iglesia,

todo el campo del Padre de Familias, para que vayan dejando caer en el surco, ellas, su semilla, como nosotros vamos dejando la nuestra...

LA ORGANIZACION

es secuela de la vida. La primera labor ha sido crear un espíritu, infundir un alma.

El reglamento, es lo primero que se pide y lo último que se da.

Las constituciones, son la resultante de la gracia de Dios, del pensamiento del hombre y de las experiencias vividas de muchos.

La codificación de las leyes eclesiásticas —derecho canónico— es obra de años.

La vida pierde frescura, si se la "encorseta", decía Don Rufino.

A lo largo de cinco años se han madurado muchas cosas, con el trabajo de unos y consejo de otros. Desde la reglamentación del régimen espiritual hasta el administrativo de las Misioneras Evangélicas, hay pasos de gigante.

A medida que se vivía, se iba organizando poco a poco. Quien conoció a Don Rufino superficialmente, quizá tenga la idea de que todo esto le era ajeno. Pero, nada más lejos de la realidad. Sólo Dios sabe las horas que dedicó a la organización del Instituto y de todo lo relacionado con él, las personas eminentes, eclesiásticas y seglares, a los que pidió consejo, la responsabilidad que hizo sentir, a este respecto, a las Misioneras.

Por eso, podemos pensar con gozo que, a su muerte, las líneas fundamentales del Instituto están perfectamente trazadas, la organización es ya un hecho.

UNA FORMACION COMPLETA

es aquella que pone en juego todos los valores, divinos y humanos, de un alma, para que ésta cumpla su vocación particular. "La Misionera tiene dos, tres o cuatro años de formación, según la misión a que luego haya de dedicarse", dice Don Rufino a un sacerdote que le pide referencias del Instituto. "Tienen clases de Sagrada Escritura,

Teología Dogmática y Moral, Filosofía, Ascética y Mística, Canto Gregoriano, Historia de la Iglesia, Acción Católica, Pedagogía, etc., a cargo de profesores especializados del Seminario de Vitoria”.

Con frecuencia orientaba sus charlas hacia la necesidad del estudio, de sus servicios para el apostolado. “Toda esta formación cultural religiosa va directamente ordenada a la educación y formación interior de la Misionera, y ello le dará temple más viril y apostólico”.

“Tengo que advertirle —escribía a un amigo— que varios señores Prelados me han insistido en que nada escatime respecto a la formación cultural religiosa, pues la conceptúan de verdadera necesidad aun en las mismas personas consagradas”.

Sus consejos para estudiar, son bien acertados: “Tienen que estudiar las Sagradas Escrituras gustándolas, con corazón ardiente, buscando a Nuestro Señor, porque si dan con El, adquirirán la mejor ciencia. Todos los demás estudios son medios para este gran objetivo”.

La Misionera debe ser santa, porque así lo reclama el bien de las almas que ha de tratar, y culta, porque la cultura es el mejor vehículo de la verdad divina que ha de ser expuesta en toda su radiante hermosura para que captive y arrastre...

Aquella Casa de Formación —todo luz, aire, soledad, silencio, con las bibliotecas y mesitas de trabajo de cada una— da la sensación de lujo en medios formativos. Se llama Nuestra Señora de la Paz, porque ésta es la primera realidad que han de poseer cuantas viven en ella.

“Es el don más positivo —leo en una charla de Don Rufino, del 19 de noviembre de 1941— el mayor tesoro que tiene un alma. Todos los valores, sin la paz, son nada. Ocupa el primer puesto en la vida, y si se la pierde en el orgullo, se la recobra en la humillación. Un apóstol debe estar lleno de paz, para contagiar a las almas. La paz debe dilatar los espíritus, y dejarles mirando a la Iglesia entera del mundo”.

SI LA JUSTICIA

da a cada cual lo que le es propio, la caridad se da sin medida, porque es “bienhechora”.

Si el Instituto ha entregado todo al servicio de la Diócesis, para la revalorización espiritual del clero, robustecimiento de la Acción Católica y bien de las almas, merece el apoyo decidido de todos.

Porque es una obra nueva, aprobada y bendecida por la Jerarquía, un niño pequeño que abre sus brazos en demanda de sostén para sus primeros pasos, bien está que nuestra caridad le reciba gozosamente en nombre de Jesucristo.

La obra de los Ejercicios Espirituales Parroquiales en la Diócesis de Oitoria

¡EN EL PRINCIPIO!

“Aun ahora, y cada vez más a menudo, oigo una voz que me dice: ¿Has hecho lo que prometiste? ¿Hay, a tu alrededor, almas que no serían tan felices, si tú no hubieras obrado o hablado?”

(Giovanni Papini)

Si la yema que revienta en la rama es la expansión plena de una vida que ya existía antes, la Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales, en nuestra Diócesis, ha sido la manifestación última de las inquietudes apostólicas que ha mucho vivían en la mente de nuestros mejores sacerdotes.

En muchos causó extrañeza la primera Casa; a no pocos sorprendió el momento —¡vivíamos horas tan inciertas...!—; otros no acabaron de comprender la estructura y el espíritu; bastantes auguraron dificultades insuperables.

Mas, había sonado la hora de Dios, y la hora de Dios casi nunca va al compás de la hora de los hombres. La Obra, hacía muchos años concebida, iba a nacer.

Los principios se remontan a los años 1925-1926.

Don Rufino Aldabalde, era un buen filósofo a quien le atraía el estudio de la Psicología experimental y racional —en la Secretaría de Estudios hay una acta que da fe del “Accessit” que le concedieron en

dicha asignatura—, jugaba al fútbol en las grandes competiciones veraniegas, destacando siempre con su bondad y ánimo generosamente decidido.

Los Ejercicios Espirituales de su segundo año de filósofo sacudieron, impetuosamente, el alma del seminarista. ¡Cuántas veces, ya sacerdote, se le oía recordar las luces y gracias que entonces recibiera! En una de las anotaciones de aquellos días, se lee: “Amaré a Dios, sin medida”. Solía hablarnos, no pocas veces, de los temas que más le impresionaron, del juicio que le mereció el director de la tanda, “hombre de Dios que le encantó por su sencillez y tierna devoción a la Virgen Santísima”.

Había leído en el libro de San Francisco de Sales: “Hay una amistad espiritual con que dos, tres o más almas se comunican su devoción y sus afectos espirituales, haciéndose todos entre sí una sola cosa”, “se tienen que asir unos a otros para caminar más seguros”. ¿No podrían ellos también, cuatro o cinco seminaristas, unirse mediante el vínculo santo de la amistad para sostenerse en el espíritu de aquellos Ejercicios Espirituales?

Se arrodillaron a los pies de la Virgen, y, “el tema ordinario de la conversación, en nuestros recreos, serán el sacerdocio y las almas”, dijeron; “nos comunicaremos nuestras cosas, con alguna frecuencia”, “en las vacaciones haremos una hora diaria de adoración al Santísimo”, “y cada noche, al acostarnos, besaremos las cinco llagas del Crucifijo, recordando los nombres de los cinco...”. ¿Cuántas veces, cartas y conversaciones girarían en torno de los Ejercicios de San Ignacio, arma formidable que había de ponerse en manos de los sacerdotes del clero diocesano?

El Seminario de San Sulpicio de París, la primera Misa en Aya, y los primeros meses y años de ministerio pastoral entre los emigrados españoles de Francia, maduraron aún más la idea.

La carta encíclica “Mens nostra”, de Pío XI, del 20 de diciembre de 1929, y la “Quadragesimo anno”, del 15 de mayo de 1931 —fechas muy cercanas a la de la ordenación sacerdotal de Don Rufino— abrían de par en par la puerta de las preocupaciones de la Iglesia a la que tan apasionadamente amaba el futuro Director de la Obra Diocesana de los Ejercicios Espirituales,

...“instrumento poderosísimo de renovación privada y social”, “escuelas del espíritu que no sólo forman óptimos cristianos, sino también verdaderos apóstoles para todas las condiciones de la vida, inflamados en el corazón de Cristo” (Pío XI).

El joven sacerdote, en el ardor impaciente de sus primeros años de sacerdocio, anunciaba tandas abiertas. Cambó, Pau, Biarritz, y otros poblados más de Francia se estremecieron con el acento del apóstol. No pocos obreros, algunos de ellos muy alejados, retornaron a la luz de la fe. Comenzaba la siembra. La gracia iba fecundando la simiente de las verdades eternas en el seno del silencio. Al morir, Don Rufino volvió los ojos, más de una vez, al cuadro del Cristo digno y majestuoso, colgado de la pared de aquella habitación que presenció su agonía, y que era regalo de un obrero comunista que se entregó al Obrero, en unos días de Ejercicios Espirituales.

LA REINA DEL CLERO (*Aránzazu*)

“Habiendo querido Dios empezar y concluir sus más grandes obras por la Santísima Virgen desde que la formó, es de creer que no cambiará de conducta en el transcurso de los siglos, pues es Dios y no varía en sus sentimientos ni en su proceder”.

(Beato Luis María Grignon de Monfort.)

Íñigo de Loyola, criado en el regazo de las Vírgenes de Olaz y Elosiaga, fue siempre muy amante de María. En la vida desgarrada de pecado, de Ella vinieron la luz y la libertad.

En las agonías de la conversión, “estando una noche despierto, vio claramente una imagen de nuestra Señora con el santo niño Jesús, con cuya vista por espacio notable rescibió consolación, muy excesiva”.

En Marzo de 1522, entre perfume de manzanillas y canto de alondras, subía el santo a los pies de la Reina de Aránzazu.

En la víspera de la Anunciación, en Montserrat, “concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en el altar de nuestra Señora”.

El libro de oro de sus Ejercicios Espirituales y la misma Compañía, eran obra predilecta de María Santísima.

Cuatrocientos años más tarde, 1931, un grupo nutrido de sacerdotes —querían ser siempre sacerdotes, sacerdotes en todo—, seguían las huellas del gentilhombre de Loyola.

“Hay una capilla interior y una sala biblioteca, en Aránzazu, cuyo solo recuerdo nos rasga aún el corazón”, dice un testigo ocular.

Dios nos invitaba desde lo alto. La Virgen nos llamaba desde su camarín. El mundo postrado a nuestros pies, reclamaba sacerdotes santos. Y se deslizaban nuestros temas espirituales con la sencillez de niños, que quieren agradar a Dios.

“Queríamos reavivar la conciencia sacerdotal por una mayor intensificación de la vida interior, orientar las actividades apostólicas del sacerdote hacia una dirección más formativa de las conciencias de los fieles, estudiar la técnica de los Ejercicios Espirituales, medio el más apto para la recristianización de la sociedad”.

“Meditábamos a la mañana en la capilla, estudiábamos a la tarde problemas de apostolado sobre la mesa de la biblioteca: la Acción Católica, la dirección de las almas, los Ejercicios de San Ignacio”.

En la asamblea de 1933, se formuló el propósito de dotar de una Casa Diocesana de Ejercicios a cada una de las capitales de las Provincias del Obispado.

Comenzaron los primeros trabajos, y, en 1935, el Excelentísimo y Reverendísimo D. Mateo Múgica extendió el nombramiento de director de la Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales para Don Rufino Aldabalde.

Este y D. Pedro Asúa, sacerdote dignísimo, arquitecto del Seminario Diocesano, vilmente asesinado más tarde por las hordas anarquistas de Vizcaya, presentaron al entonces Vicario-General Dr. D. Antonio Pérez Ormazábal y al Excelentísimo Sr. Obispo el plan de adquisición y constitución de las Casas de Ejercicios.

Y un día aparecieron los dos amigos en Güeñes, rondando un edificio. Eran claros sus propósitos. Soñaban los dos, apóstoles de cuerpo entero. Aquella casa sería piscina de Siloé, cenáculo de Jerusalén, respuesta a los deseos más caros del Papa... De Güeñes a Bilbao, que ofrecía sin duda un horizonte más amplio. Allí, en el Campo Volantín,

negociaron con las Teresianas la compra-venta de su Casa. ¡120.000 pesetas!

Miden la casa, hacen cálculos, comen juntos aquel día, ultiman detalles y se deciden a comprarla.

Pero la Providencia de Dios impuso silencio con el estampido de las armas —julio de 1936— a las santas ambiciones de los hombres de fe y abandono.

...Hoy sobre el pedestal de la Obra en marcha, nuestro corazón, cara a Aránzazu, pasa revista a los favores de la Virgen, inclinándose ante Ella, Madre y Señora nuestra.

DESIGNIOS PROVIDENCIALES

“Junto al telar de la vida humana está el gran pensamiento unificador de Dios, que compagina, según un plan prefijado, todos los hilos y pormenores de la vida”. (San Agustín).

Otoño de 1937. En los campos de batalla caen muchos soldados, como hojas amarillentas sacudidas por un vendaval imponente.

De nuestro hermoso Seminario Diocesano, hicieron un gran hospital. Las camas blanquísimas acariciaban, suavemente, las heridas tintas en sangre. ¡Dolor y amor de la guerra!

El Administrador Apostólico de la Diócesis de Vitoria, Monseñor Lauzurica, en un rasgo de audacia y confianza sobrenaturales, va a abrir su Seminario, accidentalmente, Vergara.

Los problemas planteados por las circunstancias de la guerra civil son muy serios, enojosos. Se precisa un hombre de tacto, de sobrenaturalismo muy hondo, de mentalidad sola y totalmente sacerdotal, para resolverlos. El nombramiento de Director Espiritual de los teólogos recae en Don Rufino, Director, hasta entonces, de la Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales.

¡El Seminario de enhorabuena! ¡La Obra, un tanto huérfana, casi en quiebra, al parecer...! Necesitaba un hombre entregado, libre, y, le atan a la disciplina rígida, al trabajo ímprobo del Seminario. Quería pasar inadvertido, para la “impersonalización”, y le han colocado

en el mirador de la Diócesis. ¡Verdaderamente, que tus caminos, Señor, no son nuestros caminos!

Intenta crear preocupaciones positivas, específicamente sacerdotales, para elevar el espíritu de los seminaristas y formar su mentalidad en orden a su misión de formadores de conciencias. Trabaja intensamente en la superación, por estas preocupaciones substanciales y positivas, de todos los demás problemas, pequeños, estúpidos.

Atardecer tibio de mayo, 1938. Se reúne un grupo de cinco teólogos, a los que habla Don Rufino, con ardor y entusiasmo que jamás se olvidarán, de la Obra de Ejercicios, del Sacerdocio, de las almas —¡oh el mundo de las almas!—, de formación de las conciencias.

¿Sabía alguno pulsar la transcendencia histórica de aquellos momentos? Dios la velaba, de seguro, cuidadosamente.

Semana tras semana estudiaba el grupo la técnica del libro de San Ignacio, el problema de la adaptación, la apertura, cualidades del director. Se escribirían las meditaciones, que luego habrían de ser juzgadas por el grupo. Se hacía un resumen de las ideas, expresiones, imágenes más felices.

¡Oh qué charlas aquellas, salpicadas de sabrosas noticias de las Casas que iban a abrirse, de las Misioneras —“ellas”— que eran el brazo auxiliar, de los sacerdotes que habrían de dar los Ejercicios!

El curso escolar 1939-1940 se abrió en el Seminario Diocesano de Vitoria. Don Rufino comenzó a tratar en público los temas que habían sido tratados en la intimidad. En sus clases de Ascética, los ordenandos manejaban el librito de San Ignacio, desentrañaban las reglas de la discreción de espíritus, los modos de orar.

Por entonces se había adquirido la Casa de San Sebastián, y se estaba habilitándola para Ejercicios.

12 de octubre de 1939, festividad de Nuestra Señora del Pilar. Las primeras Misioneras Evangélicas Diocesanas se consagran a la Virgen Santísima, en la capilla del Seminario. Unos pocos seminaristas, muy próximos al sacerdocio, habían hecho también, aquella misma mañana, la primera consagración. ¡Oh la Providencia de Dios, “que compagina, según un plan prefijado, todos los hilos y pormenores de la vida”!

Porque Don Rufino vivió en el Seminario —designios providen-

ciales que ayer ignorábamos— ahí está el vivero perenne e inagotable de los sacerdotes directores de Ejercicios, y el puntal firmísimo del Instituto de las Misioneras Evangélicas Diocesanas, cuya formación clásica, filosófica y teológica, la llevan a feliz remate sus profesores.

Confieso que vi triste, preocupado a Don Rufino, en los primeros días de su estancia en el Seminario de Vergara, porque quizá se veía un poco lejos, a distancia, de la Obra.

Más confieso también, que aquel lunes de Pascua, cuando el cadáver del santo sacerdote era llevado —haciendo puente— desde la Casa de formación de las Misioneras al Seminario muy amado, los sollozos no contenidos, las lágrimas abundantes, y los deseos de entrega fervorosa de aquellos seminaristas me hicieron comprender, “que junto al telar de la vida humana está el gran pensamiento unificador de Dios, que compagina, según un plan prefijado, todos los hilos y pormenores de la vida”.

“VILLA SANTA TERESA” (*San Sebastián*)

“*Si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo*”. (Santa Teresa, “Libro de la Vida”, IV, 2).

El 25 de agosto de 1940, se abrió al primer grupo de ejercitantes, la primera Casa Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales de la Diócesis de Vitoria, en “Villa Santa Teresa”, de San Sebastián.

El 29 de septiembre de 1940, inauguración de la capilla y primera Misa cantada.

El 1 de noviembre de 1940, visita de Monseñor Lauzurica a la Casa. Celebra la Santa Misa, dirige una plática conmovedora a las Misioneras, y nos deja el Sagrario con Jesús.

“¿En tiempos difíciles? Sí. Y precisamente por eso”, decía Don Rufino. Sentimos, pulsamos y conocemos perfectamente la hora actual. Parece locura lanzarse a empresas nuevas cuando ya las antiguas a duras penas pueden mantenerse. No se ven abiertos los caminos en

esta hora incierta de una postguerra nacional que ha venido a enlazarse con un guerra internacional”.

“Pero, aunque parezca paradójico, esto es precisamente lo que nos mueve. Siente sobre sí la Obra el peso de tanta ansiedad, de tanta duda, de tanta herida abierta como hay por el mundo de las almas. Hacemos frente a esas circunstancias duras con ademán decidido y juvenil. Traemos la solución: Cristo. Y con ella nada nos arredra. Miramos las dificultades sonriendo. Con la sonrisa de quien las ha vencido previamente”.

Porque la Obra, “si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo”.

El marco de la Casa de Ejercicios, providencial. Allá abajo la capital, sonriente y fresca, sentada a la vera de verdes alfombras. A la derecha, el azul del mar, recortado por lejanías soñolientas, recreando la soledad con el rumor de sus olas. Más lejos, cerrando el vasto horizonte, cumbres de tono gris en un panorama grandioso, digno del Salterio de David: “Montes et omnes colles”... ¡Montes y colinas alabando al Señor! Es indudable que este cuadro presta alas al espíritu para remontarse hasta Dios.

Disponía, al principio, de 26 habitaciones cómodas, holgadísimas. En julio de 1943, se realizaron obras de mucha importancia, ampliándose el número de habitaciones hasta cuarenta.

Una cama blanca. Un Cristo blanco también —fondo negro— sobre una blanquísima pared. Mesilla, lavabo con agua corriente, calefacción, y una mesita para escribir.

Arriba, la espléndida terraza; abajo, la capilla de elegante diseño —moderno—, recogida, íntima.

Por ella han ido pasando tandas y más tandas de ejercitantes de toda índole: intelectuales, obreros, militares, pescadores, estudiantes, mineros, empleados, labradores, profesionales, hombres, mujeres, muchachos, señoritas.

En 5 años se han organizado 218 tandas de Ejercicios Espirituales, y asistieron 6.418 ejercitantes.

Del 25 de agosto de 1940 al 1 de enero de 1942, 45 tandas con

1.011 ejercitantes. Del 2 de enero de 1942 al 31 de diciembre de 1942, 45 tandas, con 1.081 ejercitantes. Del 1 de enero de 1943 al 31 de diciembre de 1943, 45 tandas, con 1.423 ejercitantes. Del 1 de enero de 1944 al 31 de diciembre de 1944, 48 tandas, con 1.665 ejercitantes. Del 1 de enero de 1945 al 21 de abril de 1945 —cuatro meses escasos— 17 tandas con 645 ejercitantes.

Teniendo en cuenta el número de habitaciones y de los días que duran las tandas —cinco completos, siete incoados— se advertirá que apenas hubo días ni habitaciones disponibles en “Villa Santa Teresa”, desde sus comienzos hasta hoy.

¿Los domingos? Descanso, honesto esparcimiento... ¡nada! Retiros sin interrupción. Más de 100 en el historial de la Casa. Desde las campesinas que vienen de sus aldeas tranquilas, hasta las señoritas que huyen del bullicio de las ciudades. Desde los muchachos y hombres de Acción Católica con anhelos apostólicos, hasta los soldados que, una mañana fría de invierno, recorrieron diecisiete kilómetros por caminos de nieve para llegar al calor de Cristo que les esperaba, sonriente. A veces han llegado a 90 los del retiro. Turnos de desayunos, comidas... pero, ¿qué importa, si las almas vuelven un poco mejores?

Aún se han podido celebrar cerca de 20 asambleas: de sacerdotes, consiliarios, muchachos y muchachas de Acción Católica, propagandistas, sacerdotes de la Unión Apostólica; algunas de las cuales han durado dos o tres días. ¿Es que el año tiene más de 365 días en “Santa Teresa”? No. Los Ejercicios finalizan el sábado por la mañana. Por la tarde comienza una asamblea. O el domingo por la mañana hay un retiro, hasta las cuatro de la tarde, para dejar lugar a los nuevos ejercitantes que llegarán a las siete y media. Se aprovechan los días, las horas, los minutos.

“Es que tienen prisa, mucha prisa, las almas”, oíamos repetir a nuestro buen Don Rufino.

“Villa Santa Teresa” no tuvo en el primer año de su vida directores nombrados “ad hoc”. Ya luego, ha contado siempre con dos sacerdotes del clero diocesano consagrados principalmente a la Obra, y con la colaboración decidida de muchos beneméritos sacerdotes de am-

bos cleros, que han dejado, por unos días, sus trabajos ministeriales para dedicarse a la dirección de las tandas.

No puede comprenderse la marcha de la Casa, sin saber el infatigable celo que puso Don Rufino en la organización de las tandas, desde el Seminario Diocesano de Vitoria donde era, a la sazón, director espiritual de los teólogos, el empeño de las Misioneras Evangélicas que se iban gastando en el servicio de la Diócesis, la ayuda desinteresada e incondicional de muchos sacerdotes, y la gracia de Dios que iba cayendo a raudales, diciéndonos a todos que “si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo”.

“NUESTRA SEÑORA DE BEGOÑA” (Bilbao)

“Venimos a tus pies, Señora, para tratar e conferir e platicar las cosas tocantes e complideras al servicio de Dios Nuestro Señor”. (Un historiador de Vizcaya).

La nota era oficial. Se había publicado en el “Boletín Diocesano”. El día 2 de julio, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, se bendecirá la Casa de Ejercicios, que la Diócesis abre junto a la Basílica de Begoña.

Los deseos de todo el clero de la Diócesis, expresados en las reuniones memorables de Aránzazu de los años de 1933 a 1935, y los trabajos, truncados con la guerra del 36, de dos apóstoles, Don Pedro Asúa y Don Rufino Aldabalde, florecían al fin.

Y el jueves, día de la Visitación, a las nueve de la mañana, se celebró la anunciada inauguración de la Casa de Ejercicios de “Nuestra Señora de Begoña”. El Prelado bendijo el nuevo cenáculo, y a continuación, en la capilla de la Casa, celebró una Misa de Comunión, a la que asistieron las autoridades, representaciones del Clero, de las Ordenes Religiosas y de las Cuatro Ramas de Acción Católica.

“Si la Casa de Santa Isabel quedó colmada de gracias y alegrías celestiales cuando Cristo, encerrado todavía en el seno purísimo de la Virgen, la visitó, así sucederá con esta nueva Casa de Ejercicios cuando el Hijo de Dios descienda a ella por las palabras de la consa-

gración que van a pronunciarse por primera vez”, decía Monseñor Lauzurica, en vibrante plática.

Y la realidad ha superado las más halagüeñas esperanzas.

En 3 años de funcionamiento, se han organizado 145 tandas de Ejercicios Espirituales, y han asistido 6.178 ejercitantes.

Nadie podrá hablaros, con más elocuencia, del bien que se les hizo, que el diario de este joven ejercitante: “La última noche que paso en este lugar. Me da pena, mucha pena. Llevo en el corazón una espinita que semeja el dolor de la pérdida del ser amado. Y es que le tomé cariño a esto: nuestra capilla, el comedor, el cuarto limpio e inmaculado con mi mesita y Jesucristo presidiéndola lo mismo que la cabecera de mi lecho”.

“Sí. Me acordaré mucho de esto, mucho. ¡Cómo no! Si entré muerto y salgo vivo. Entré tibio, y vuelvo con ansias de ser apóstol”.

Y así... del 13 de julio de 1942 al 31 de diciembre del mismo año, 20 tandas con 802 ejercitantes. Del 1 de enero de 1943 al 31 de diciembre de 1943, 45 tandas con 1.657 ejercitantes. Del 1 de enero de 1944 al 31 de diciembre de 1944, 47 tandas con 2.190 ejercitantes. Del 1 de enero de 1945 al 21 de abril de 1945 —cuatro meses escasos—, 17 tandas con 753 ejercitantes.

Es que “es una casa tan cumplidamente preparada —escribía un redactor de Pensa, de Bilbao —que habrá de causar la mejor impresión a cuantos la visiten, de la que habrán de salir encantados los que, alejándose unos días del mundo, vayan a ella en busca de la paz que sus almas necesitan”.

Un jardín, sombreado por palmeras y árboles, preside la entrada. En el interior, a la derecha del amplio vestíbulo exornado con exquisito gusto, la capilla —sencillez de catacumba, grandeza de catedral— de idéntico corte que la de “Villa Santa Teresa”. El edificio consta de tres partes independientes entre sí: una para las Misioneras, otra, de elegancia sobria pero digna, para el Prelado, y el pabellón de ejerci-

tantes que consta de cuatro pisos. En cada uno de ellos hay doce habitaciones —en total, 48— muy holgadas y confortables, con agua corriente, calefacción y vistas encantadoras. Dispone de un amplio comedor, alegre y familiar, y de magníficas terrazas para los tiempos libres.

...Aquí, entre el perfume suave de las magnolias y el silencio sonoro del bosque, pasean todos, leen vidas de santos, rumian verdades, escriben reformas de vida, cantan de gozo, y lloran de pena.

Y, lo que es mejor, junto a Nuestra Señora de Begoña, patrona de Vizcaya.

“La tradición no se ha interrumpido. Por un motivo más, desde ahora será la colina de Artagán “la montaña de Sión”, como gustaba apellidarla el más ilustre historiador de Vizcaya, y junto a Nuestra Señora, Santa María de Begoña, se reunirá muchas veces el clero y el pueblo de Vizcaya para “tratar e conferir e platicar las cosas tocantes e complideras al “servicio de Dios Nuestro Señor”, y sobre los vaivenes de este Bilbao nuestro, que corre siempre hacia adelante, en su ría, en sus barcos, en sus altas chimeneas y en sus galerías mineras, con una ansia incontenible de superación propia, se alzarán “este seguro de la villa en todas sus “necesidades y apremios”, que convida con el reposo al hombre gastado y fatigado por los afanes de la materia. Begoña, será, ahora más que nunca, la masión de paz”.

Si es así o no, dirán las innumerables almas que han pasado por ella en los 896 días de Ejercicios, 90 de retiros, 6 de asambleas sacerdotales y 12 de cursillos o reuniones de Acción Católica.

Si nuestra Casa lleva 1.095 días de vida, apenas quedaron unos 16 de descanso.

Muchas veces se recuerdan aquí las palabras del Apocalipsis: “Vi una ciudad santa que descendía del cielo y venía de Dios”. “A la luz de ella andarán las gentes”. “Sus puertas no se cerrarán al fin de cada día, porque no habrá allí noche”.

“NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ” (Vitoria)

—¿No eres del número de los afligidos?

—No eres del número de los hijos”. (San Agustín).

En la historia de las obras de Dios se han de contar los sacrificios. Su misión es sacratísima, como la de una gracia o la de un esfuerzo personal. Impulsan las naves, podan los sarmientos, exprimen la vida, muelen, poco a poco, el amor propio.

¡Bienaventurados los que sufren! ¿Ha sufrido acaso mucho la Obra?

No se cree víctima elegida, ni blanco de todos los ataques. No tiene la manía de que la sigue la persecución, como una sombra, a todas partes. Sencillamente, “los cordeles que señalaban la herencia, de la Obra, han caído en buena tierra”. ¡Junto a la Cruz!

Ha sufrido en los trabajos, en las incomprendiones, en la enfermedad. Con la solicitud de las almas, con los odios de fuera, con las angustias de dentro. “Funes ceciderunt in praeclaris!”.

En 1942, la enfermedad imposibilitó a Don Rufino para la formidable tarea que pesaba sobre las Casas y sobre el Instituto. Los médicos le obligaron al descanso. El invierno de Málaga rehizo algo las fuerzas gastadas. Mientras, la Obra cobraba nuevo vigor.

Entonces, las Casas aprendieron a vivir su vida, las Misioneras Evangélicas asumieron, valientemente, sus responsabilidades, y la junta de seglares puso todo el empeño en la solución de los problemas a ellos confiados.

En el dolor, la Obra iba tomando ese aire de “impersonalización”, que era la idea fija del fundador. Se limpiaba para dar más fruto, se santificaban las almas de todos.

Hoy se está levantando la Casa de Ejercicios de Vitoria, la tercera en la Diócesis, fuera del recinto urbano, junto a las últimas casas de la Ciudad-Jardín. Muy pronto estará terminada. Tiene el edificio dos cuerpos. Uno de ellos destinado a la formación de las Misioneras Evangélicas Diocesanas, fue inaugurado por el Excelentísimo y Reverendísimo D. Carmelo Ballester, Obispo de la Diócesis de Vitoria. Habló el Prelado y bendijo con cariño todos los departamentos el 6 de enero de 1944.

La Casa de Ejercicios de Vitoria, “Nuestra Señora de la Paz”, será modelo en su género, pues se han estudiado con detalle todas

las distribuciones. A ella han vuelto los ojos otras Diócesis, para los proyectos de sus Casas de Ejercicios.

El Jueves de Pasión, Don Rufino, con el ardor de la fiebre en los ojos, visitaba las obras de Ciudad-Jardín. Cada visita era un empuje colosal. El dolor fecunda siempre las actividades. El sacrificio de su vida ha sido la prueba suprema que Dios exige a la Obra, para regalarle en cambio delicadezas aún más exquisitas que las de hasta ahora.

La Obra se siente satisfecha, porque “sabe que el sufrir pasa, lo que no pasa es el haber sufrido”, “que más vale confiar en Dios que en los hombres”, “que aunque tiemblen las montañas, estará en pie el amor con que Dios la ama”, “El la llevará sobre su corazón, como el águila a los polluelos sobre sus alas”, por encima del ciénago o de la tempestad...

MIRANDO HACIA FUERA

“La sola cura eficaz contra la anemia de muchas almas sería el respirar profundamente, a pleno pulmón, el viento de las alturas y de los desiertos, el dilatar su capacidad de recepción en lugar de comprimirla, atrofiándola”. (P. Charles).

La Obra ha abierto sus Casas de Ejercicios como brazos en ademán fraternal, como manos con simiente preparada, para todos los surcos. ¡Amplitud!

Si tan hermosa fue la labor realizada dentro, no lo fue menos la realizada en las parroquias de nuestra Diócesis y en otras muchas de España. ¡Amplitud!

En Irún, Rentería, Pasajes, San Sebastián, Lasarte, Andoain, Villabona, Tolosa, Villafranca de Oría, Beasain, Legazpia, Zumárraga.

Fuenterrabía, Orío, Zarauz, Guetaria, Zumaya, Deva, Motrico, Ondárroa, Lequeitio, Bermeo, Plencia, Algorta, Las Arenas, Sestao.

Vitoria, Salinas, Escoriaza, Arechavaleta, Mondragón, Oñate, Anzuola, Vergara, Placencia, Eibar, Elgoibar, Durango, Zaldívar, Guernica, Galdácano, Dos Caminos.

Baracaldo, Sodupe, Sestao, Valmaseda, Gallarta.

Los Ejercicios abiertos han sido nuevo vigor para las Congrega-

ciones marianas y Juventudes de Acción Católica necesitadas de una reacción en su difícil caminar, a las parroquias en dispersión de fuerzas, a falta de orientación, al mundo del trabajo.

Y, ¿no se ha dicho que nuestro clero no sale de sus fronteras?

Si hay algo esencial e inconfundible en nuestro espíritu es el "antifronterismo" y la amplitud de miras. Tendemos, como la luz, a la expansión, no por estímulo de ambiciones egoístas, sino en alas de la caridad de Cristo. Cuando se posee el bien sin aleaciones bastardas, urge el comunicarlo a los demás.

Rechazamos con todas nuestras fuerzas una actitud aldeana y cicatera, que quiera cerrar nuestro horizonte. Queremos ser amplios en el dar y en el recibir. Sin exclusivismo alguno.

La acción sacerdotal ha ido llegando a los rincones más apartados de España. A sacerdotes, seminaristas, miembros de A. C., hombres, mujeres, jóvenes.

"Corremos el peligro de ser unilaterales en nuestro sacerdocio y en nuestro apostolado —decía Don Rufino—. Nos rodea el riesgo de creer que el campo de acción que cultivamos es el único interesante. Es preciso ver otras necesidades, otros métodos, otras parroquias, otras almas".

CON TODA SENCILLEZ

Se le acercaron para preguntarle: "luego, ¿qué haremos con tantas cosas?" —"Seguir... con toda sencillez". (Don Rufino, en el día de su muerte).

La Obra está en marcha. El espíritu abrirá bellos caminos. Hay que seguir con toda sencillez la trayectoria limpia, sin mácula, del "padre". Tenemos que ser fieles, con fidelidad filial, a sus consignas.

La homogeneidad de las tandas será norma intangible, porque sin ésta no es posible la adaptación. Si la eficacia de los Ejercicios nace de la gracia de Dios y del contacto directo con las almas, aquéllos no durarán menos de cinco días completos y deberá ser muy limitado el número de ejercitantes.

El método ignaciono tendrá todas nuestras preferencias, porque es "el mejor e insustituible" (Pío XI). Principio y fundamento, peca-

dos, infierno, muerte; Rey temporal, Dos Banderas, son meditaciones que ni se suprimen, ni se deben suprimir, aunque su adaptación a la mentalidad de cada tanda haya de ser una verdadera preocupación en los directores.

Flores benedictinas vestirán de blanco el campo de nuestros Ejercicios. ¡Ni una sola tanda sin gustar de las dulzuras de la Misa, de la oración litúrgica!

Con la ayuda de Dios, porque es "suya la Obra", sin que ninguno pueda motejarla de "personalista". Lo personal desaparece con las personas. Lo providencial sigue siempre en manos de la Providencia que "no deja caer un cabello de la cabeza, sin su permiso". ¡No nos interesa, sino lo que Te interesa, Señor!

Con la aprobación clara de la Jerarquía, porque ahora y siempre somos tenazmente jerárquicos. El Excelentísimo y Reverendísimo D. Mateo Múgica, ya en 1935, nombró a Don Rufino Director de la Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales. El Excelentísimo y Reverendísimo Don Francisco Javier Lauzurica, 1939-1942, aprobó el nuevo Instituto de las Misioneras Evangélicas Diocesanas y abrió las Casas de Bilbao y San Sebastián. El Excelentísimo y Reverendísimo D. Carmelo Ballester, actual Obispo de la Diócesis, inauguró la Casa de formación de Vitoria, y apoya esta Obra, que exige íntegra, total y fervorosa adhesión a la Iglesia y, en consecuencia, filial e inquebrantable sumisión a su Jerarquía.

Con la colaboración decidida y entusiasta de ambos cleros que vienen prestándonos una ayuda inadjetivable. Más de ochenta sacerdotes, y algunos religiosos —Capuchinos, Dominicos, Jesuítas— han pasado por nuestras Casas, algunos de ellos varias veces, como responsables o como ayudantes de tandas.

Con la mirada abierta en horizontes de ensueño, porque la Casa de Madrid —la primera que las Misioneras Evangélicas regentarán, muy pronto, fuera de la Diócesis— es el primer paso de la Obra a otras tierras de España.

En momentos difíciles, cuando la tempestad va destrozando los cuerpos y las almas, impulsados por el aliento de los que nos aman, sin arredrarnos ante las dificultades que puedan sobrevenir, la Obra seguirá, con paso firme y decidido, sencillamente, por las nuevas rutas que el dedo paternal de Dios le vaya señalando,

El resorte del hombre de Dios

DON RUFINO EN BURGUETE

Ultimo día de la Asamblea de Consiliarios Diocesanos en Pamplona. Unas consignas de texto meditado, que esconden en cada palabra las objeciones acaloradas, que resonaron en la clase de Teología. Cada ponente ha ido ponderando, para buscar el término, la línea por donde anduvo la discusión... y a Roncesvalles en peregrinación sacerdotal, presididos por el Excmo. Sr. Arzobispo Primado y el Obispo de Pamplona, a pedir a la Virgen que ponga en las conclusiones la luz y la sonrisa de Evangelio que les falte.

* * *

Subíamos por Huarte en el calor de la tarde, entre pueblos que dormían sus horas de canícula, empolvados por el ventarrón de las eras, entre montones de paja apretada.

—El tono dominante de la Semana ha sido la inquietud por llegar a la masa. Nos movemos en un mundillo de artículos, de bases y apartados... pero fuera de nuestras actividades, cerca porque le tocamos, y lejos porque escapa de nuestras campañas... tenemos un mundo de almas que desconocemos.

—Y para ellas vino la Acción Católica...

—¿Tiene nuestra obra la debida proyección en las masas alejadas? ¿No estaremos armando un instrumento inadaptado?

—...No hay por qué cambiar la organización. En la actual cabe todo... hasta esa *mano tendida* de la inquietud sacerdotal hacia los más alejados.

—¡Oh si la insignia fuese siempre distintivo de una misión que preocupa...!

—¡Y la responsabilidad de la obra total sentida y vivida por cada uno de nuestros asociados...!

—El mundo obrero se entrega al que le lleve verdad, sinceridad y desinterés...

Y surgía la visión de conjunto de las Jornadas, mientras subía el auto por Aoiz, con el cambio del paisaje en verdes profundos y arroyos claros, hacia la cumbre heroica de Carlomagno y de Roldán.

* * *

La Salve de Roncesvalles, es en un rincón gótico del claustro, entre muros frescos de cantería de la Colegiata, junto al sepulcro de Sancho el Fuerte. Y la Virgen de plata, que sonríe al Niño en un diálogo inefable, rubrica los acuerdos de los Consiliarios con un horizonte de esperanza para sus trabajos.

Volvíamos del santuario entre hayedos y prados recién segados. Por el camino andaban solemnes, ondulantes los carros de heno, que perfumaban la tarde tersa y clara, con el mozo labriego dormido en lo alto. Entramos en Burguete en una calle de casas limpias y acomodadas, que recuerdan las estampas de Holanda y de Flandes. Se presiente la piedad blanca del invierno en los techos de pizarra, para el resbalo de la nieve por el tejado agudo, que da una ingenuidad deliciosa a los cobijos. ¡Burgo admirable en la cima de montes sosegados! Cada casa es una edificación con personalidad, con sus cuatro lados y sus pertenecidos, sin medianil de vecindad, y la fachada enalada con el tumor heráldico de los mayores: el árbol, el oso, el campo ajedrezado, la sirena y un año de gracia que grabó el cantero entre estelas,

* * *

Entramos en la iglesia, que tiene un frontis macizo de piedra. Estamos en plena imagen de "christmas" de Navidad. Esta iglesia ha sido hecha para las nevadas de Noel, para cuando se reúne el pueblo, entrando por esa puerta baja, a adorar al Niño y a cantar los villancicos con armónium, llamado por esa campana que ocupa el único hueco de la fachada.

Saludamos al Cura y en la conversación surge el recuerdo de aquellos días de Roncesvalles, en los que se reunieron los Directores de las Casas de Ejercicios, para descansar y examinar el camino andado en el ministerio de la palabra de Dios.

¿No recuerda usted? —dice el Cura a uno de ellos que viene con nuestro grupo de excursión—. Durmieron ustedes en casa de la señora maestra, y en mi casa se preparó una cama para D. Rufino. Por cierto que no hizo falta. No la usó. Después de cenar bajó a la iglesia. Por la mañana, al saludarle, le dije que no le había sentido subir... Ah, ya —contestó Don Rufino—. Ya he descansado un poco hacia las cuatro de la mañana.

Había pasado la noche en oración en la parroquia de Burguete.

* * *

Todos los meses dedicaba una noche entera para hablar con Dios. Como esos silencios que gradúan y envuelven como en un ambiente la vida activa de los tres años de Jesús, D. Rufino se recogía en el claustro de su oración, que era su clima y su descanso. Esa noche de Burguete, ante los oros del altar, era como otras muchas, la vena y el manantial subterráneo de sus actividades. Tenía el culto y el gusto del silencio. Sabía bien que servía para penetrar las lecciones de la vida y para adquirir un pensamiento sólido y eficaz. Eran noches de oración para las nuevas fuerzas, para calmar las penas, abrir la confianza ante los cielos y corregir las experiencias. Son los capítulos de silencio en la vida de todo apóstol, de todo padre de almas, la clave de la libertad y del desinterés de los siervos de Dios. Lo que leemos en los libros nos forma, lo que vemos en la oración nos quema,

* * *

Bajábamos la cuesta de Espinal por Biscarret, en noche sonora de esquilas. Antes de comenzar nuestro rosario, volvemos el pensamiento hacia aquellas horas en vela en la iglesia humilde de Burguete.

Son la última lección de las Jornadas de Pamplona. Inquietud sacerdotal por adaptar el instrumento de Acción Católica a las masas. Urgencia de dar a nuestro movimiento un tono de conquista obrera. Organización, desvelos, trabajo bien pensado... Pero la clave del problema, esa oración de Don Rufino, el mejor remanso para el apostolado.

"Erat pernoctans in oratione Dei..."

La impersonalización en la persona de Don Rufino

El título podrá parecer de momento un simple juego de palabras más o menos efectista. Pero creemos francamente, que el asunto de la impersonalización espiritual, ya de suyo interesante, concretado en la persona de D. Rufino, no desmerecerá ni con mucho lo más mínimo.

EN CRISTO

La palabra "impersonalización" podrá ser de hoy. Pero su contenido es vino añejo en odre nuevo o se encierra en aquel tesoro (arca) del que se van sacando "nova et vetera". El Divino Maestro lo incorporó a su mensaje como punto importantísimo al exigir encarecidamente a sus discípulos desprenderse de los suyos, de lo suyo y hasta de sí mismos.

"El que ama al padre o a la madre más que a mí no es digno de mí" (1). "El que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo" (2). "El que no odia hasta a su propia alma, no puede ser mi discípulo" (3). *Multifariam multisque modis*, con imágenes o sin ellas, el Divino sembrador fue desgranando gradual, pero

(1) Mt. 10, 34-8.

(2) Lc. 14, 33.

(3) Lc. 14, 26.

eficazmente, en la buena tierra de sus apóstoles, la semilla de la impersonalización, haciéndola cuestión de vida o muerte. Como excelente pedagogo y maestro que domina el asunto, redujo su doctrina a una fórmula, simple si se quiere, dándonos hasta la palabra propia y castiza: "Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo" (4).

Sin duda, semejante lenguaje debió ser de momento duro y desconcertante, para aquellos discípulos. Pero lo era porque al igual que Pedro los demás no saboreaban las cosas que son de Dios sino las de los hombres (5). Francamente a los sacerdotes lectores me atrevo a considerarles en condiciones no menos desfavorables para entender al Maestro que las que reunían los Apóstoles en el momento en que las escucharon. Sin embargo, ello no impide que, para nuestros oídos resulte a su vez un lenguaje fuerte y duro. Más que nada, por lo rudos que somos nosotros, no precisamente respecto a la docilidad de nuestra inteligencia para la aceptación de este misterio de vida (creemos y lo creemos verdadero y fecundo), sino respecto a su aplicación a nuestra vida o mejor de nuestra conformación a él: *conformes fieri*. Ya lo afirmó San Gregorio Papa: "Quizá le será al hombre laborioso dejar lo suyo; pero incomparablemente más laborioso le es dejarse a sí mismo. Pues lo de menos es abnegar lo que tiene; muchísimos más es abnegar lo que se es" (6). Por eso quien llega a lograrlo y sobre todo a convertirlo en norma habitual de su vida, es todo un discípulo de Jesucristo. Creemos que Don Rufino lo alcanzó de una manera no común ni ordinaria.

El que de esta manera vive situado, no se satisface en aquellas cosas que son de los hombres. Y D. Rufino, en conversación corriente, acostumbraba a decir: "He visto un alma". Recuerdo que alguna vez me permití, dada la confianza paternal que siempre inspiraba, replicarle en tono humorista: "¡Pero Don Rufino, si las almas son invisibles...!". Con su sonrisa paternal pareció añadir: "Pues es ne-

(4) Mt. 16, 24.

(5) Mt. 16, 23.

(6) Offc. Divin. Común de un Mártir, II Homilía, 8.^a lección.

cesario ver no cuerpos sino almas". Y la razón se la da la experiencia, por escasa que sea, que cualquier sacerdote pueda tener en el ministerio pastoral.

LA VERDAD

Era amigo leal y sincero. "Amicus Plato sed magis amica veritas". Amigo, sí, ante todo de la Verdad, para seguirla hasta sus últimas consecuencias (7) y para declararla a cualquiera sin contemplaciones humanas. En uno de esos momentos en que se imponía una actitud tajante y decisiva, dejó escapar con vehemencia una frase que no es de las que más *infielmente le retratan*: "Lo reconozco. Soy brutalmente sincero".

QUAE JESU CHRISTI

Desprendido de sus cosas y de sí mismo, vivía apasionado por el Ideal Sacerdotal ("timeo hominem unius ideae", solía repetir) y trataba de contagiar a otros su fiebre ardorosa y dinámica. Nada para sí, nada para su persona: todo para formar a Cristo en nosotros. Muchos datos podrían aducirse para abonar esta afirmación. Bastará uno que vale por muchos. Ya próximos a la ordenación sacerdotal, solía reunirnos en su cuarto. Cambiábamos impresiones, pulsaba nuestras inquietudes. Nos dejaba hablar a nosotros primero y después... hablaba él. Trataba más que nada de interesarnos en el conocimiento de las grandes corrientes que cruzaban el mundo y unirnos lo más apretadamente posible en el empleo de la solución más atinada y eficaz de los problemas que se le plantean al sacerdote de hoy. Pasaban reuniones sin objetivo concreto al parecer. En una de ellas a uno de los asistentes se le ocurrieron preguntar: Pero ¿se puede saber en concreto, para qué se nos ha llamado? Y sin más ponderó largamente con ardorosa convicción la importancia que encerraba para nosotros el logro de un criterio unánime, genuinamente sacerdotal, la adquisición de una mentalidad homogénea en el enjuiciamiento e interpretación, según Cristo, del mundo de las almas, el dominio de los aconteci-

(7) Cfr. "SURGE!", núm. 10, "Apóstoles de la Verdad".

mientos que surgieren en torno y dentro de nosotros con una postura de sinceridad y desenvoltura, propia de los hijos de Dios y padres de las almas, en medio de nuestro múltiple ministerio (8).

La pregunta no habría sido directamente contestada. Pero ¿no era tarea inestimable la que se proponía? De ello quedamos todos plenamente convencidos. Y quizá con un aprovechamiento mayor desde este incidente, sin reglamento especial, sin la letra de capítulos y artículos, sin "organicismo", seguimos acudiendo con avidez a las charlas para el logro de lo que más nos importaba en aquellos momentos: "cor unum et anima una" (9).

Ni los interesados sabemos el bien inmenso que dejaron en nuestras almas aquellas añoradas reuniones en el despacho de nuestro Director Espiritual.

Efectivamente no buscaba nada para su persona. Todo para nosotros, si se quiere, o mejor todavía, para el Padre, como solía recalcar.

AD PATREM

Porque francamente sentía ardiente devoción hacia el Padre como Cristo. ¿Cuántas meditaciones y pláticas tuyas en el Seminario de Vergara versaron sobre esta verdad tan sabrosa, para los que nos llamamos hijos de Dios y lo somos? (10). ¿Y cuántas otras no invocaba al Padre con todo su corazón, con toda su alma y lo llamaba así a boca llena?

Recuerdo que un domingo, después de haber celebrado la Misa Mayor de la Comunidad en la Capilla del Seminario de Vergara, un seminarista, sacristán por más señas y hoy sacerdote benemérito y valioso colaborador suyo, se permitió manifestarle ante un grupo de compañeros: "Bien, D. Rufino. Sobre todo me ha llegado al alma el acento con que ha cantado las palabras "Pater noster"; se veía que lo sentía". Sonrió él sin comentario alguno. Asentimos todos,

(8) Cfr. "SURGE!" núm. 9, págs. 118-124.

(9) Act. 4, 32.

(10) I Jo. 3, 1.

porque era verdad. Hasta en estos detalles se reflejaba su devoción al Padre.

Mas ¿qué tendrán que ver estas observaciones con el punto de la impersonalización que nos habíamos propuesto siquiera bosquejar?

Familiares nos serán sin duda las frases con que Jesucristo aparece como impersonalizado en presencia de su Padre. “Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió” (11). “Las cosas que le son agradables (al Padre), las hago siempre” (12).

Y en otras que para nuestro propósito vienen como anillo al dedo: “Pater major me est” (13).

Fruto de esta postura filial de Jesucristo para con su Padre, es su interés apasionado por la gloria del Padre exclusivamente: “No busco mi gloria sino la de aquel que me envió” (14).

En su grado —salvando naturalmente la consabida distancia— influía poderosamente en la actuación apostólica de Don Rufino, integral y sincera en el pleno sentido de la palabra, su condición de hijo del Padre, por él vivamente asimilada y tiernamente vivida. Sí; él, cristiano y “alter Christus”, tenía ya definitivamente adoptada la postura señalada por Cristo: “Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos: éste es mi hermano y mi hermana y mi madre” (15).

EN SU OBRA

No será frecuente. Pero podría darse el caso de estar uno impersonalizado en sí mismo y sin embargo estar excesivamente *pegado* a la obra de sus manos, a su propia cosecha, y por consiguiente *pagado* de ella. Pero si nos parece hasta cosa legítima...

Y no era minúscula la obra de D. Rufino. Durante los escasos años de sacerdocio se puede decir que “*explevit tempora multa*” en

(11) Jo. 4, 34.

(12) Jo. 8, 29.

(13) Jo. 14, 28.

(14) Jo. 5, 41; J. 7, 16-8.

(15) Mt. 12, 50.

su labor de Director Espiritual del Seminario, fundando varias Casas de Ejercicios Espirituales Parroquiales, plasmando el Instituto de Misioneras Evangélicas Diocesanas... “En opus, ecce labor”. Sin embargo, su espíritu gigante no se dejó prender por lazos de por sí tan fuertes en su vuelo libre hacia Dios. Todas estas realidades complejas y complicadas no servían más que de combustible, para que la llama, adquiriendo mayores proporciones, siguiese elevándose siempre “ad Patrem”. Logró, por decirlo así, impersonalizar su obra.

FORMACION DE LOS SACERDOTES

En especial los ordenados en el último lustro, lo recordarán con fidelidad. Porque D. Rufino tenía el arte del pirograbado de las almas. Marcaba a fuego. Y no es que no le importase conocer el efecto de sus actuaciones. No pocas veces descendía a preguntarlo a sus íntimos. Pero bien se transparentaba que lo hacía para el logro de una mayor eficacia en los menores detalles, y alguna vez hasta se disponía a retocar cositas. Recogía impresiones y sugerencias de cualquier seminarista, para después “ponderarlas en su corazón”.

Del punto concreto de la postura impersonal del sacerdote en su ministerio, siguiendo una razonable gradación formativa, hablaba al cabo de cierto tiempo más que al principio de sus contactos educativos y escribía para ellos cosas sustanciosas y fecundas. En gracia a la brevedad, aunque con cierta pena, nos vamos a limitar a reproducir un par de citas de la revista *SURGE!*, por él dirigida y siempre animada: “Sucede con mucha frecuencia que por un celo desmesurado e irreflexivo, y sobre todo por una desorientación en este punto, el educador proyecta de tal modo su sombra sobre el educando, que llega a irritar su sensibilidad espiritual, si se nos permite expresarnos así. Esta actitud, hace que la atención del educando se centre en la *persona del educador* y que en cambio se esfume el *asunto* sobre el que versa la dirección, v. gr., la obediencia, la caridad, la pureza, etc”. (16). Y un poco más abajo añade: “De lo expuesto anteriormente venimos a con-

(16) “*SURGE!*”, núm. 15, pág. 395. (Subrayamos nosotros).

cluir que la esencia del educador está en la *impersonalización*, que viene a ser algo medular en el Cristianismo. La experiencia nos descubre a cada paso que *nuestra propia persona* es el primer obstáculo para llegar al fondo del alma e impulsarla hacia Dios" (17).

Diffícilmente se podrá plantear en pocas palabras un problema tan vital. En verdad no pocos sacerdotes jóvenes vivirán a expensas de sus enseñanzas, aunque a veces como sin darse cuenta de su procedencia, que en buenas dosis no es otra que la orientación que él les diera en las múltiples reuniones encaminadas a facilitarles una mentalidad ideal a base del sacerdocio.

No es que se desinteresara de la obra que traía entre manos. Muy al contrario. Durante su estancia en el Seminario, siempre se preocupó de reclutar elementos vivos y equiparlos, lo más cumplidamente posible, para el ministerio de los Santos Ejercicios. Pero a la obra y a los operarios y a todos los instrumentos de trabajo trataba de imprimirles con machacona insistencia esta obligada dirección que aparece en la cubierta de la revista SURGE!: "In aedificationem Corporis Christi" (18).

Las palabras del Papa, al que profesaba una especialísima devoción, las recogía de la prensa diaria con visible avidez y le faltaba tiempo para notificarlas a los que nuestra condición de seminaristas vedaba la lectura de los periódicos. Para con su Obispo no tuvo sino la más rendida y ciega sumisión filial.

Es todo un símbolo. Los únicos cuadros que adornaban las paredes de su despacho eran: uno, espléndido, del Padre Santo y, debajo de éste, una fotografía del señor Obispo, de tamaño más reducido; y ambos, encima, por decirlo así, de su humilde persona.

LAS CASAS DE EJERCICIOS

A D. Rufino cabe la gloria de haber impulsado en buen grado entre nosotros la práctica de los Ejercicios, tanto cerrados como abier-

(17) "SURGE!", núm. 15, pág. 397. (Subrayamos nosotros).

(18) Ef., 4, 12.

tos. Su influencia no se redujo al ámbito de la Diócesis vascongada, ya de por sí bastante dilatada. En todas partes se lanzó, a echar la red, cual otro Pedro en nombre del Señor, únicamente movido por la gloria de Dios y la salvación de las almas, sin rivalidades ni competencia rastreras, pensando que en la viña del Padre de Familias había sitio para todos los operarios de buena voluntad.

Ofreció, buenamente, desde un principio, las Casas de Ejercicios a las distintas familias religiosas y veía cada vez con mayor complacencia cómo de la misma mesa dirigían su palabra multiforme Jesuitas, Dominicos, Capuchinos, etc., imprimiéndoles también con esto una nota marcada y visible de universalidad.

Ni que decir tiene que desde dentro pensaba más que nada en las fuerzas vivas de la Iglesia, en ese ejército pacífico de la Acción Católica, de la que solía repetir entusiasmado en el decurso de su enfermedad: "Si se dieran cuenta las almas de lo que es la Acción Católica". Al servicio de ésta, por ser obra predilecta de la Iglesia, puso preferentemente esos Cenáculos de apóstoles.

LAS MISIONERAS EVANGELICAS DIOCESANAS

Como a flor recién abierta a la vida, prodigaba a este Instituto sus paternos cuidados. Sin embargo, a pesar de los escasos años de existencia con que todavía cuenta y de la extrañeza no imprevista que alguna modalidad, de ningún modo caprichosa, pudiera causar a algunos cuando se ven las cosas desde fuera y a distancia, ha logrado tal madurez que no pocos sorprendidos se dicen lo que un benemérito sacerdote reconocía: "¡Pero si increíble parece que en tan corto plazo haya llegado este Instituto a una solidez propia de edad adulta!". El secreto de ello radica, sin duda, principalmente, en el espíritu fuerte y de familia sinceramente cristiana que ya desde el primer momento lograra infundirle.

Pues bien. Diffícilmente se encontrará un punto en el que, sobre todo últimamente, haya insistido tanto como en el de la necesidad para ellas de impersonalizarse.

Repetidas veces mostraba la conveniencia de que se le requiriese

se menos, en cosas en que podían valerse por sí mismas: "Menos D. Rufino, menos D. Rufino". Lo que importa es la obra. Es de todo punto importante que se apasionen por "la obra que es la Iglesia", repetía también.

Como Jesucristo, cuando momentos antes de su muerte decía a sus apóstoles "os conviene que me vaya" (19), en su última enfermedad les recalca la conveniencia de su partida, que no tenía por qué temer la pequeña grey, que ello no acarrearía a la obra el menor entorpecimiento, pues ya podría vivir por sí misma. Y sin concretar nada para el futuro, dejándolo todo en manos de Dios, les hacía ver que, así como hasta entonces le daba a él todo lo que la obra necesitaba, luego se lo daría a otro, porque la obra era de Dios y Dios da la gracia en el momento en que se necesita... Afirmaciones que acusan un completo desprendimiento aun respecto de su obra.

En múltiples pláticas, tan formativas y sustanciosas, no cesaba de conjugar por activa y por pasiva el verbo "impersonalizarse".

El 26 de febrero de 1944 les decía en una charla sobre la impersonalización:

"Hoy quisiera hablarles de un punto que ya he repetido varias veces y al que volveremos otras tantas. Es que en el camino de la vida cristiana, de la perfección, como en todas las cosas, el escollo principal que encontramos frente a las exigencias de la gracia, es este "substractum" el "yo".

Y claro está, para camuflar de alguna forma y hacer que no se asome tanto este "yo", para que deje paso a la gracia y a la parte divina son necesarias ciertas precauciones.

"MEA MAXIMA POENITENTIA VITA COMMUNIS"

Es frase de un santo: "Mi mayor penitencia es la vida común". Estas palabras contienen mucha filosofía y, si quieren, teología.

Tanto respecto a la actividad personal aislada, como en lo que se refiere a la actividad personal en relación con la colectividad, lo que más cuesta a la naturaleza, es la impersonalización. Es necesario

(19) Jo. 16, 7.

tener en cuenta ciertas cosas, para efectivamente llegar a esa impersonalización.

ACTIVIDAD PERSONAL

"El alma debe tener siempre presente en el espíritu la experiencia de su limitación y a la vista de esto, sabrá tomar la postura que Dios le exige; entonces el alma se escapa de todos los enredos que su "yo" le prepara. El amor propio tiende las redes en cualquier momento y cuando empezamos a gritar, a agitarnos, a perder la paz, es que, sin darnos cuenta, hemos caído en sus redes. Todas las situaciones tormentosas del espíritu, en el fondo obedecen a un amor propio lastimado, penado.

Muchas veces el arrepentimiento —aun cuando lo creamos sincero— y el llorar de un alma que se cree arrepentida, tiene un tanto por ciento muy elevado de amor propio. Sin embargo, las almas que se han esforzado y han secundado con docilidad habitual la labor de la gracia, llegan a un alto grado de pureza, su actividad es más discreta y más sobrenatural y además no se crean actitudes tormentosas, porque el alma sabe dónde debe cobijarse para salirse de sí misma y lo hace espontáneamente y de cualquier contingencia sale con aprovechamiento.

"Toda la actividad ascética está ordenada a liberarse del amor propio, colocarse en postura de colaboración a la gracia y así impersonalizarse; es en esta impersonalización, cuando el alma tiene conciencia que se personifica en ella Dios. Aquello de San Pablo: "Ya no vivo yo sino que es Cristo quien vive en mí". "Todo lo puedo en aquel que me conforta". "Yo me gloriaré en mis miserias, para que resplandezca en mí la gracia de Jesús". Ven cómo en la proporción en que el alma se impersonaliza es tanto más humilde, más magnánima.

Luego, tocante a la impersonalización con relación a la colectividad tienen que hacerse conciencia de esto; no ser centro de conversión, sino de expansión.

La personalidad en Dios consiste en darse. Santo Tomás dice: "relatio subsistens". El "yo" del Padre consiste en decir eternamente "tú" al Hijo; es una donación eterna; se da totalmente al Hijo

y no tiene yo, sino tú. A su vez, el Hijo, desde toda la eternidad, dice "tú" al Padre. La revelación de la paternidad de Dios es Cristo. Toda la preocupación de Jesús en la tierra es glorificar al Padre. En esa donación mutua se abrazan y he aquí la procedencia del Espíritu Santo. Nosotros podemos dar cariño, ideas... todo lo que damos es accidente, porque ahora es y luego no es, o puede ser lo contrario de lo que es. Las cosas materiales cuando dan pierden su forma: la madera se da al fuego y se convierte en ceniza; pierde la forma aun cuando queda la materia. Dios se da sin perder nada, y esa donación total es de tal manera perfecta, que al dar totalmente su substancia no sólo no pierde nada sino que esto constituye su personalidad. "Relatio subsistens", expresión magnífica; esta relación subsistente constituye toda su personalidad.

La razón de nuestra existencia es Dios: "Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón se halla inquieto hasta que descanse en Ti".

El hombre cuanto más se da a Dios adquiere mayor personalidad, porque su razón de ser es Dios y cuanto más se acerque a El más próximo está de su perfección, de su fin.

Y entramos en la segunda parte: *donación a la colectividad*. Seamos centro de expansión, no de atracción. Un "tú" infinito es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La perfección consiste en la impersonalización, en la donación; por eso la ley substancial del Evangelio es la caridad: "De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito". "Dios es caridad", amor substancial; en nosotros, el amor es accidente. La razón de ser del amor es darse.

De aquí que nosotros en la vida de Comunidad, no hemos de hacer nuestra impersonalización tanto en rasgos grandes, sino que debemos hacer de nuestro vivir cotidiano, desde la mañana hasta la noche, una donación incesante, tenemos que dar constantemente mordiscos a nuestro yo, en beneficio de la colectividad. Así: una misionera está muy cómoda en una silla y ve que la otra está haciendo equilibrios en la suya, porque está un poco estropeada. No debe quedarse tan tranquila, sino procurar alivio a las hermanas, y esto, cuanto con más disimulo se haga, será más perfecta la donación. ¡Cuántos momentos encontrarán al día para donarse! En este sentido nuestras personas tienen muchos modos de alimentar el amor propio y a veces

pueden llegar a comprometer la formación.

Todos estos puntos son para que tengan vigilancia constante. La solución de todo esto es muy sencilla: saber en toda coyuntura humillarse y con mucha discreción impersonalizarse, ser una de tantas de la Comunidad, sin distinguirse de las demás".

Más de una vez les acentuaba que los santos son los hombres más grandes y más dichosos de la tierra, precisamente por estar impersonalizados, no encadenados por las pasiones ni ligados a las cosas ni sujetos servilmente a las personas. El único que manda en sus conciencias es el Señor. Porque cuanto más se impersonaliza uno, tanto más personalidad adquiere.

A propósito de la *oración* les advertía en mayo de 1944: "La perfección no consiste en hacer cosas, sino colocarse en postura, situarse siempre en la verdad... No miren tanto sus miserias. Mírenle más a El, abandónense en El, contémprenle, adórenle... No tanta petición de "nuestra voluntad". Vivan saliendo de sí. Esto es oración... Naturalmente tendemos a vivir encogidos en nuestra pequeña concha. *Salgan Vds. mismas*, para que El obre en Vds. Tiene El voluntad infinita, que no puede cambiar, de que nos santifiquemos, de hacernos buenos... Déjenle obrar y pongan voluntad decidida en ello".

EN RESUMEN

Don Rufino fue un sacerdote que vivió la impersonalización en su múltiple ministerio, enseñó magistralmente punto tan vital para el espíritu, e impersonalizó su obra dentro de la gran Obra de la Iglesia.

Fácil nos hubiera sido multiplicar notas suyas alusivas al asunto, recogidas de distintos trabajos publicados, de las explicaciones dadas en las clases de Ascética y Mística, en las charlas de su despacho, en las pláticas a los seminaristas, a las Misioneras, etc. Pero bastará lo expuesto para llegar a la convicción de que la vida de este buen siervo del Señor estaba "escondida con Cristo en Dios" (20).

Así fueron sus últimos días...

Sencillos, normales, sin cosa extraordinaria alguna, se deslizaron en su Casa de Formación de Vitoria, los últimos días de Don Rufino entre nosotros.

Las últimas gotas de licor, adheridas al fondo y a las paredes del frasco, conservan la esencia aromática de todo el licor. Así los últimos días de Don Rufino entre nosotros conservan la esencia de toda su vida. Nos ofrecen, compendiada en cuatro rasgos, su personalidad sacerdotal.

La fruta madura, al caer, reproduce toda la virtualidad del árbol que la ha producido. En estos últimos días de Don Rufino —fruta sazónada— se reflejan simplificados todos los matices de su vida.

2. DEDICADO A LA OBRA

Fue en la Casa de Formación, donde se le manifestaron los primeros síntomas de su enfermedad. Cuando casi a la vez que el año 1945, entraba Don Rufino en el Noviciado de Nuestra Señora de la Paz, para dirigir a las Misioneras la Hora Santa, de 11,30 a 12,30, sus ojos brillantes con resplandores de fiebre y un cuerpo agotado acusaban el peso de la enfermedad. Así y todo quiso ofrendar los últimos minutos del año 44 y los primeros del 45, como símbolo de su dedicación total, a la Obra de los Ejercicios Espirituales.

Las primeras luces del año nuevo, del año de su tránsito feliz, le sorprendieron en el lecho, con la enfermedad que le retuvo acostado

los quince primeros días de Enero y que, tras de dos meses de convalecencia, iba a culminar en el diagnóstico de mediados de marzo.

La naturaleza de Don Rufino tuvo siempre por fuera el vigor y lozanía de los viejos castaños de sus montañas, cabe su caserío. Pero llevaba por dentro, como esos sus viejos castaños, sobre los que más de una vez subiera de chico, la enfermedad que les está haciendo venir a tierra. Primero a sus afanes estudiantiles de seminarista y más tarde a sus actividades sacerdotales exigía una tregua la enfermedad.

Diríase que la enfermedad entraba dentro del cumplimiento de su misión. La historia de su vida está hilvanada por ella, viéndosele hermanar los libros con el reposo y el plan de cura, sus actividades apostólicas con las prescripciones facultativas, hasta que el Señor pactó con él una tregua eterna de paz.

3. RESPUESTA DE LA PROVIDENCIA

En febrero, convaleciente aún, estuvo Don Rufino en la Casa de Ejercicios de Begoña. El médico le había prescrito un plan de descanso en Levante, y estaba preparando el viaje.

Al mismo tiempo tenía verdaderos deseos de dirigir una tanda de Ejercicios en Orense.

Por otra parte la Casa de Ejercicios de Madrid, las obras de la Casa de Vitoria, las tandas... y el mismo estado de salud, que no era nada satisfactorio, le retenían junto a la Obra.

Como le urgieran la necesidad del descanso en Levante, en vista de los pocos progresos en su restablecimiento, decidido a emprender el viaje, quiso pasar antes por el Noviciado de Nuestra Señora de la Paz.

En la silenciosa planicie, junto a la Casa de Formación, concluida y en plena vida, está la Casa de Ejercicios en construcción. Don Rufino no sospechó quizá aquella tarde del 15 de Marzo, cuando su mirada penetrante y profunda se posó por postrera vez sobre ella, al recogerse a aquel remanso de paz, que no la iba a ver terminada.

Una vez en la Casa de Formación sintióse muy mal, con mucha fiebre, con tal malestar que las Misioneras se vieron precisadas a improvisarle una cama en su despacho, pues el estado de su salud les hacía temer cualquier desenlace.

Esto lo realizaron las Misioneras muy a pesar de Don Rufino, cuya delicadeza de conciencia no descansó hasta que puso en conocimiento del Sr. Obispo cómo se encontraba enfermo en la Casa de Formación.

El Sr. Obispo le concedió su beneplácito y se interesó por él, preguntando todos los días por su salud. Así respondía Dios Nuestro Señor a quien, en todas sus obras, dió un margen muy amplio a la Providencia, llevándole a ofrecer el sacrificio de su vida a su Casa de Formación, centro del movimiento de las Casas de Ejercicios. ¡Cuánto agradecieron el mismo Don Rufino y las Misioneras este rasgo magnánimo de la Providencia bendita!

5. "YA NO HAGO FALTA"

Los primeros días de su enfermedad estuvo relativamente bien, con mucha fiebre y algunas molestias, pero sin grandes dolores.

—“¡Las Casas marchan, Don Rufino!” —le dijeron en una visita que tuvo estos primeros días.

—“Ya no hago falta” —contestó inundado de gozo.

Lo que había sido obsesión en él, norma de su actuación apostólica y en la dirección de las almas, desde el Seminario, ¡cuántas veces se lo oímos decir!: “las obras de Dios impersonales”: “que no se os vea a vosotros, que se vea sólo a Dios”: “en la A. C., en la dirección discreta de las almas hay un gran peligro de personalizar las obras y hacerlas infecundas”, etc... —lo rubrica solemnemente en esta hora de dolor.

Ultimamente se le sorprendía con frecuencia en el mismo estado de ánimo que revela esta frase espontánea y vivida. Temía grandemente la personalización de la Obra de Ejercicios en él y para no hacer infecunda la Obra, decía que él no hacía falta; y para que se viera más la mano de Dios, pensaba que el Señor debiera disponer de él. Y así lo tenía el Señor dispuesto.

6. "PIDAN SOLO QUE SE CUMPLA LA VOLUNTAD DE DIOS"

El día 24 empezó a sentir grandes y fuertes dolores de cabeza,

Una Misionera le dijo: “Padre, cuánto está sufriendo!”.
—“Está bien, está bien” —contestó suavemente.

Son los primeros síntomas graves de su dolorosa enfermedad. Soporta los dolores sin decir una palabra. De nada se queja. Lleva todas las molestias con mucha alegría. Se ve que está habituado a sufrir y a decir jaculatorias. Le salen espontáneamente y con frecuencia: “Jesús”, “Dios mío”... En la dirección y en las clases de Ascética aconsejaba esta práctica sencilla, para estar siempre unidos con Dios.

El día 25, Domingo de Ramos, recibió con mucho fervor la Sagrada Comunión.

—“Las tandas mejor, cada vez mejor” —le dijeron después.

—“Este es el mejor regalo que me pueden hacer” —contestó conmovido.

Por la tarde recibe la visita del Sr. Obispo, que le conforta y reanima. Su finura y delicadeza interior, que cautivaba a las almas, agradeció esta visita, haciéndoselo presente al Sr. Obispo con tierna emoción.

Un día le dijo una Misionera: “Padre, hoy tiene que notar una gran diferencia en su enfermedad”.

—“¿Por qué, por qué? Me tiene que decir” —repuso Don Rufino.

La Misionera se vió obligada a manifestar el secreto: “—Estamos haciendo una vela delante del Santísimo para que se cure”.

—“Ya saben que estas cosas no me gustan; pidan solamente que se cumpla la voluntad del Señor”.

7. RECIBE LOS SANTOS SACRAMENTOS

La jornada del lunes fue muy penosa. En vista de ello, el martes 27 le hicieron la punción lumbar, confirmándose su estado de gravedad. Por la noche las Misioneras comunicaban a las Casas de Santa Teresa y Begoña: “Estado del Padre muy grave. El resultado del análisis desconsolador. Se ha confirmado que padece una meningitis tuberculosa; todas las esperanzas se han perdido”.

A las diez de la noche del martes santo el Sr. Obispo le administraba el Santo Viático, que recibe con admirable espíritu de fe y mucho fervor. Más tarde recibe la Extremaunción y la Bendición Apostólica.

Las Misioneras y los presentes aprendieron una vez más la lección práctica de recogimiento. Nos enseñó a recogernos en sus meditaciones, le vimos siempre recogido en las funciones litúrgicas y ahora, lleno de dolores, recibe con profundo y edificante recogimiento los Últimos Sacramentos.

8. EL OLVIDO DE SI MISMO

En las visitas que recibe de sus sacerdotes y amigos estos días de Semana Santa, habla de sus grandes obsesiones: SACERDOCIO, ALMAS, INSTITUTO DE MISIONERAS, SEMINARIO, ACCIÓN CATÓLICA, OBREROS, GRUPOS, TANDAS DE EJERCICIOS...

En medio de tremendos dolores de cabeza, se interesa por la salud de sus sacerdotes: "Esa salud, esa salud"; por el viaje de otro sacerdote: "¿Ya tienes el billete?"; por el apostolado de un párroco amigo: "¿Qué tal las Misiones?"; por la familia de otro sacerdote: "¡Qué contenta estará tu madre!". Y hasta a su peluquero, el día de Viernes Santo, le pregunta sobre su vida y salud: "¿Qué tal va esa pierna?".

De vez en cuando levanta sus ojos al cuadro sencillo que preside su despacho. Representa a Cristo y es un regalo de un joven comunista que asistió a unos Ejercicios dirigidos por él. Aquel cuadro le evocaba el pensamiento de la inmensa masa obrera, a quien amaba con fervor.

Los obreros constituyeron una de sus grandes obsesiones, hablaba de su conquista con frecuencia y con gran entusiasmo y a su conquista dedicó las energías de su juventud en Francia. A todos quería ver, como al joven obrero, cuyo recuerdo evocaba la mirada al Cristo del cuadro regalado... crucificado por todos, precisamente aquella tarde de Viernes Santo.

9. COSA NORMAL EN LA VIDA

El día 31, víspera de su muerte, empezó a sufrir algunos delirios. Durante ellos todas sus conversaciones fueron de planes de apostolado, sacerdotes, seminaristas, la Obra...

En un momento de lucidez, dijo: "He aceptado la gravedad y hago acto de abandono en manos de Dios; lo demás es accesorio".

Las Misioneras recuerdan la meditación de la muerte de sus últimos Ejercicios dirigidos por el Padre. "La muerte, les decía, es una cosa normal en la vida. Es preciso aceptar este sacrificio cada día".

Lo que con este espíritu rezaba todos los días en la Santa Misa: "Benedic hoc sacrificium tuo sancto nomini praeparatum", se iba a realizar dentro de poco.

Se acercaba ya don Rufino al altar a ofrecer el sacrificio de su vida, con aquella simple y delicada unción, que se reflejaba en su rostro y en su voz, cuando ofrecía el Santo Sacrificio de la Misa. Humilde, recogido, sereno... así estaba la víspera de su tránsito al cielo, el sábado de gloria.

10. "YA ESTA ACEPTADA"

Si el Señor hubiera dado a elegir el día de su muerte a Don Rufino, Don Rufino hubiera elegido el día de Pascua de Resurrección. Su última charla a las Misioneras, publicada antes de su enfermedad, versó sobre la Resurrección, centro de la Liturgia: la Cuaresma, como preparación para la Resurrección. Su temperamento optimista, viril, emprendedor, no traducía la muerte por tristeza. Era sinónimo de triunfo, de alegría, de vida.

La Providencia, tan pródiga con él, le concedió esta gracia, llamándole a su presencia el día de Pascua de Resurrección. Y así la blancura de los ornamentos de los días pascuales y los acordes del aleluya estuvieron muy en consonancia con el espíritu abierto y lúcido de Don Rufino. Constituyeron su más exacto y bello epitafio.

El Domingo de Resurrección, 1 de abril, por la mañana, en un momento de lucidez, recibió la Sagrada Comunión con mucho fer-

vor. Una voz amiga le sugirió al oído: "Jesús está en su pecho, acepte su voluntad".

—“Ya está aceptada” —contestó.

Pasan las horas lentas, pesadas, dolorosas. “Ninguna esperanza queda”, habían declarado los doctores. El delirio casi constante y su grande postración hacen presumir un pronto desenlace.

Tiene aún otro momento de lucidez, en el que dirigiéndose a las Misioneras les dice, seguramente para consolarlas, como buen Padre que se despide de sus hijas: “Hay que aceptar la voluntad del Señor”. Y en un supremo esfuerzo, añade: “Señor, yo acepto plenamente vuestra voluntad”.

En los delirios casi constantes de sus últimas horas, de aquella tarde de Pascua no cesa de repetir: “Señor”, “Dios mío...”, “Domine exaudi orationem meam”.

Y cuando ya deposita su alma en manos de Padre, del fondo de su ser, henchido de confianza honda, brota la plegaria suprema, como un suspiro: *IN TE DOMINE SPERAVI, NON CONFUNDAR IN AETERNUM.*

Son las siete y media de la tarde del 1 de abril de 1945, festividad de la Pascua de Resurrección del Señor.

Había servido al Señor durante 40 años. Su sacerdocio contaba 14 años.

11. LAS MISIONERAS JUNTO A SU PADRE

Mientras son amortajados con ornamentos morados los restos venerandos de Don Rufino, vibrantes, jubilosos, llegan hasta su lecho los ecos del *Te Deum* y del *Magnificat*, entonados por las Misioneras, en su Capilla. Ninguna nota discordante de amargura que enturbie la alegría pascual. Cantos de gozo, de agradecimiento, de amor... por el sacerdote triunfador. Jesús ha VENCIDO la muerte y ha triunfado con El su sacerdote. Así lo han entendido las Misioneras, que serenas y llenas de paz, cantan himnos de alegría y de triunfo.

Instalada la capilla ardiente en la Casa de Formación, las Misioneras ofrecen al Padre su último homenaje de amor y agradecimiento. Calladas, recogidas, humildes oran, hacen actos de entrega incondi-

cional, confían y vuelven a la vela con el alma inundada de paz y fortaleza y con la voluntad pronta a servir a la Obra.

12. LOS SEMINARISTAS QUIEREN “SER SACERDOTES SANTOS COMO DON RUFINO”

Don Rufino murió en su Casa. Pero había otra Casa en Vitoria que reclamaba ansiosamente su presencia: El Seminario.

En el Seminario comenzó a forjar su Obra, a trazar sus primeros planes, a formar sus primeros apóstoles de la Obra de los Ejercicios Espirituales. Supo plasmar, por medio de los Ejercicios, de los retiros, de las pláticas, dirección... en los seminaristas el sentido sacerdotal, el “*sensus Christi*”.

Por eso Claustro de Profesores y alumnos del Seminario querían testimoniarle sus sentimientos de gratitud, de veneración y de amor a quien había sido su Padre Espiritual.

A las siete de la tarde del lunes de Pascua, salía el cadáver del Padre de la Casa de Formación hacia su querido Seminario. La despedida de las Misioneras, dolorosa y resignada, fue de una emoción indescriptible. El canto del *Magnificat*, mientras el ataúd era dispuesto en el coche fúnebre, puso lágrimas en los ojos y paz en los corazones. Aquel “*suscepit Israel puerum suum et recordatus est misericordiae suae*”, nos dijo cosas que jamás nos había dicho. El Señor ha tomado a Israel su siervo, y ha hecho gala de su misericordia.

Los seminaristas, hileras largas de sotanas negras y becas encarnadas, los ordenandos, revestidos de sobrepellices, el Claustro de Profesores, con el severo manteo español, esperaban la llegada del cadáver del Padre y del hermano. Al aparecer el coche fúnebre, acompañado de las Misioneras y de unos cuantos sacerdotes amigos, los quinientos seminaristas entonaron el *Miserere*. Lo que pasó luego, cuando cuatro seminaristas, temblorosos, tomaban el cadáver sobre los hombros para llevarle a la capilla ardiente, apenas lo recordamos nadie, porque una corriente de emoción nos hizo vivir unos momentos, casi inconscientes, de una mezcla de dolor y de gozo, de miedo y de confianza ciega en el Señor que así disponía las cosas...

En la capilla ardiente, instalada en la amplia sala de recepciones, los seminaristas hacen vela por turno. Después de la vela se acercan con emoción y respeto a sus restos venerandos. "Le he contemplado largamente, escribe en su diario espiritual un seminarista filósofo, y mi espíritu se ha ido saturando de suaves pensamientos. No hay tristeza en mi corazón; hay un gozo espiritual, una alegría inexplicable". Estos mismos sentimientos se ven plasmados en los diarios espirituales de los seminaristas en ese día.

Ante el cadáver de Don Rufino muchos seminaristas hicieron la ofrenda al Señor, por medio de él, para "ser sacerdotes santos, como Don Rufino". Y de sus labios brotaban plegarias tan vibrantes como ésta: "Quiero Señor, ser todo tuyo; cantor, mendigo de tu gloria entre las gentes, víctima de todas las horas por tu amor. Como tus viejos servidores, me ofrezco a Ti. Reina en mí, transforma, arranca, quema, Señor". Y con creciente fervor repetían: "Tomad, Señor, y recibid...".

A última hora de la noche, con síntomas claros de la enfermedad que le puso en trance de muerte, el Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, Don Carmelo Ballester, vino a orar ante el cadáver.

13. EN LA CAPILLA

Muchas personas amigas oran y desfilan por delante de su cadáver hasta la hora del funeral. Su rostro sereno apenas se entrevé por el vidrio empañado. En sus manos el crucifijo, confortador en los momentos difíciles, confidente y amigo siempre. En los reclinatorios, sacerdotes hondamente impresionados, recitan el Oficio Divino.

Son las diez de la mañana del martes de Pascua. La Capilla del Seminario, austera, va a ser escenario de las honras fúnebres de Don Rufino.

Presiden el duelo el M. I. Provisor de la Diócesis, Don Eugenio Beitia, en representación del Sr. Obispo de la Diócesis, enfermo, y el Ilustrísimo Sr. Gobernador de la Provincia. La Comunidad de Misioneras Evangélicas se acomoda en los primeros bancos de la derecha. Numerosos sacerdotes y familiares ocupan los primeros bancos de la

izquierda. Durante el canto del Nocturno varios señores sacerdotes celebran la Santa Misa en los altares laterales.

La ceremonia es serena. Saturada de unción. Ofician la Santa Misa el Sr. Rector del Seminario, ministrándole de Diácono, Subdiácono y Maestro de Ceremonias los Rvdos. Directores Espirituales del Seminario.

Las notas gregorianas caían como una lluvia de abril, vigorosas, recias, triunfadoras sobre nuestras almas. ¡Qué Nocturno, qué Misa de réquiem tan conmovedores por lo sentidos, por lo sinceros, por lo sencillos que fueron!

14. MEDITANDO DETRAS DEL PADRE

Sin ficción literaria, sinceramente he de confesar que la conducción del cadáver desde el Seminario hasta la calle de Santiago, pasando por las calles de Ali, Constitución, Postas... fué una manifestación de duelo de un verismo pocas veces visto.

Terminado el funeral se organizó la procesión por los tránsitos y escalera principal para recoger el cuerpo de Don Rufino. El Señor Rector rezó un responso en la capilla ardiente. Cuatro ordenandos alzaron en hombros el féretro. Lentamente, envuelto en las miradas amorosas y humedecidas de todos, salía el Padre de su Casa del Seminario.

Pero en aquellos tránsitos claros de luz, en aquella Capilla, en aquel despacho, quedaba flotando el eco imperecedero de su espíritu. Don Rufino creó un espíritu sacerdotal en el Seminario. Y el espíritu nunca se desvanece.

Los seminaristas rompen la marcha salmodiando el "Miserere" y el "De profundis". Detrás del cadáver los familiares, íntimos, sacerdotes, amigos, señores y obreros, Misioneras... en silencio. ¡Meditación fecunda aquella! ¡Qué bien se iba detrás de aquel venerable sacerdote! ¡Quién pudiera seguirle siempre! ¡Quién viviera siempre, como él vivió, la sublime realidad del sacerdocio!

Así, en lenta y piadosa meditación, llegamos a la carretera, donde se despidió el duelo, y emprendió el retorno al Caserío.

15. LLANTO DE MADRE

De la Casa del Seminario a su Caserío. Le reclamaban con fuerza inquebrantable las entrañas de su patria chica y de su madre bendita, transida de dolor. Volvió Don Rufino a su Caserío, después de consumir su Obra. El Clero Parroquial, Sacerdotes, amigos de San Sebastián, el pueblo entero... esperaba a su sacerdote, hijo del pueblo.

Como los brazos fuertes de padre, le ofrecía amorosa hospitalidad el ancho portalón, que le había visto partir.

En la ventana, venerable y sufrida la madre le brindaba sus brazos, arrugados y cansados. Dos amigas viejas, compasivas, la sostienen. Su dolor es grande..., expresado en los gritos de "Jesús", "María"... y el nombre querido de su hijo. Grande su gloria por haber dado a Dios y a la Iglesia un sacerdote así.

16. EFECTOS SOBRENATURALES DE SU MUERTE

Cuando el coche fúnebre que conducía los restos mortales de Don Rufino, iniciaba el retorno al Caserío, un grupo de almas seguían con su mirar fijo y tenaz la silueta del coche y cuatro de ellas montaban en un taxi para seguir velándola en el trayecto. Son las Misioneras Evangélicas. Un eximio sacerdote hacía el comentario: "Estoy admirado de la serenidad y entereza de estas buenas almas. En vez de acobardarse parece que se han crecido en espíritu de fe y optimismo. Esto es algo sobrenatural".

Las Misioneras aceptaron la voluntad del Señor con fe y con valor. No olvidaban la última recomendación del Padre: "Hay que aceptar la voluntad del Señor".

Lo mismo en el curso de su enfermedad, como en el momento de su muerte y sobre todo después de ella, dieron y están dando buena prueba de ello. Sienten más cercana y eficaz la presencia del Padre. Una fuerza interior, sobrenatural, las empuja hacia adelante. Una confianza sin límites en Jesucristo, su único sostén, las anima en el trabajo y las hace crecer en un amor entrañable a la Obra. La muerte del Padre les ha dado más vida a ellas y a la Obra de Ejercicios. Dios todo lo hace bien.

17. EL NUNCIO DE SU SANTIDAD Y LOS OBISPOS

Don Rufino amaba al sacerdocio y amaba a los sacerdotes. Con qué veneración y respeto hablaba de los sacerdotes, en particular de los sacerdotes ancianos.

Los sacerdotes amaban también a Don Rufino, al sacerdote, al Padre para muchos. Un grupo bastante numeroso de ellos se interesaron vivamente por él, durante todo el curso de su enfermedad. Algunos le visitaron. Otros muchos expresaron su condolencia por carta o telegrama. Los más, utilizando hasta medios extraordinarios, fueron a orar ante su cadáver y a acompañarle hasta su última morada.

Más que oportunidad para exteriorizar la amistad de los sacerdotes, la muerte de Don Rufino fue un llamamiento a su conciencia sacerdotal.

Esta muerte tuvo la virtud de despertar en todos una gran fe en el sacerdocio, una mayor comprensión de lo que es el sacerdocio, hecho carne y vida en Don Rufino, unos unánimes y encendidos deseos de gastarse totalmente en el cumplimiento de su misión sacerdotal.

Llenos de hondo y sincero fervor, profundamente impresionados, altamente aleccionados por la vida y la muerte de Don Rufino, en los ratos de oración ante su cadáver, durante el último funeral de la capilla del Seminario, por la cinta mojada de la carretera y de las calles de Vitoria al rezar el último responso junto al Hospital... los sacerdotes que le acompañaban no abrigaban más que un pensamiento: "Ser sacerdotes, siempre sacerdotes y sólo sacerdotes y ahora más que nunca", como para suplir la ausencia visible del gran sacerdote.

Hemos leído los telegramas y cartas de pésame que el Nuncio de Su Santidad y muchos Obispos, entre otros el Primado y Arzobispo de Toledo, el Cardenal Arzobispo de Sevilla, el Arzobispo de Valladolid, los Obispos de Madrid, Pamplona, Canarias, Santander, Auxiliar de Madrid, Salamanca, Huesca, Jaén, Orense, Lérida, Orihuela, Málaga, Palencia, Auxiliar de Toledo, Tortosa, Obispo Vicario Capitular de Burgos... dirigieron a la Obra Diocesana de Ejercicios y a las Misioneras Evangélicas.

Son el mejor epitafio de Don Rufino, su panegírico más autorizado.

La Obra Diocesana de Ejercicios contaba con la aprobación y el apoyo del Episcopado Español. El espíritu de obediencia y de completa sumisión de Don Rufino al Pontífice y a la Jerarquía eclesiástica se vió premiado en vida por la confianza que depositaron en él, los tres últimos Prelados de la Diócesis: Don Mateo Múgica, Don Javier Lauzurica y Don Carmelo Ballester, y en su muerte se ve colmada por el sentimiento unánime de las máximas autoridades eclesiásticas.

En los expresivos telegramas se leen frases como éstas: “profundamente apenados fallecimiento Don Rufino Aldabalde, exprésales mi más sentido pésame... concediendo indulgencias, sufragio tan esclarecido sacerdote”; “grandemente siento muerte Don Rufino, era un santo sacerdote, será intercesor en el cielo y ruego y concedo indulgencias”; “renuevo mis más sinceros sentimientos por la muerte del “Padre” y únome íntimamente a las oraciones de ustedes... muy madura y sazónada fruta debía ser nuestro Don Rufino, cuando tan pronto se prendó de él y le quiso para sí el Señor. Esta muerte no enfría en mí lo más mínimo el afecto y simpatía por esta Obra. Antes al contrario, la estimo cada día más como algo verdaderamente providencial y extraordinariamente fecundo, que merece todo mi calor y afecto”; “hoy que parece haber desaparecido el sostén principal de la Obra, hoy es cuando deben renovar el propósito de no tener otro sostén que el mismo Jesucristo. No dudo que la Obra seguirá cada vez más floreciente. Cuenten siempre con mis oraciones y afecto”.

Y así, abundan en estos mismos sentimientos otras cartas y telegramas.

18. EPILOGO

“Don Rufino Aldabalde-Trecu, sacerdote, desde la Pascua del Señor, vive en la gloria de Dios y en la paz de Nuestro Señor Jesucristo”.

Vive, sí, y su vida será más fecunda y radiante de luz para la Diócesis de Vitoria, para su querido Seminario, para la Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales, para el Instituto de Misioneras Evangélicas Diocesanas y para todo el sacerdocio.

El vive y su Obra vivirá. Porque su único sostén es Jesucristo.

Opimos frutos amarillean ya tras la siembra de sus catorce años de apostolado...

Creemos con sólida confianza en la acción de Dios, en la Obra de Don Rufino. Vemos una realidad espléndida de frutos sobrenaturales, hecha carne en miles de almas que han encontrado a Dios y esperamos firmemente en la fecundidad creciente de esta Obra.

Sobre su tumba ha brotado en mí la plegaria “Rufino, sacerdote santo, infunde en nosotros tu espíritu sacerdotal, tu celo insaciable, tu fe roqueña, tu confianza inquebrantable. Enciende en nosotros el fuego que requema y da vigor. Clava en nosotros la obsesión de Dios y de las almas. Que nuestra vida sea un himno de alabanza al Señor de las maravillas del Amor”.

“Magnificat anima mea Dominum... Quia fecit mihi magna qui potens est”.

Indice

	PAGS.
PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION	v
In memoriam	1
Datos biográficos	5
La idea sacerdotal en Don Rufino	31
Director Espiritual	43
Hombre de empresas de apostolado	56
Don Rufino y la idea de la obra de Ejercicios Espirituales Pa- rroquiales	64
Fisonomía sobrenatural y natural de Don Rufino	79
Don Rufino y el Instituto de las Misioneras Evangélicas Dio- cesanas	89
La obra de los Ejercicios Espirituales Parroquiales en la Dió- cesis de Vitoria	98
El resorte del hombre de Dios (Don Rufino en Burguete) ...	114
La impersonalización en la persona de Don Rufino	118
Así fueron sus últimos días	130

Índice

Págs.

7 PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

1 In memoriam

5 Datas biograficas

31 La idea sacerdotil en Don Rufino

43 Director Espiritual

50 Hombre de empresa de apostolado

64 Don Rufino y la idea de la obra de Ejercicios Espirituales Pa-
roquiales

70 Fraternidad sacerdotal y natal de Don Rufino

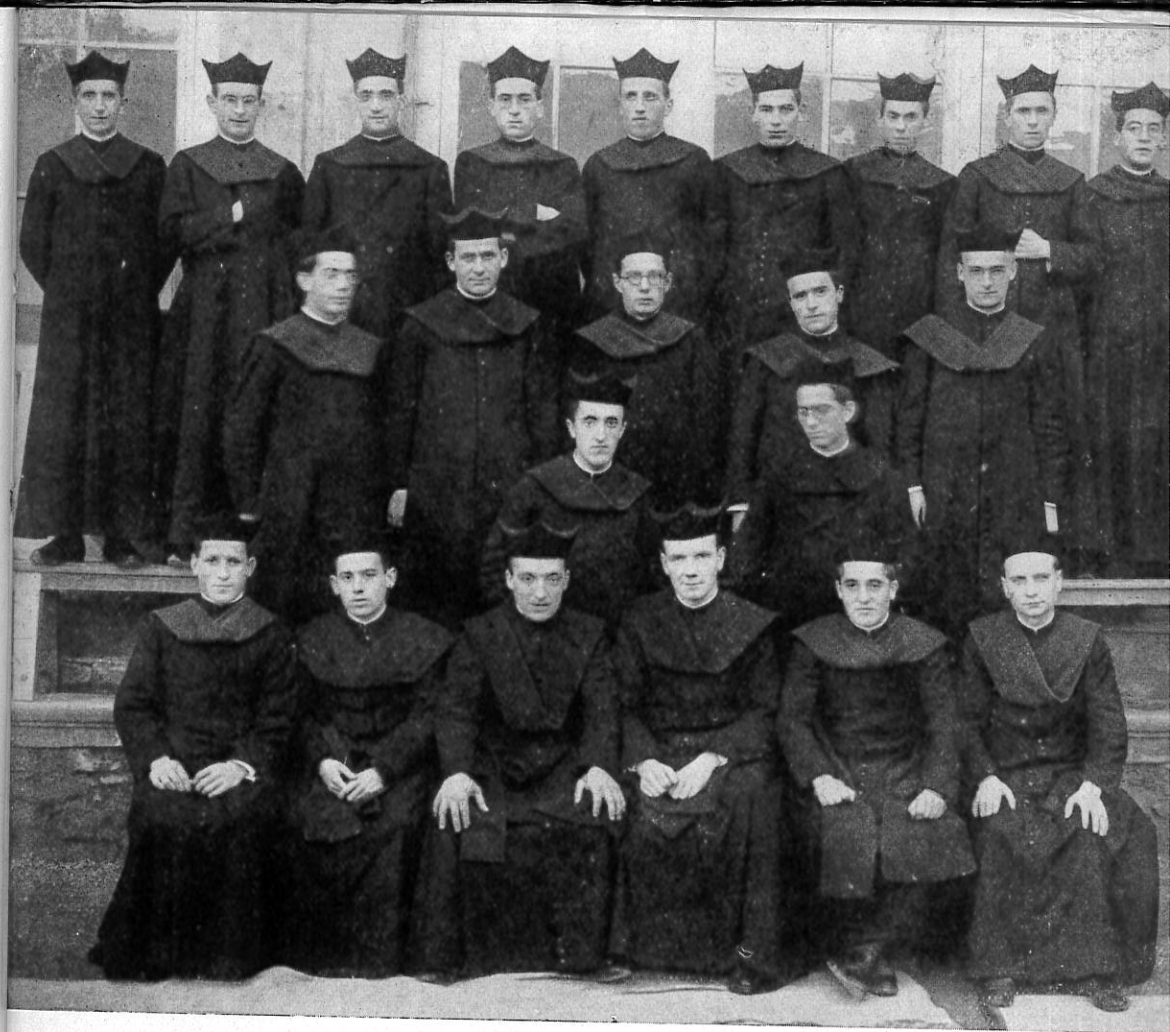
82 Don Rufino y el llamado de las Misiones Evangelicas Dis-
cussiones

88 La obra de los Ejercicios Espirituales Paroquiales en la Di-
cesis de Villar

114 El resaca del hombre de Dios (Don Rufino en Bagnas)

118 La impersonalizacion en la persona de Don Rufino

120 Así fueron sus últimos dias



1927: Aldabalde, seminarista.

Cuando el sublime y enloquecedor ideal del sacerdocio empieza a dominar el alma del seminarista... (Pág. 41).



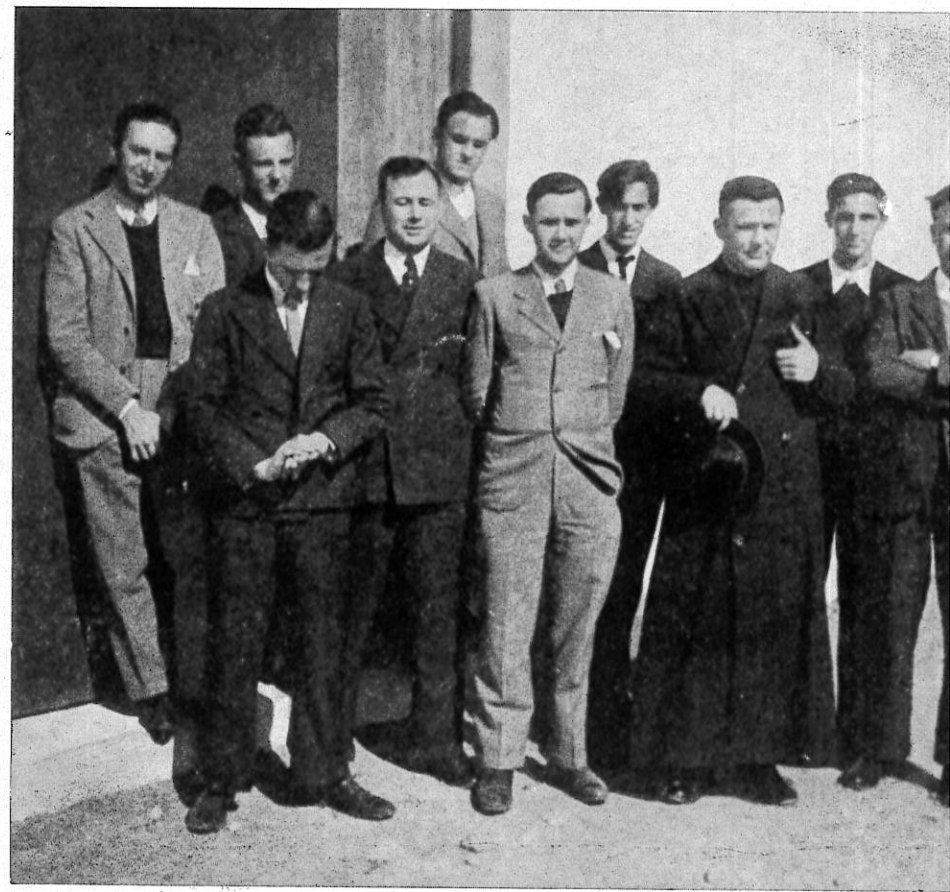
El Seminario sale de excursión. Otros tiempos... otros coches.



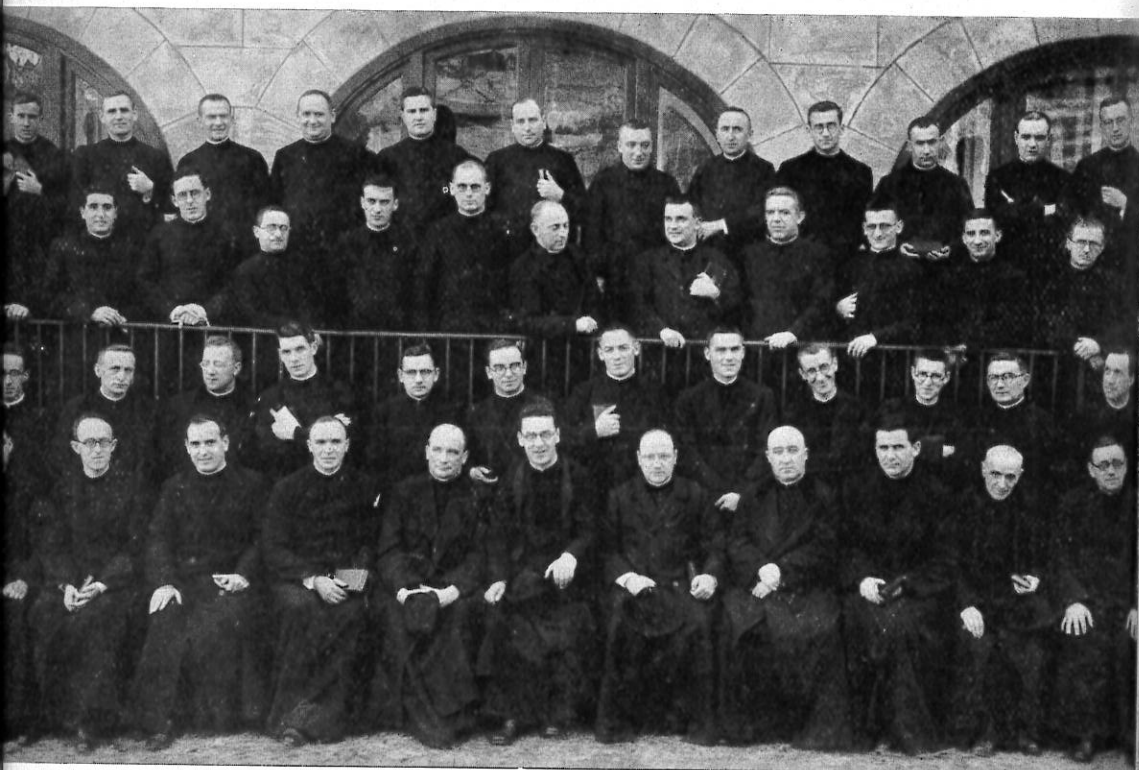
Primera Misa. 31 mayo, 1931

«Ut omnes unum sint»: Fiel a la consigna del primer día este sello de unidad y universalidad es su marca inconfundible. (Pág. 63).

Hay que allegar recursos, hay que alimentar a los hambrientos, hay que consolar a los pobres. (Pág 13).



1931-1935: Apostolado en el Sur de Francia.



1932 - 1935: Reuniones sacerdotales en Aránzazu.

Intimidad y cordialidad de los reunidos en un ambiente saturado de sacerdocio... (Pág. 16).

Espíritu abierto y comunicativo, entabló relaciones de amistad con numerosos sacerdotes muy destacados. (Pág. 27)

Agosto de 1938: Don Rufino, en Bruselas, con Monseñor Cardinj y otros dos sacerdotes extranjeros.



Ha de figurar en la lista de los beneméritos sacerdotes que más han contribuido en los últimos tiempos a elevar el nivel espiritual del Seminario de Vitoria.
(Pág. 41).



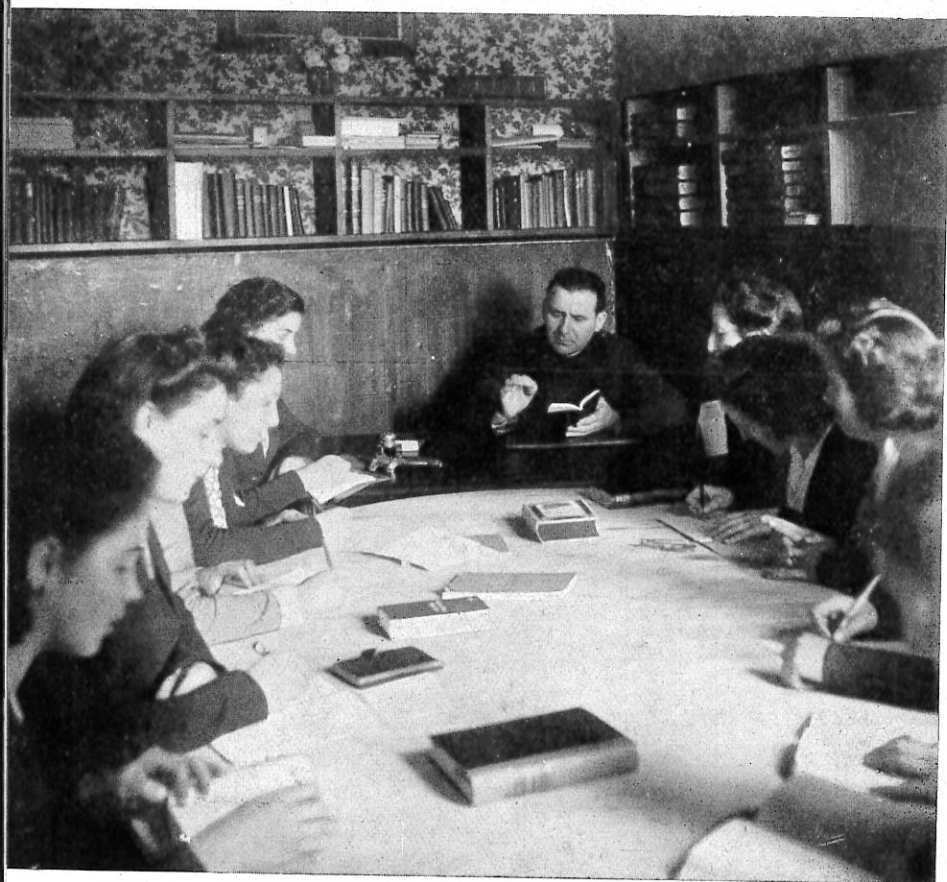
Don Rufino, con el M. I. Claustro de Profesores del Seminario de Vitoria.



VI Asamblea Sacerdotal en Villa Santa Teresa. 18-23 agosto, 1941.

Las más importantes Diócesis de España estuvieron representadas en aquella histórica Asamblea, así como cinco Ordenes religiosas. (Pág. 27).

A su muerte, las líneas fundamentales del Instituto están perfectamente trazadas. (Pág. 95).



1942: Don Rufino dando clase de formación a las Misioneras.



Diciembre de 1942: Reunión sacerdotal en la Casa de Begoña.

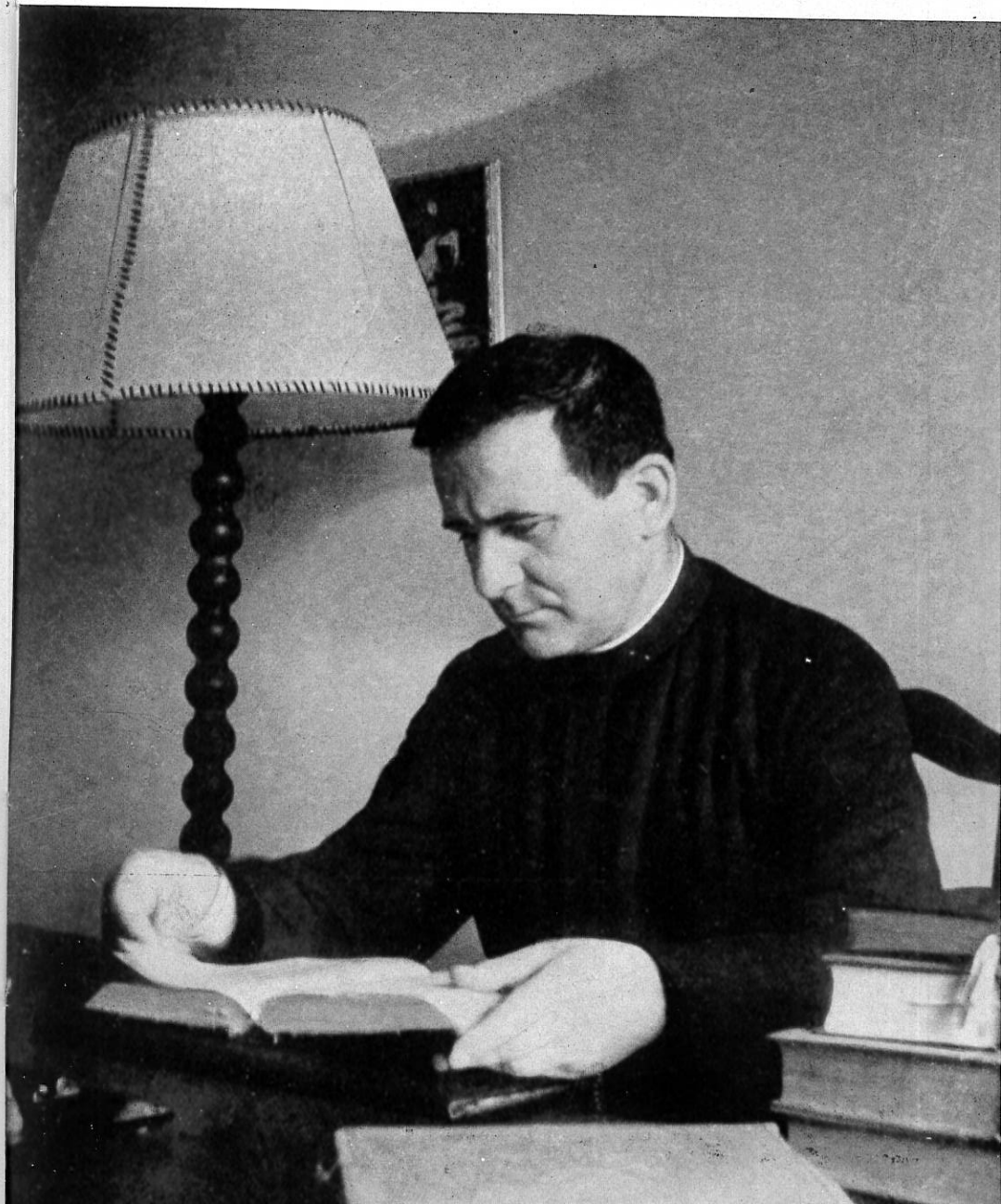
El Señor concedió a don Rufino la gracia de verse rodeado con su Obra por una extensa cadena de sacerdotes afines... (Pág. 28).



En su porte, en su conversación... aquella especie de magnetismo espiritual que atraía el alma hacia Dios. (Pág. 38).

*He visto un campesino de edad, enjuto, recio, fuerte...
Y he pensado: así tiene que ser la Misionera. (Pág. 92).*

Don Rufino en su despacho de la Casa de Formación de las Misioneras.



El féretro de don Rufino sale del Seminario. Es el martes de Pascua.



*Amó al Seminario
como a la niña de
sus ojos. Para los
seminaristas vivió y,
pensando en ellos,
murió. (Pág. 41).*

*Aquella corona de cien
sacerdotes que acom-
pañó a su cadáver por
las calles de Vitoria fué
un elocuente panegíri-
co cantado por la ver-
dad que fué apóstol
del Clero secular.*

(Pág. 40).





Rufino, sacerdote santo, infunde en nosotros tu espíritu sacerdotal, tu celo insaciable, tu fe roqueña, tu confianza inquebrantable.

(Pág. 143).

SEMINARIO
DIOCESANO
DE VITORIA